



Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Ciencias Históricas

El concepto de movimiento popular

Revisión de la historiografía (1950-2013) y una proposición conceptual.

Tesina para optar al grado
de Licenciatura en Historia

Francisco Díaz González

Profesores Guías:
Pablo Artaza Barrios
Sergio Grez Toso

Santiago, Chile. 2013.

Para los Amigos del Pueblo

Agradezco a mi familia por tanto amor.

A la compañera de mis días, Maitén.

A mis compadres Ignacio Díaz y Sebastián Molina por tanta alegría.

A Luis Thielemann, Alfonso Pizarro, Edson Dettoni, Rodrigo del Río, Mauricio Garetto y Juan Ignacio Wilson, por sus comentarios y correcciones a los borradores de esta tesis, y, sobre todo, por su amistad y camaradería.

INDICE

Agradecimientos.....	3
Prefacio.....	5
Introducción	10
El golpe a la Historia.....	10
Concepción «popular» de <i>lo político</i> y <i>lo social</i>	18
I. La historia marxista clásica. 1950-1973	22
Reducción liberal de <i>lo político</i> y <i>lo social</i>	22
Subsunición mecanicista de <i>lo político</i> en <i>lo social</i>	28
Concepto de <i>lo popular</i>	32
Concepto clásico de <i>movimiento popular</i>	36
Consideraciones finales.....	43
II. La nueva historia social. 1980-1990	46
La muerte de los clásicos.....	46
Corriente interna de la nueva historia social.....	49
Corriente externa de la nueva historia social	55
Hacia el fin de la dictadura cívica-militar	64
Reducción naturalista de <i>lo popular</i>	71
III. La historia social popular. 1991-2004.....	81
La paz neoliberal.....	81
Concepto de <i>movimiento social popular</i>	84
La política popular.....	90
Lo social y lo cultural	93
Ideología contemporánea de Chile	97
Proyectos populares	102
IV. La historia social con la política incluida. 2005-2013.....	107
Lo político y lo social	107
El despunte de la primavera.....	115
El despertar de la sociedad civil.....	116
Concepción «transliberal» de lo político y lo social	121
Creación de poder constituyente.....	126
V. Consideraciones finales.....	134
Esquema 1. Concepción «popular» de lo político y lo social	135
Esquema 2. Concepción «liberal» de lo político y lo social	136
Bibliografía.....	139

PREFACIO

Esta tesis estudia la evolución que el uso del concepto de *movimiento popular* experimentó en el seno de la historiografía nacional desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. Pretende, por tanto, explicar la ‘tendencia’ mediante la cual se le transformó y/o reemplazó por el uso del concepto de *movimientos sociales*, los cuales, tanto uno como otro, se han utilizado como significantes para referir a las modalidades en que el *Pueblo* o bien la *Sociedad Civil* –según se sostenga– se ha movilizó a lo largo de la historia republicana de Chile para la consecución de sus demandas e intereses. No se trata, por tanto, sólo de una historia semasiológica del concepto de *movimiento popular*, sino más bien de una historia ideológica de la historiografía chilena de izquierda en base a la evolución de este concepto. La revisión de su evolución sirve de *índice* para revisar la evolución de los fundamentos teóricos y políticos con los cuales esta historiografía desarrolló su labor desde aproximadamente 1950 hasta la actualidad. Se partirá con la llamada historiografía marxista clásica, luego se continuará con la reactivación productiva historiográfica desde 1980 –luego del golpe de Estado de 1973–, y se finalizará con sus formulaciones más actuales. Indirectamente, esta revisión operará también como criterio para dar cuenta y comprender la evolución ideológica de la izquierda protagonista y, por tanto, de su praxis como articuladora de los “sectores populares” durante el mismo periodo de estudio.

Se habla aquí de historia *ideológica* para hacer énfasis en que esta revisión conceptual se desenvuelve dentro del ámbito de conceptualizaciones teóricas de relevancia *política* realizadas por la historiografía¹. El historiador alemán Reinhart Koselleck plantea una distinción entre

¹ En esta investigación el concepto de *lo ideológico* se usa desde una perspectiva ‘positiva’, es decir, no a la usanza de Karl Marx, como “ocultamiento de las contradicciones de la realidad”, sino del modo como, por ejemplo, fue entendido por Antonio Gramsci, como una ‘concepción de mundo’ nutrida de variadas fuentes (filosofía, sentido común, folklore, etc.) y que tiene atinencia en todos aquellos aspectos relevantes de *lo político* en un contexto dado. Véase, LARRAÍN, Jorge. *El concepto de ideología*, Vol.1. LOM, Santiago, 2007.

historia conceptual e *historia social* que sirve a este propósito. Tal distinción se explica metodológicamente en tanto que la primera estudia el aspecto lingüístico (un aspecto de la *conciencia social*), y la segunda, el extralingüístico (el *ser social*) de la realidad histórica². Empero, una es condición fundamental de la otra, o, dicho de otra forma, su relación es *dialéctica*, pues, no es posible hablar de la experiencia sin conceptos, así como no es posible hablar de conceptos sin experiencia³.

En este sentido, lo propuesto aquí debe ser entendido como el intento de comprender a partir de la evolución de un concepto –el de *movimiento popular*– la historia ideológica de la historiografía chilena de izquierda desde mediados del siglo XX hasta la actualidad. Con esto, se pretende entregar recursos que sirvan como presupuestos para una *historia política* en la que se pueda estudiar, por ejemplo, la influencia de la historiografía sobre la izquierda en los modos de entender la realidad histórica, o bien, la evolución ideológica de los partidos políticos de izquierda y su vinculación con los “sectores populares”, con y para los cuales se buscó materializar sus objetivos e intereses. Esto implica necesariamente que esta historia política, para no terminar siendo sólo historia ideológica, debe apoyarse en una *historia social* de aquello que estudia, dado que para perseguir el objetivo de transformación política de la realidad se debe conocer al menos cómo es probablemente *lo social*, o esa realidad que se busca transformar, y las formas en que el sujeto se ve determinado, es decir, existe en aquella y se relaciona con otros. El objetivo limitado de esta tesis, por tanto, debe comprenderse como punto de partida para, ofreciendo una perspectiva histórico-analítica, estudiar luego los modos en que el *Pueblo* se transforma en *movimiento* para la transformación de la sociedad. Así, el objetivo último de esta investigación es servir como aporte fundamental para la realización de una *Historia popular*, es decir, una historia que considere los aspectos políticos, sociales y cultural-ideológicos constitutivos del *Pueblo* durante el periodo republicano general y/o de periodos más recientes de la historia de Chile.

En esta línea, la presente investigación hace revisión del modo en que el discurso teórico e ideológico de la tradición *liberal*, en sus distintas modalidades e intensidades, estuvo presente al

² KOSELLECK, Reinhart, “Historia de los conceptos, concepto de historia”, en *Ayer* 53/2004 (1), pp. 27-45.

³ KOSELLECK, Reinhart, “Historia conceptual e historia social” en *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Madrid, 1993.

interior de la izquierda y, por tanto, de la historiografía de izquierda, a partir de las formulaciones de la historiografía marxista clásica y luego de sus 'renovaciones' durante los ochenta. Su particularidad se sostiene en la distinción teórica entre el Estado, donde habita exclusivamente *lo político*, y la Sociedad Civil, donde se halla *lo social*. La importancia de esta distinción de la tradición liberal radica en que fue –y sigue siendo– el discurso encargado de renovar, reemplazar y/o sepultar la interpretación que acá llamaremos «*popular*», y que tuvo por fuente la tradición amplia de la concepción del *materialismo histórico*. Esto explicaría la *tendencia* presente en la historiografía de relatar la historia de la movilización de los “sectores populares” ya no en base a la construcción y desarrollo de un *movimiento popular*, sino en base al despliegue diferenciado de múltiples *movimientos sociales*. Este proceso de pluralización, de *movimiento* a *movimientos*, y reemplazo, de *lo popular* por *lo social*, requiere de un estudio no sólo empírico que lo constate, sino también teórico que lo explique. Para ello se tematiza los *usos* que la historiografía le dio a la categoría de *lo popular* y, por tanto, a las categorías de *lo político* y *lo social*. Por esto es que el modo cómo la historiografía y la izquierda consideró que se definían y se relacionaban o no entre sí, es fundamental para entender la tendencia a transformar o a abandonar el concepto de *movimiento popular*, cuya presencia hegemónica en el discurso de la izquierda no logró extenderse más allá de comienzos de los años noventa.

Para la consecución de lo anterior, esta investigación está estructurada en tres niveles:

1. Revisión pormenorizada de la producción historiográfica sobre el concepto de *movimiento popular*, desde 1950 hasta la actualidad. El primer periodo, entre 1950 y 1973, se centrará en la producción de Hernán Ramírez Necochea (1917-1979) y Julio César Jobet (1912-1980). El segundo periodo, entre 1980 y 2013, se centrará en la producción de Gabriel Salazar Vergara (1936), Mario Garcés Durán (1952), Julio Pinto Vallejos (1956) y Sergio Grez Toso (1953).

El criterio de elección de estos historiadores está basado en el hecho de que su producción se ha dedicado en gran medida al tratamiento de la historia del *movimiento popular* o de los *movimientos sociales*. Sin embargo, se tomarán los aportes de otros historiadores cuya producción historiográfica no se haya centrado principalmente en el concepto en cuestión (o lo haya considerado tangencialmente), o bien, por considerarse que puede ser asociado su aporte al de uno de los historiadores aquí estudiados.

2. Problematización del concepto de *lo popular*, basada fundamentalmente en la comprensión de las categorías de *lo político* y *lo social*. Esto se tomará como base para la posterior comprensión de los conceptos de *movimiento popular* y de *movimientos sociales*.

En este nivel se hará relación de las formulaciones de la producción historiográfica con los aportes de otras áreas de las ciencias sociales, políticas y humanas. Para ello, será fundamental la distinción de las concepciones de la tradición *liberal* y la *marxista* para llevar a cabo este ejercicio.

3. Proposición de elementos conceptuales, en base a la revisión historiográfica y el análisis teórico de las diferentes formulaciones, como aporte para el estudio del concepto de *movimiento popular* y que, inscrito en la posibilidad del desarrollo de una *Historia popular*, sirva para la comprensión histórica de la praxis política, social y cultural del *Pueblo*.

Esta tesis fue escrita durante el año 2013, año en que se cumplieron en Chile 40 años del golpe de Estado que se asestó en contra del gobierno de la Unidad Popular. Por tanto, se sitúa en un contexto marcado de discusiones y reflexiones en la opinión pública y en la academia sobre el periodo histórico que comprendió la Unidad Popular, el golpe de Estado y la dictadura cívico-militar. El más repetido mensaje es un *llamado* a la "reconciliación" de los chilenos, para que como país se aprenda de las "lecciones de la historia", y se evite, de ese modo, el castigo histórico de caer nuevamente en la "polarización" y el "conflicto social", como el vivido en Chile durante el periodo que se conmemora. Se trata del llamado hecho tanto por la izquierda como de la derecha que desde mediados de los '80 se autodefinieron políticamente como "renovadas"⁴ y que hoy, representadas en dos grandes bloques partidistas, se disputan la hegemonía político-estatal del país.

Este tesis problematiza su objeto de estudio desde una perspectiva que hoy ya no es hegemónica, pero que sí lo fue durante el periodo en que el *movimiento popular* en Chile alcanzó su mayor grado de intensidad política, es decir, entre fines de la década de 1950 y 1973. Se

⁴ Para un tratamiento histórico del proceso de renovación de la izquierda y la derecha durante los 80', véase VALDIVIA Verónica et al, *Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II. La pugna marxista-gremialista en los ochenta*. LOM, Santiago, 2008.

trata, por tanto, de la perspectiva nacida desde el seno de la tradición marxista que fue disuelta lentamente desde que tal movimiento popular fue derrotado. Es por esto que esta tesis debe su posibilidad de atingencia en la actualidad a la emergencia y articulación en Chile de los llamados “movimientos sociales” durante el año 2011 –en especial al movimiento estudiantil–, los cuales, generando una ruptura en el estado protegido de una democracia heredada de la dictadura y legitimada por aquella izquierda ‘renovada’, permitió reactivar la posibilidad de reconstruir el *movimiento popular* como magnitud histórica aun vigente. Es por esto que la perspectiva que acá se presenta, mediante un ejercicio de retorno al pasado histórico, busca traer al presente el problema del estudio de la praxis política popular con el fin de, resucitando lo que se creía muerto, actualizarlo y proyectarlo hacia el futuro.

INTRODUCCIÓN

“Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado.”⁵
KARL MARX

El golpe a la Historia

El golpe de Estado asestado contra el gobierno de la Unidad Popular el 11 de septiembre de 1973 fue también un golpe a la Historia. Los historiadores de izquierda sufrieron también la tortura, la persecución, el exilio, e incluso, como en el caso de Fernando Ortiz, la desaparición. La extrema represión ejercida por la dictadura cívico-militar obligó a que, durante los años inmediatamente posteriores al golpe, la historiografía de izquierda –así como las ciencias sociales en general– suspendiera su producción científica e intelectual debido a su estado de “dispersión y lucha por la sobrevivencia”⁶. Sólo hacia comienzos de la década de 1980 la historiografía pudo retomar su producción intelectual, la cual se fue desarrollando en adelante con signos de haber sufrido una renovación respecto al paradigma en el que operaba antes del golpe de Estado. Se trató, por tanto, de un golpe a la historiografía no sólo en términos humanos, sino también en su propio quehacer académico, tanto teórico como ideológico.

Una de las conclusiones a las que se llegó en 1985 en la primera sesión del “Seminario sobre el estado actual de la Historia de Chile”, en el cual participaron historiadores y otros académicos,

⁵ MARX, Karl, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), Fundación Federico Engels, Madrid, 2003.

⁶ GARRETON, Manuel Antonio, *La evolución de las ciencias sociales y su internacionalización. Una síntesis*. Documento de Trabajo 432, Programa FLACSO-Chile, 1989, p. 2.

fue que la sociedad chilena había experimentado una “ruptura histórica”⁷, la cual implicó también una ‘ruptura ideológica’ para la historiografía. Esta instancia de reflexión historiográfica se desarrolló dentro de un ambiente de profundo escepticismo. Se afirmó en la segunda sesión, como lo hizo María Angélica Illanes, que dada la ruptura de las “teleologías” que sostuvieron otrora su praxis de ciudadanos e historiadores, lo que quedaba era “lo social”, lo cual se preguntó si acaso se definía para entonces como una “búsqueda” de “otra” teleología. Alfredo Riquelme, por su parte, también sostuvo que lo que a la sazón se vivía era una “ruptura histórica” que cuestionaba todo lo que antes pensaban “sobre sentido, totalidad y teleología”. Notable acuerdo final tuvo el acta de ese día: “la búsqueda debe continuar”⁸.

Esta ‘búsqueda’ se basó en la necesidad de plantear una concepción de la historia que orientara el quehacer historiográfico como lo había hecho antes el llamado «marxismo clásico» representado en historiadores como Hernán Ramírez N., Julio César Jobet, Jorge Barría, Marcelo Segall, entre otros. Fue también la búsqueda de un asunto aún más vital, una *ideología*, en tanto sistema de ideas o concepción de mundo, que le otorgara sentido al proceso político y social vivido en Chile antes y después del Golpe de Estado y que pudiese darle sustento a la praxis presente. Esta situación de incertidumbre quedó retratada en el libro de Eduardo Devés publicado a mediados de los ochenta que tituló *Escépticos del sentido*. En el prefacio de este texto de reflexión filosófica e historiográfica se señaló que para los setenta existía una generación adscrita al marxismo que después de 1973 se extravió “en el laberinto de las ideas, de la historia y hasta del inconciente”⁹. La búsqueda del hilo de Ariadna era una reacción al “desengaño” que produjo el “pasma” del Golpe y la derrota del proyecto político de la Unidad Popular, en el cual había puesto aquella generación –de la cual él era parte– “muchas esperanzas, mucha generosidad y mucha obsesión”¹⁰. Se trataba, no obstante, de una actitud no necesariamente negativa, pues permitió revitalizar el pensamiento “acentuando el afán crítico, especulativo, analítico y heurístico”, y de ese modo evitar la “pobreza intelectual y bajeza moral” del “dogmatismo” y la “ortodoxia” con la que cargaba el marxismo que articuló tanto a la

⁷ SALAZAR, Gabriel, *La historia desde abajo y desde adentro*, Santiago, Departamento de Teoría de las Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003, p. 29.

⁸ *Ibid.*, p.42.

⁹ DEVÉS, Eduardo, *Escépticos del sentido*, Nuestra América ed., Santiago de Chile, 1984, p. 7.

¹⁰ *Ibid.*, p.11.

historiografía como a la acción política de la izquierda chilena en su intención de construir la vía a la “emancipación del proletariado”¹¹.

El proceso de cuestionamiento, según este autor, estuvo provocado por un “quiebre afectivo”¹² profundo, el cual tuvo como primer “coletazo” el quiebre epistemológico y teórico del “marxismo y su cientificidad”. Si efectivamente el marxismo proveía de un riguroso arsenal categorial para la representación y transformación de la realidad, no era posible comprender – planteó el autor– que la concepción de mundo que justificaba los intereses reaccionarios del ‘enemigo’ basados en pura “ideología” (en sentido negativo) derrotara a la postre al *movimiento popular* de la izquierda chilena. El interminable balance de las culpas concluyó con el tiempo en que debido a la desilusión proveniente de las propias “vivencias e historia” y del devenir de “los socialismos reales” en otras latitudes, el problema no había sido tanto de los modos cómo se había comprendido y aplicado el marxismo en el contexto nacional, sino fundamentalmente del marxismo mismo, del “materialismo histórico y el leninismo”¹³ y su insuficiente capacidad para operar en la realidad para la consecución de los intereses de los oprimidos. Por tanto la duda relativizó todos los cimientos en los que se descansaba. Se cuestionó si acaso era cierto que “la realidad poseyese un *telos* o un dinamismo inmanente”, o si acaso era posible hablar de un “sentido histórico” al margen de las voluntades subjetivas. Fundamentalmente se estremeció el modo como se creía se relacionaba la teoría y la práctica, y se discutió la posibilidad de si se habría pecado de excesivo teoricismo, o bien, privilegiado una práctica “mecánica” y poco iluminada por una teoría suficiente que explicara, por ejemplo, la actitud de esa clase trabajadora que no siendo parte de la “gloriosa historia del movimiento obrero”, incluso se opusiera a él¹⁴. Esto se habría debido en parte –afirmó este autor– a cierta historiografía, la marxista clásica, que “habría fabricado una visión demasiado idílica de los trabajadores chilenos”¹⁵.

Uno de los resultados de la crítica que la historiografía posterior al Golpe desarrolló contra la historiografía marxista clásica fue la de cambiar las palabras y mudarse desde el lenguaje del

¹¹ *Ibid.*, p.12.

¹² DEVÉS, Eduardo, “La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico”, *Mapocho* N°30, Santiago, segundo semestre de 1991, p. 127.

¹³ DEVÉS, Eduardo, *Escepticos...*, *op.cit.*, p.13.

¹⁴ *Ibid.*, p.14.

¹⁵ *Ibid.*, p.15.

“marxismo-leninismo” a un “marxismo mínimo”, en su permanente búsqueda de certidumbres. Con esto –planteó Devés– se buscó diluir “la tónica de combate ideológico, de arma de la revolución, de denuncia social”¹⁶ que tenía antes del Golpe la historiografía chilena de izquierda. Se abandonó la perspectiva centrada sólo en lo “político-ideológico” y la historiografía comenzó a considerar otros aspectos, como los culturales, las mentalidades, las costumbres, en definitiva, la llamada ‘subjetividad’. Por tanto, se dio pie para la elaboración de una historia sobre la *identidad* del pueblo chileno que fuera explicada ya no por la negación sobre sí de una clase opresora, la “burguesía” y el “imperialismo” –como lo hacía la “historia de denuncia”–, sino desde un aspecto más vivencial, para una definición y comprensión *desde* los grupos sociales mismos. La historiografía posgolpe, sumergida en plena dictadura, tomó como tema predilecto el de “la historia de los grupos populares”, con lo cual, por un lado, se corrigió –sostiene el autor– la identidad que se habría establecido por la historiografía marxista tradicional entre *lo obrero y lo popular*, y, por el otro, se amplió ‘lo popular’ para la consideración de otros actores sociales como el “campesinado, pobladores, estudiantes, indígenas, profesionales y grupos democráticos en general”¹⁷. Este cambio de enfoque fue la manifestación del remezón que en diversas intensidades y modalidades sufrieron las categorías y conceptos a través de los cuales se interpretaba la realidad histórica. La historiografía comenzó un nuevo proceso de reinterpretación tanto de la historia general como la propia. El desenvolvimiento del quehacer historiográfico no podía fluir si acaso no se tenía una respuesta satisfactoria a la pregunta por la pertinencia de las categorías con que se pensaba la realidad.

Gabriel Salazar en la cuarta sesión del citado Seminario sobre la historiografía marxista clásica, expresó que aquel valor ‘mínimo’ que debía rescatarse del marxismo descansaba en el método *dialéctico* de investigación que este ofrecía, el cual posibilitaba un punto de partida auténtico para una posible renovación del estudio de los “procesos y movimientos *históricas reales*”¹⁸. Pese a que hacia 1977 la academia europea hubiese proclamado una “crisis” sobre el marxismo teórico¹⁹, se creyó que de ella podía escaparse si se depuraban sus “componentes estructurales y estalinistas” y se establecía una comprensión de la historia atendiendo al valor de la

¹⁶ DEVÉS, Eduardo, “La cultura obrera...”, pp. 128-129.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 127.

¹⁸ SALAZAR, Gabriel, *op.cit.*, p. 49.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 48.

subjetividad y conciencia del hombre²⁰. Se trataba de superar las dos “fuentes internacionales del materialismo histórico”, de un lado, los centros intelectuales en torno a la Tercera y Cuarta Internacionales, y del otro, los intelectuales del marxismo estructuralista. La primera fuente habría tenido sus exponentes nacionales en los historiadores Hernán Ramírez y Luis Vitale (en las Internacionales respectivas), y la segunda en los científicos sociales adscritos a la “teoría de la dependencia” o la “sociología del desarrollo”²¹. Se planteó entonces, en el decir de María Angélica Illanes, que la clave estaba en liberar a los actores sociales del dominio de las estructuras y la teoría para finalmente “dejar hablar a los sujetos reales”²². Se volvió necesario entonces revisar a los exponentes chilenos de la historiografía marxista clásica en función de un balance que permitiera sentar las bases para la materialización de una ‘nueva historia’²³. Esta revisión era fundamental pues se trataba de la producción historiográfica que “acompañó las luchas políticas del movimiento popular entre 1957 y 1985”. Por esto se afirmó en esta ocasión que “hablar de la historiografía marxista chilena no puede consistir en otra cosa que evaluar su relación con ese movimiento popular”²⁴.

La constatación de esta relación fundamental entre la historiografía marxista y el movimiento popular, hablaba de la relación *dialéctica* entre el modo en que la historiografía entre 1950 y 1973, ceñida según Salazar “a los postulados del marxismo internacional”²⁵, representó la realidad histórica chilena pasada y presente, y el modo cómo a partir de esa representación se construyó desde fines de los cincuenta un movimiento popular como nunca antes se había materializado en la historia de Chile y cuyo final fue precipitado por un golpe militar. De ahí que la importancia de lo discutido en este Seminario radicó en el reconocimiento de que aquella historiografía marxista, cuyo aporte intelectual fue parte del largo proceso de construcción del movimiento popular, estaba siendo criticada no sólo por una nueva generación historiográfica, sino por historiadores que, otrora actores políticos, participaron activamente en aquel movimiento popular. Por lo tanto, toda crítica hecha contra los fundamentos teóricos de la historiografía marxista fue de modo indirecto una crítica contra las consecuencias impensadas de la ideología y la praxis política de los actores de aquel

²⁰ *Ibid.*, p. 50.

²¹ *Ibid.*, p. 34.

²² *Ibid.*, p. 33.

²³ *Ibid.*, p. 47.

²⁴ *Ibid.*, pp. 47-48.

²⁵ *Ibid.*, p. 50

movimiento popular, entre los cuales se encontraban ellos mismos, los ahora historiadores. Dado que la revisión del objeto de estudio de manera inevitable afectaba al mismo sujeto de aquel estudio, estas sesiones de reflexión historiográfica fueron también, a la postre, sesiones de terapia ideológica.

Sin embargo, Gabriel Salazar sostuvo que el grado de influencia que pudo haber tenido la historiografía marxista en el movimiento popular –sostuvo– no alcanzó la importancia que le daban otros historiadores en aquel Seminario. Su impacto habría sido “escaso” dado que “no innovó respecto a lo planteado por los dirigentes de los partidos de la Izquierda Parlamentaria”²⁶. Aunque “*crítica*”, “*nacional*” y base de la posterior llamada “*educación popular*”²⁷, el “tinte ideológico [que] tiñeron de modo notorio muchas de sus páginas”, produjo que la militancia política de los 60 le diera mayor aceptación a los “ensayos históricos” de “los científicos sociales de filiación cepaliana (Aníbal Pinto, Jorge Ahumada, Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, entre otros)” que a los aportes de esta historiografía. La virtud de aquellos, a juicio de Salazar, radicó en que “sus bases metodológicas y teóricas parecían más formales, consistentes y *reflejaban mejor*, tanto la coyuntura del presente, como la disposición política de las nuevas generaciones”²⁸. En cambio, la producción historiografía marxista clásica, a su juicio, se caracterizó por la “insuficiencia general de [su] base empírica de apoyo” y “una débil asimilación del método dialéctico y de la propuesta teórica más fina del marxismo”, dominando, por tanto, “el economicismo simple y la lucha de clases en su forma más cruda”²⁹. En su estudio de los periodos entre 1810 y 1891 (lucha de clases en ciernes) y entre 1870 y 1960 (fase imperialista), se descuidó otros aspectos como los del “Estado, del proceso de industrialización, del movimiento campesino, mapuche, de la mujer, de los grupos medios, entre otros”³⁰. Esta historiografía –argumentó el autor– tenía remotas posibilidades de ser restaurada y restablecida. Para entonces la idea dominante era que tenían mayor relevancia metodológica “las prácticas dialécticas de investigación a fondo de los procesos reales” por sobre “las formas puramente teóricas y dogmáticas del marxismo”. De modo que se reforzaba la necesidad de construir “la ciencia de la acción popular y del movimiento social que transforme la realidad”. Esta ‘ciencia’ –argumentó– heredaría la “suma dialéctica de los

²⁶ *Ibid.*, p. 52.

²⁷ *Ídem.*

²⁸ *Ibid.*, pp. 51-52

²⁹ *Ídem.*

³⁰ *Ídem.*

diversos post-marxismos”, los cuales coincidían en “no tener una “gran teoría” que est[uviera] por sobre las búsquedas de todos”. Es decir, se trataba de una ciencia que abriéndose “hacia el lado y hacia abajo” permitiera que “*todos* (incluyendo al propio Pueblo) [fueran] investigadores y, a la vez, actores y sujetos de la historia”³¹.

El ambiente de escepticismo en el que se desarrolló la historiografía de izquierda durante los ochenta se enfrentó, al mismo tiempo, a los intentos de renovación para la construcción de una ‘nueva historia’ que, de paso, pudiera enfrentar el poco feliz estado en que se encontraba la izquierda, mínimamente unificada debido a su común resistencia a la dictadura. Todo intento debía mirar atrás y reconocer los errores, los enigmas, los encierros del paradigma precedente. Por ello la precisión del diagnóstico sobre esta historiografía hacía probable su exitosa renovación. Sin embargo, el estado de la cuestión del marxismo en la historia descrito por Gabriel Salazar fue en el Seminario una de las tantas formas de leerlo, lo cual produjo más preguntas que acuerdos.

El sociólogo Tomás Moulian, en una de sus intervenciones, argumentó que aquel juicio contra los marxistas chilenos no podía ser hecho sin la prevención historicista de que estos estaban “situados en otra época y tenían el marxismo que podían”, pese a lo cual su gran aporte “consistió en relevar lo económico-social frente a lo político”³². Así, este ejercicio de “relevar” lo “económico-social” como un factor que requería de un necesario estudio histórico fue fundamental no sólo por la innovación historiográfica que supuso, sino porque también aportó a que la representación de la sociedad se precisara y, usando la metáfora de Brecht, se pudiese sobre ella moldearle (políticamente) a martillazos. La conclusión, en este contexto, era que el marxismo –fuera que estuviera en una ‘crisis’ circunstancial o terminal– “tiene, aun, cierta vigencia”. La comprensible moderación de esta conclusión aceptó la idea de un “marxismo mínimo” que tuviera “sensibilidad frente a los problemas históricos” y que aportara en “la constitución de un (nuevo) proyecto histórico”³³. En esta línea, el sociólogo Vicente Espinoza remató afirmando que la historiografía marxista en aquel contexto, de una izquierda derrotada, de escepticismo y renovación, en plena dictadura, podía tener nulo o algo de sentido, pero lo fundamental era que el marxismo que contenía se comprendiera como una “teoría de la

³¹ *Ídem.*

³² *Ibíd.*, p. 53.

³³ *Ídem.*

revolución y la liberación”³⁴. De modo que –prosiguió– la historiografía puede elegir entre diferentes campos de estudios, unos más “objetivos” otros más “subjetivos”, pero la cuestión relevante para un marxista era si acaso tenía sentido para entonces hablar de revolución en Chile.

Lo que esta notable afirmación supuso era que hacer historia desde una perspectiva marxista no significaba sólo la opción de definir una entre varias formas disponibles en la academia de representar la realidad histórica. Su afirmación era también una prevención sobre las consecuencias de optar por la concepción marxista. Esta implicaba optar por una forma politizada de discurso, el cual de manera inevitable estaba destinado a ser, en el contexto de la dictadura, radicalmente reprimido. No porque la perspectiva marxista fuera en sí misma política, y en cambio otras, como la liberal, fuera en sí misma técnica, científica y neutral. En el contexto de la dictadura, donde regía un orden autoritario, la perspectiva marxista, al igual que la liberal, devinieron políticas, porque el enemigo les era común. Pero la diferencia estaba en que en este contexto aunque estaban suspendidos los derechos y libertades políticas típicas del orden liberal, social y económicamente regían sus principios. La perspectiva liberal corría con ventaja política, frente al marxismo, pues se resistía de forma parcial a la dictadura, en tanto la alternativa política que representaba estaba parcialmente materializada. Entonces, en otras palabras, la pregunta de Espinoza fue: ¿Tiene sentido ser marxista todavía? En el caso de Gabriel Salazar, la respuesta a esta pregunta y en línea con su exposición fue que el ‘marxismo mínimo’ debía “orientarse hacia la construcción o reconstrucción del ‘proyecto histórico popular’”, es decir, determinar cómo “debería reorientarse el movimiento popular”³⁵. Moulían, concluyendo, agregó que no bastaba para un proyecto de ‘liberación’ “la mera sensibilidad marxista” sino también “una sensibilidad populista”³⁶. Así, uno de los puntos más relevantes de esta discusión fue que aun cuando no fuera preciso aquello que se buscaba conservar del marxismo en su versión ‘mínima’, lo que subyacía a toda su amplia tradición era el hecho de que el marxismo suponía junto a una teoría y un método determinado, una *voluntad* transformadora.

³⁴ *Ibíd.*, p. 53.

³⁵ *Ibíd.*, p. 55

³⁶ *Ídem.*

Concepción «popular» de la relación de *lo social* y *lo político*

La presente investigación construye su marco teórico a partir del supuesto de aquella voluntad transformadora. Esta voluntad presupuesta en la concepción marxista –sostenemos– consta de una faceta activa, como productora de historia, y una pasiva, como producto histórico. Esta comprensión surge de la aplicación de ciertos supuestos teóricos, cuya particularidad consiste en explicarla como resultado de un proceso histórico que se desenvuelve en base a la relación *dialéctica* entre el ‘ser social’, la estructura determinante y determinada de la realidad histórica, y la ‘conciencia social’, el campo amplio pero acotado de discursos y acciones determinados y determinantes que el sujeto materializa dentro del marco de esta realidad.

Los fundamentos de la *tradición marxista* serán tomados acá como base para la proposición de una concepción que acá llamaremos «*popular*», y que pretende conceptualizar la relación histórica codeterminante y codeterminada de las categorías de «*lo social*» y «*lo político*».

En primer lugar, la categoría de «*lo social*» hace referencia al *grado de desigualdad* que existe en las relaciones entre los sujetos en una realidad histórica determinada. Mientras su grado máximo supone *dominación*³⁷, su grado mínimo supone *autonomía*. Así, desde esta perspectiva, lo social en una sociedad capitalista se cree que está caracterizado por un grado máximo de desigualdad estructural que se produce por la existencia de relaciones de *dominación* (explotación) entre los sujetos.

Entre lo social y lo político, se halla como instancia mediadora la categoría de «*lo cultural-ideológico*». Esta hace referencia al *grado de enajenación* existente en la ‘forma de vida’ y el ‘discurso’ ideológico del sujeto. El grado mínimo tiende a la forma de vida *autoconsciente* y al discurso *crítico*, y el grado máximo tiende a la forma de vida *alienada* y al discurso *legitimador*. Para esta

³⁷ Aquí el concepto de *dominación* se entiende como el conjunto de *formas históricas* que adquiere en un contexto la acentuada *desigualdad* instituida. Su forma predominante (no única) en sociedades capitalistas es la *explotación*, entendida como el grado máximo de desigualdad en el intercambio de *valor económico* producido. Su posición es central en tanto penetra, de un modo u otro, en el resto de las desigualdades (de género, sexual, étnica, racial, etc.). Para esta conceptualización véase: WRIGHT, Erik O., *Clases*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1994; “Comprender la clase. Hacia un planteamiento analítico integrado”, en *New Left Review* N° 60, 2010; “Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases”, en *Revista Zona Abierta* N°59/60, 1992; FRANCISCO de, ANDRÉS, “Explotación, clase y transición socialista: una década de marxismo analítico”, en *Política y sociedad* N°11, 1992; PEREZ S., Carlos, *Proposición de un marxismo hegeliano*, Ed. ARCIS, 2010; GONZALEZ C., Pablo, *Sociología de la explotación*, CLACSO, Buenos Aires, 2006.

concepción, cuando el grado de desigualdad en lo social tiende a la dominación, y el grado de enajenación tiende al mínimo entonces la totalidad social se supondrá constituida en base a dos clases fundamentales: una clase dominante y otra clase dominada. Esta clase dominada o subalterna, resultado de la mediación cultural-ideológica de las clases explotadas en lo social, constituye la faceta negativa del *Pueblo*.

Finalmente, la categoría de «*lo político*» hace referencia al *grado de asociación y disociación* que existe en las relaciones de producción (creación) de *poder* entre los sujetos en base al grado de desigualdad que se crea que tiende lo social y al grado de enajenación que se crea que tiende lo cultural-ideológico. Según nuestra perspectiva, cuando lo social y lo cultural-ideológico tienden a su grado máximo de desigualdad y mínimo de enajenación, lo político *debe poder* basarse en una acción colectiva caracterizada, de un lado, por su faceta activa, es decir, por una tendencia al grado máximo posible de *asociación* (unidad de clase) entre los sectores de la clase dominada, y del otro, por su faceta pasiva, por el grado máximo posible de *disociación* respecto a la clase dominante (antagonismo de clase). Cuando el grado de asociación entre los sectores de la clase dominada y su disociación respecto de la clase dominante tiende al mínimo, entonces la acción política resultante se fragmenta y tiende hacia la conformación de *movimientos sociales* que se desenvuelven en los límites históricamente existentes de la estructura del Capital y el Estado. Cuando el grado de asociación interna y disociación externa tiende al máximo, y la acción política se basa en un *proyecto alternativo* de sociedad que busca superar, en última instancia, los límites estructurales y estatales históricamente existentes que configuran la dominación y la enajenación, entonces esta tiende hacia la conformación de un *movimiento popular*. Este último corresponde a la faceta positiva del concepto de *Pueblo*. Su definición así se completa en la relación entre su faceta negativa (social), como la clase dominada, y su faceta positiva (política) como movimiento popular.

Como se advierte, cada categoría supone *grados*. Esto implica que ofrece la posibilidad de que el análisis histórico concreto posea un nivel suficiente de adecuación al proceso contingente de la historia. Se trata, por tanto, de categorías *histórico-analíticas*. Sus máximos y mínimos no suponen campos efectivos en la realidad histórica, sino polos de la tendencia. En este sentido, respecto a la expresión histórica de la categoría de lo político, se debe comprender que no se propone un esquema dicotómico entre movimiento popular y movimientos sociales. La gradualidad de

la categoría permite pensar en la posibilidad de que estén entrecruzados, de modo que cierto movimiento histórico en formación puede catalogarse, por ejemplo, como un *movimiento social popular*. Lo cierto es que todas estas expresiones son consideradas acciones colectivas de carácter político, que sólo se diferencian por su grado de asociación y disociación, y por la intensidad del proyecto movilizador.

La naturaleza de esta relación que opera bajo una lógica dialéctica, excluye la posibilidad de que se aislen entre sí los términos de lo político y lo social, o bien, se subsuma uno a otro. Esto quiere decir que lo social está determinado y determina a lo político del mismo modo como lo político está determinado y determina a lo social. Proceso dialéctico que está mediado necesariamente por la instancia de lo cultural-ideológico. En consecuencia, el núcleo fundamental, o “mínimo” si se quiere, de esta concepción depende de la conservación de este modo de concebir esta relación y sus elementos, de modo que a mayor penetración de una lógica mecanicista (tendiente a subsumir lo político y lo cultural-ideológico a lo social) o, por el contrario, liberal (tendiente a neutralizar las categorías a través de un aislamiento entre ellas), mayor es el grado de disolución de esta concepción³⁸.

Pese a la importancia de la primera reducción (que será tratada en el capítulo I), la crítica estará principalmente puesta contra la red categorial que sustenta a la tradición liberal. Más que discutir políticamente sus contenidos, lo que nos interesa acá es demostrar de qué manera el discurso liberal, en diferentes intensidades y modalidades, está presente, voluntariamente o no, en la historiografía chilena de izquierda. Lo que nos interesa del discurso liberal no son sus argumentos, que han variado en el transcurso de la historia, sino sus categorías y la relación de ciertos conceptos centrales. Estos podrán ser identificados sólo en contraposición a la concepción que acá proponemos. De modo que a través del examen de la historiografía, pretendemos establecer el uso que los historiadores de izquierda han dado a estos conceptos, y

³⁸ Sobre los fundamentos de la concepción aquí propuesta, véase: ANDERSON, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Ed. Siglo XXI, México, 1979; *Tras la huella del materialismo histórico*, Ed. Siglo XXI, México, 1986; *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1985; COHEN, Gerald, *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Ed. Siglo XXI, 1986; SANCHEZ V., Adolfo, *Filosofía de la praxis*, Ed. Siglo XXI, México, 2003; de SAMUEL, Raphael (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984; de GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel, Tomos I-VI*. Ed. Instituto Gramsci, México, 1999; SCHMITT, Carl, *El concepto de lo político*, Ed. Alianza, Madrid, 1998; MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *La ideología alemana*, Ed. Grijalbo, 1974; *El capital. Crítica de la economía política. Libro I*, Ed. Grijalbo, 1976; MARX, Karl, *Manuscritos: economía y filosofía*, Ed. Alianza, 1980; *Prologo a la contribución a la crítica de la economía política*, 1859. WITTGENSTEIN, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Ed. Crítica, Madrid, 2008.

detectar el grado de influencia del discurso liberal contenidos en ellos. Así, será necesario diferenciar *lo social* en sentido «liberal», referido a la Sociedad Civil, y en sentido «popular», equivalente al grado de desigualdad estructural ejercido por el Capital y el Estado. Asimismo, se diferenciará *lo político* en sentido «liberal», referido al Estado, y en sentido «popular», definido por el grado de asociación o unidad de la clase dominada autoconsciente y en antagonismo a la clase dominante. En consecuencia, 'lo popular', en sentido «liberal», será entendido, de un lado, como equivalente a "lo social" o a la totalidad social, sin considerar la división de clase, es decir, incluyendo dentro del "pueblo" tanto a la clase dominante como a la dominada; y del otro, como relacionado a uno de los sectores en que es posible estratificar la sociedad, en base –por lo general– a un análisis tricotómico: elite, clase media, clase popular. Mientras que en sentido «popular», 'lo popular' se entiende como las clases dominadas con grados de unidad y autoconciencia.

Esta investigación, no obstante, no supone en ningún caso un ejercicio de denuncia abierta y esmerada contra autores "liberales". No porque no pudiesen llegar a serlo, sino porque lo que nos interesa es hacer notar las inconsistencias lógicas entre los *usos* que le dan a ciertos conceptos, la forma en que a partir de ellos construyen sus marcos teóricos, la representación ideológica que tienen de sí mismos, y los objetivos prácticos que persiguen en base a esos *usos*. Dicho de otra forma, queremos establecer la inconsistencia de que estos historiadores, por un lado, se reconozcan como parte de una historiografía *crítica* (de izquierda), y, por el otro, hagan uso de distinciones conceptuales de discursos *legitimadores* como el liberal para sostener tal visión "crítica" en el ejercicio de su quehacer historiográfico.

El objetivo práctico de nuestro trabajo, por tanto, no es buscar el ataque inmerecido a un historiador u otro, en tanto persona y académico, sino ser un aporte teórico e historiográfico para desplegar una crítica directa contra la concepción liberal, no para negarla, sino para superarla en base a nuestra concepción aquí llamada «*popular*».³⁹ A partir de estos elementos, entonces, analizaremos la historia ideológica de la historiografía chilena de izquierda en torno a la evolución del concepto de *movimiento popular*.

³⁹ Nuestra propuesta no pretende ser "la interpretación verdadera" de Marx, sino una concepción cuya pretensión de verdad se alimenta de la amplia tradición marxista. Dado que no se trata de un esquema rígido y cerrado, esta propuesta conceptual está siempre en condiciones de ser enriquecida con aportes de otras tradiciones. Sin embargo, es condición fundamental la *voluntad* crítica y transformadora que la sustenta. Sobre esta descansan por tanto los límites de su apertura.

I. LA HISTORIA MARXISTA CLÁSICA (1950-1973)

“El arte no es un espejo para reflejar la realidad,
sino un martillo para darle forma”.
BERTOLDT BRECHT

Reducción liberal de *lo político y lo social*

Pareciera existir un consenso en afirmar que la historiografía marxista clásica se caracterizó por operar bajo una lógica determinista o mecanicista, es decir, por tender a considerar el aspecto superestructural como mero epifenómeno de la base económica, o bien, por sostener que la evolución de la conciencia política podía ser explicada en relación a la sola consideración de la evolución de lo económico-social, pues, como expresaba Karl Marx en el Prefacio a su *Contribución a la crítica de la economía política* (1859):

“El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”⁴⁰.

La lectura antitética de esta fórmula estructuró equivocadamente gran parte de la historiografía de la primera mitad del siglo XX. El supuesto dilema que ofrecía se creyó que podía resolverse eligiendo entre otorgar prioridad o al ‘ser social’ de una realidad histórica, o, en cambio, a su ‘conciencia’. En el primer caso, el historiador pondría su foco sobre los aspectos económicos y productivos de la realidad, y en el segundo caso, sobre los aspectos políticos, jurídicos, institucionales o culturales. Se trataba entonces de aquella lectura reduccionista de la distinción entre *base y superestructura*:

⁴⁰ MARX, Karl, *Contribución a la crítica de la economía política*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 2001, p. 5

“[e]n la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social.”⁴¹

La lectura de esta distinción fue notoria, por ejemplo, en el prólogo que Guillermo Feliú le hiciera en 1952 al *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico-social de Chile* de Julio César Jobet. Afirmó en primer lugar que este autor en su obra había empleado “un nuevo método o concepción”, el cual derivaba de la constatación de una “contradicción” entre, por un lado, la positiva “evolución histórica de Chile” que los historiadores conservadores y liberales habían establecido en “lo político” y, por el otro, “las tremendas injusticias, miserias y expoliaciones [que] agobian al pueblo”. Así, este historiador para comprender esta contradicción “se remonta al análisis de todo el proceso histórico, guiado por el método del materialismo histórico”, para “desentrañar los cambios económicos y las transformaciones sociales que experimentó el país, mucho antes que las luchas políticas de simple superficie, *reflejos* de aquellos cambios estructurales”⁴². Jobet pudo haberlo comprendido desde una perspectiva similar, al plantear en el prefacio de esta misma obra, que su trabajo pretendía “entregar una visión panorámica del proceso nacional en una síntesis histórica y sociológica” para “super[ar] la crónica predominantemente política”, y, de este modo:

“reparar el desconocimiento de la existencia del pueblo; de su lucha constante por mejorar; de su aporte decisivo al progreso del país, y presentar sus reales condiciones de trabajo y de vida, porque los historiadores chilenos, casi sin excepción, han pertenecido a la clase dominante, reduciendo la historia del país a los hechos de la clase pudiente, a las luchas de sus hombres más representativos, que se dividen en círculos rivales, separados por motivos exclusivamente personales o de familia. Las clases oprimidas, el pueblo, no han tenido sus propios historiadores y la historia de Chile ha sido asimilada, por lo común, a la de su clase

⁴¹ *Ibíd.*, p. 4.

⁴² JOBET, Julio, *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico-social de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1951, p. VIII. *Cursivas mías.*

puddiente, o clase superior como se autodenomina, y al análisis de sus leyes, siempre divorciadas de la existencia práctica del pueblo.”⁴³

Como fuera, esta distinción asumía que, en primer lugar, *lo político* era aquello correspondiente a *la política* institucional practicada dentro de la lógica de un Estado liberal y burgués en sus diferentes modalidades desde 1833 en adelante. Y en segundo lugar, asumió que *lo social* o, como es planteado por Jobet, “lo económico-social” correspondía a aquel aspecto de la realidad histórica que la historiografía tradicional (liberal y conservadora), en su vocación por registrar *la política* institucional elitaria, no tuvo por objeto estudiar, es decir, las condiciones sociales de “las clases oprimidas, el pueblo”. Así, el estudio de estos sectores, nunca antes considerados por la historiografía, fue aquello a lo que refirió el estudio de “lo económico-social”.

Esta forma de entenderlo no tuvo su origen en la historiografía de izquierda de mediados de siglo XX ni menos en la obra particular de Jobet. Se puede registrar su *uso* mucho antes, para fines del siglo XIX, cuando los intelectuales de la elite comenzaron a plantear la necesidad de responder a la llamada “cuestión social”, cuyo fenómeno moderno emergió en Chile hacia 1860 en relación a la paulatina introducción del sistema capitalista⁴⁴, y que no significó otra cosa que dar respuesta a los modos como los sectores populares, ante la relevancia política que adquirió el agravamiento de las condiciones sociales en las que vivían, se comenzaron a organizar y removieron las prioridades políticas de *la política* liberal en la que se desenvolvía la elite. En efecto, Jobet, según Jorge Rojas, “recibió la influencia crítica que aportó la historiografía liberal de los años 30 y 40 [como Luis Galdames o Guillermo Feliú], más sensibles a las temáticas sociales y lejana de la herencia más elitista de la escuela conservadora”⁴⁵. De modo que probablemente en esta obra se vea reproducida parcialmente esta comprensión según la cual *lo político* está contenido completamente en el Estado liberal con todas sus instituciones históricas, mientras que *lo social* hace referencia a *la sociedad* en

⁴³ *Ibíd.*, p. 5.

⁴⁴ GREZ, Sergio, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, (Compilación y estudio crítico), Santiago, Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995. Versión digital revisada en: http://www.archivochile.com/Historia_de_Chile/trab_gen/HCHtrabgen0024.pdf, (Suecia, 2005), p. 4.

⁴⁵ ROJAS, Jorge, “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, *Revista de Economía y Trabajo*, N°10, PET, 2000, p. 51.

abstracto –dentro de la cual este autor enfatiza las clases populares– cuya naturaleza busca evitar que “lo político-estatal” la subsuma. Se trató, en otras palabras, de lo que más tarde se traduciría como la distinción de *Estado y Sociedad Civil*.

Este uso conceptual reduccionista ha marcado gran parte de la reflexión y el quehacer historiográfico hasta la actualidad. La innovación particular de Jobet, en su pretensión de superar la historiografía tradicional, cargó con un entrampamiento al conservar en parte la herencia (decimonónica) de distinciones propiamente liberales, reduciendo *lo* político a *la* política liberal (elitaria), y *lo* social a la realidad de los sectores populares, cuando en realidad tanto ‘la política’ como ‘los sectores populares’ no eran sino la *forma histórica* que había asumido desde el nacimiento de la República lo político y lo social. Por tanto, aquí la crítica apunta no precisamente al ‘economicismo’ que se les suele imputar a los historiadores marxistas, pues, para la comprensión restrictiva de Jobet lo político perdió relevancia historiográfica no a causa de encontrarse determinado por lo económico-social, sino más bien porque asumía un papel secundario en tanto refería a *la* política institucional de una elite liberal que desde el Estado creaba leyes “divorciadas” de la realidad del pueblo.

Sin embargo, la evolución de su obra da cuenta de que esta visión liberal reduccionista de lo político podía explicarse por las propias circunstancias históricas del desenvolvimiento de la política en Chile. Pues en el Estado liberal desde su construcción en las primeras décadas del siglo XIX hasta comienzo del XX, efectivamente existió esa identidad entre lo político y la política elitaria en su versión local tanto liberal como conservadora. Sólo la elite pudo hacer política efectiva, en tanto se hallaba políticamente asociada y ejercía una hegemonía cultural con la cual le era posible apropiarse del poder constituyente, de la soberanía nacional y del carácter elitario del Estado. Pero a medida que, por un lado, desde la segunda mitad del siglo XIX se fueron desarrollando movimientos sociales populares como el movimiento obrero, y, por el otro, para principios del siglo XX se fueron introduciendo en aquella política liberal representantes de los mismos sectores populares, tal identidad –de lo político con la política liberal– se fue lentamente disolviendo hasta mediados de la década del ‘60, para cuando la fuerza del movimiento popular amenazaba incluso con hacerla desaparecer. Pese a esto, para el contexto de Jobet de mediados de siglo, esa identidad heredada seguía teniendo fuerza y sentido, por lo cual se vuelve comprensible que de un modo u otro este autor la conservara

parcialmente en su obra. Pero su recepción fue efectivamente parcial y decreciente, pues al tiempo que pretendió hacer la 'historia y sociología' de los sectores populares, es decir, estudiar "lo social", también comenzó a registrar –según se desarrollaba el movimiento popular de fines de la década del 50– aquel proceso mediante el cual estos sectores fueron adquiriendo conciencia de clase y se fueron organizando políticamente en base a organizaciones y partidos 'populares' como, por ejemplo, el Partido Socialista fundado en 1933 –en el cual él militaba–, debido a lo cual fue perdiendo sentido la afirmación de que la historia que realizaba no era política, sino social por ser popular.

En la línea de lo anterior, este autor más adelante fue desarrollando una distancia ya no sólo hacia *la* política liberal, sino también ahora hacia *la* política estatista de impronta soviética. Por lo cual gran parte de su obra la dedicó a asumir una posición crítica hacia el Partido Comunista de Chile, y hacia lo que de comunista pudiese haber habido en el Partido Socialista. Consideró que aquel partido vivía "desligado de nuestra realidad objetiva, sirviendo fielmente las orientaciones de la III Internacional". Debido a lo cual se caracterizaba por su insistencia en "trasladar conceptos, juicios y fórmulas hechas para realidades y mentalidades distintas". Así, en función de su "más absoluta subordinación a los dictados del gobierno soviético, [...] sacrifica todos los intereses de las masas trabajadoras"⁴⁶. En cambio, sostenía Jobet, el "socialismo democrático y revolucionario" –el que asumía debía practicar el Partido Socialista– adhería a un marxismo que evitaba caer en los dos peligros del movimiento revolucionario: "el sectarismo esterilizador y el oportunismo corruptor". De modo que era necesario:

"estudiarlo a fondo, sin actitudes preconcebidas de adoración fanática o de aceptación estática, y, al mismo tiempo, reconoce[r] la urgencia de enriquecerlo y ensancharlo, infundiéndole constante vida acogiendo en su seno todas las nuevas realidades y avances y así impedir que se transforme en un credo momificado y dogmático; utilizarlo para escudriñar la existencia diaria, nacional e internacional, examinando y clasificando los nuevos hechos y confrontando la teoría con ellos".⁴⁷

⁴⁶ JOBET, Julio, *op.cit.*, p. 170.

⁴⁷ JOBET, Julio, *Los fundamentos del marxismo*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971 (5ta edición), p. 17.

Al margen de su orientación militante, esta cita permite reconocer que, al menos en su caso, existió una actitud bastante menos dogmática y menos “ceñida al marxismo internacional” de lo que se le ha criticado a la historiografía marxista clásica en general. Así, en esta misma línea, afirmó que “por su carácter científico” el marxismo era “un pensamiento unificador y sintético, [...] que presentándose como un conocimiento racional del mundo [...] sin cesar, se profundiza y se supera”. Su valor esencial era el de “expresar las contradicciones y los problemas de la sociedad contemporánea y en dar las soluciones racionales a esos grandes problemas”⁴⁸. La vertiente teórica y doctrinal del Partido Socialista era el marxismo “aceptado como un método de orientación social, de conocimiento real y de acción revolucionaria”, por lo cual “rechaza su interpretación reformista por negarle su sentido revolucionario y creador; y rebate su interpretación autoritaria y dictatorial, por desnaturalizar su contenido libertario y democrático”⁴⁹. Por esta razón –argumentó– no era posible negar que desde 1917 “el movimiento popular se encuentra escindido en dos campos: el socialista y el comunista”, pues existían serias divergencias teóricas y políticas con “el movimiento político comunista, dueño del poder en la URSS y en varios otros países de Europa y Asia”⁵⁰, lo cual se ha constituido en un “sistema de despotismo burocrático, expresión y superestructura de las relaciones sociales propias del capitalismo de Estado”⁵¹. Según una «política marxista» la verdadera revolución socialista era aquella que:

“evita que la primera propiedad socialista, en forma estatal, se transforme en propiedad exclusivamente estatal, porque desde ese instante el Estado se convierte en potencia autónoma por encima de la nueva sociedad. Y provocado tal hecho desaparecen la democracia y la libertad proletarias. La revolución será socialista, entonces, en la medida en que haga efectiva la socialización de los medios de producción y su administración por los trabajadores mismos, a través de los sindicatos, consejos obreros, comités populares, y descentralice las funciones administrativas por medio de organismos de base, como son las comunas, los comités de ciudadanos, los municipios”⁵².

⁴⁸ *Ibid.*, p. 20.

⁴⁹ JOBET, Julio, *El socialismo chileno a través de sus congresos*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1965, p. 6.

⁵⁰ JOBET, Julio, *Los fundamentos...*, pp. 28-29.

⁵¹ *Ibid.*, p. 126.

⁵² *Ibid.*, p. 145.

Julio César Jobet, dado el entrapamiento entre *la política liberal* y *la política comunista*, creyó necesario establecer una política auténticamente marxista que *superara* a las dos anteriores, cuestión que, según su postura militante, era naturalmente su partido quien mejor podía materializar. Este partido había nacido “como un partido profundamente chileno, enraizado en su rica tradición popular revolucionaria, y como culminación de un largo proceso de luchas ardorosas de las clases laboriosas por forjar un instrumento de sus intereses y de sus necesidades”⁵³. Por su carácter “chileno”, consideró la interpretación leninista “superada ya por el dinamismo de la sociedad contemporánea”, por lo cual la ideología del Partido Socialista no era “marxista-leninista” sino “marxista a secas”, pues enfatizaba “el ineludible proceso de rectificación y de enriquecimiento de su conjunto doctrinal”⁵⁴. Independiente de cómo años después se desarrollara la historia de este partido, esta posición se enfrentó directa e indirectamente a la posición de Hernán Ramírez Necochea, en tanto historiador y militante del Partido Comunista. La prevención ideológica de Jobet de evitar deformaciones dogmáticas (como el internacionalismo) en el área de la práctica política implicó también una prevención teórica cuyo propósito sirvió igualmente a evitar limitaciones dogmáticas (como el mecanicismo) en el ámbito del quehacer historiográfico.

Subsunción mecanicista de *lo político* en *lo social*

Efectivamente una de las principales limitaciones de esta historiografía fue el mecanicismo con que operó y que se expresó en un excesivo economicismo. Esto –plantea Pablo Artaza– la limitó a sostener que la “explicación de los comportamientos arrancaba casi solamente de las condiciones generadas por las estructuras económicas”⁵⁵. Esta crítica no apunta al relevo en el foco de estudio desde lo elitario a lo popular (como pudo ocurrir en Jobet), sino más bien apunta al determinismo de lo económico-social sobre lo político, que fue particularmente visible en la obra de Hernán Ramírez Necochea. Así, en la introducción de su *Historia del movimiento obrero en Chile* de 1956, este autor estableció que el proletariado era, hacia mediados

⁵³ JOBET, Julio, “Notas sobre las concepciones marxistas del Partido Socialista”, *Revista Arauco*, N° 68, septiembre de 1965, p. 53.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 46.

⁵⁵ ARTAZA, Pablo, “Del ‘marxismo clásico’ a la nueva historia social: debates y tensiones en una vertiente del revisionismo historiográfico chileno”, sin publicar, material de Seminario de grado: Movimientos sociales populares y construcción de representaciones políticas, Universidad de Chile, 2013, p. 4.

del siglo XX, “una clase en ascenso que crece y se fortalece en la misma medida en que la parte más progresiva de la economía crece y se fortalece”, por esto era en Chile y en el mundo “la clase a la que pertenece el porvenir”⁵⁶. Asimismo, en otro texto, respecto a las causas de la guerra civil de 1891 en Chile, este autor estableció que “no puede ser considerada como un conflicto provocado por situaciones de orden puramente político”, pues, afirma:

“los fenómenos de esta índole, por muy trascendentales que sean, no pueden determinar movimientos de la magnitud que tuvo la conflagración del 91. Y es que las luchas políticas que afectan a un pueblo, no son sino expresión de situaciones más profundas; son generalmente la resultantes de los antagonismo sociales suscitados por la existencia de intereses económicos contrapuestos. Por consiguiente, si se quiere encontrar la explicación a un fenómeno histórico, no es suficiente con buscar sus antecedentes de carácter político o simplemente ideológicos; es preciso ahondar en los fenómenos económicos y sociales determinantes de estos antecedentes.”⁵⁷

La cita anterior aunque expresa conciencia del autor de no operar bajo aquella separación liberal de lo político y lo social, deja abierta la cuestión sobre si acaso considera que así como no es suficiente explicar un fenómeno histórico de relevancia política solo con antecedentes políticos, tampoco lo sea solo con antecedentes económicos y sociales. Tal ambigüedad también quedó demostrada en el prefacio a la segunda edición de su *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, en el cual expresó que no era su propósito “reducir la génesis de la Independencia a términos o categorías puramente económicos ni, mucho menos, hacerla depender del anhelo de los criollos por obtener libertad de comercio”. Puesto que su perspectiva no se identificaba con la del “elemental economismo histórico, expresión pobre y deformada o esquema caricaturesco e insuficiente de esa rica corriente interpretativa del acontecer humano que es el materialismo histórico”⁵⁸. Su tesis consistió en que la crisis colonial de 1810 se produjo por “la existencia de fuertes e insuperables contradicciones de la estructura e intereses económicos de Chile con la estructura y los intereses económicos de la metrópoli y el imperio español en su conjunto”. La conservación de la sociedad colonial para fines del siglo

⁵⁶ RAMIREZ N., Hernán, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, Siglo XIX*. Ed. LAR, Concepción, 1986, p. 13

⁵⁷ RAMIREZ N., Hernán, *La guerra civil de 1891. Antecedentes económicos*, Ed. Austral, Santiago, 1951. P. 217.

⁵⁸ RAMIREZ N., Hernán, *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1967 (segunda edición) [1959 primera edición], p. 11.

XVIII comenzó a limitar el desarrollo y la potencialidad económica de Chile, de modo que “independiente del pensamiento o de la voluntad de la gente, estaban dadas ciertas condiciones objetivas fundamentales que favorecían la emancipación que trabajaban en sentido disolvente de los vínculos de subordinación en que la sociedad chilena se hallaba respecto de la madre patria y que daban a la independencia el rango de una imperativa e insoslayable necesidad histórica”⁵⁹. La independencia sería “la culminación necesaria y natural del crecimiento experimentado por Chile a lo largo de un cuarto de milenio de colonaje”⁶⁰. Por ello es que esta crítica hacia Ramírez no apunta a la reducción liberal sino a la mecanicista.

Tanto la reducción liberal como la subsunción mecanicista fueron reforzadas por otra limitación que se extendió a toda la historiografía marxista, y que aludía a las “deficiencias metodológicas en torno al trabajo con las fuentes resultando en limitaciones al rigor disciplinario”⁶¹. Dado el abandono o relegamiento del estudio de lo político, en el caso de la subsunción, se omitió gran cantidad de fuentes y antecedentes que eran necesarios para una más precisa problematización y explicación de ciertos procesos históricos como el movimiento obrero. Pese a esta gran limitación metodológica, uno de los grandes aportes de la historiografía marxista clásica fue, por un lado, dar categoría histórica al “rol jugado por un sector de los trabajadores” en lograr su articulación política en clave *clasista* y relativamente autónoma respecto de la política elitaria, y, por el otro, difundir la idea de que aquel “despertar de la conciencia” no surgió sino bajo determinadas condiciones materiales⁶². Sin embargo, esta articulación de la clase trabajadora se enfrentó al hecho histórico que ese tal ‘despertar de la conciencia’ no fue posible registrar sin el permanente papel jugado por los partidos de izquierda de entonces. De modo que la reconstrucción del movimiento obrero chileno de manera inevitable terminó engarzado con una historia de aquel partido político de izquierda que, según se sostuviera, tenía mayor incidencia en el desenvolvimiento de aquel movimiento.

Como consecuencia de esa relación movimiento–partido se dio también una fuerte tendencia al «vanguardismo» que sobredimensionó el papel que jugaba el partido político –según fuera la militancia del historiador– en la articulación y conducción de la acción colectiva de los

⁵⁹ *Ibid.*, p.12.

⁶⁰ *Ibid.*, p.15.

⁶¹ ARTAZA, Pablo, *op.cit.*, p. 4

⁶² *Ídem.*

trabajadores⁶³. Esta limitación puede explicarse también por el grado de intensidad con que se aplicó en algunos casos la lógica mecanicista. Así lo entiende Julio Pinto cuando cree identificar un “mecanicismo desatado” en Ramírez, debido a lo cual este justificó la aplicación a la realidad histórica de una matriz analítica (la marxista-leninista) que cuando no tenía suficiente rendimiento efectivo, el problema lo hacía recaer en la posición equivocada o alienada de los sujetos. De modo que esta perspectiva sustentó aquella “lectura clásica del anarquismo como una especie de trampa pequeñoburguesa, que desvía la clase obrera de su verdadero camino que era la militancia en el PC [Partido Comunista]”⁶⁴. Del mismo modo, esta deformación también se constata en la revisión que Jobet hizo de la figura de Luis Emilio Recabarren con miras a alejarlo de la visión estalinista que acusaba tenía el Partido Comunista y acercarlo más a la perspectiva del Partido Socialista⁶⁵. En definitiva, se trataba de una “filosofía de la historia”, que desde el tránsito desde la más primitiva de las rebeldías hasta el más vanguardista de los partidos, “hacía casi inevitable que el ordenamiento de los hechos siguiera una secuencia que se encaminaba hacia un desenlace conocido y necesario”⁶⁶, el cual se buscaba hacer coincidir con el rol preponderante al interior del movimiento popular de un partido en particular.

⁶³ *Ídem*.

⁶⁴ LOPEZ D., Ana, “Entrevista a Julio Pinto Vallejos”, Colaboraciones, Grupo de Historia Marxista, Julio de 2009, p. 4

⁶⁵ Véase, JOBET, Julio, *Ensayo... op.cit.*, pp. 159-160: “El Partido Comunista, sección chilena de la Tercera Internacional, organizado después de la dictadura del general Carlos Ibáñez, en 1931-32, ha mantenido una actitud en cierto modo despectiva hacia Recabarren; su memoria se ha debilitado a través de sus continuos virajes. En 1933, al quedar estructurados, política e ideológicamente, los cuadros del Partido Comunista, expresó que “la ideología de Recabarren es la herencia que el partido debe superar rápidamente”; suponía que ella era un serio obstáculo para la penetración por ese partido del marxismo-leninismo y su transformación en verdadero instrumento de combate. Podemos afirmar, con toda razón, que por sobre partidos y tendencias, Recabarren es un precursor genuino del socialismo y del movimiento obrero chileno con perspectivas americanistas. Recabarren es una figura que pertenece al movimiento popular y democrático, ajeno a toda concomitancia con el estalinismo actual.”

También en JOBET, Julio, BARRÍA, Jorge y VITALE, Luis, *Obras selectas de Luis Emilio Recabarren*, Quimantú, Santiago, 1971, p. 59: “Recabarren no tuvo ilusiones democrático-burguesas; al revés, decenas de años después de su muerte, con formidables experiencias sociales y políticas y con inmensas masas trabajadoras bien entrenadas, “concientizadas” en el socialismo, sin embargo, hay quienes defienden y sostienen alianzas y posiciones democrático-burguesas, de acuerdo con fórmulas como las de “frente popular”, “frente de liberación nacional” y “unidad popular amplia”.

⁶⁶ ROJAS, Jorge, *op.cit.*, p. 51

Concepto de *lo popular*

Otra de las críticas más fuertes hacia esta historiografía recayó sobre su excesiva inclinación hacia un «obrerismo» que supuso una “exclusión o juicio negativo hacia otros actores”⁶⁷. Así ocurrió, por ejemplo, en los casos de Ramírez o Fernando Ortiz, quienes estimaron como menores aquellos movimientos sociales emprendidos como el de los artesanos durante el siglo XIX, por no calzar con los objetivos del movimiento obrero moderno⁶⁸. Se trataba del tránsito evolutivo, lineal e incluso teleológico desde un nivel inferior de conciencia hasta uno superior, el cual solo el movimiento obrero podía conseguir, pues “los restantes sectores sociales, el artesanado, los campesinos y los sectores medios, estaban en desconstitución o eran arrasados por los procesos de creciente concientización”⁶⁹. Según Artaza, se llegó a plantear “un verdadero modelo evolutivo, en el que la rebeldía parte como movilización y pasa a la organización para llegar a la politización e ideologización”⁷⁰. De ahí que historiadores como Marcelo Segall afirmaran que “el movimiento obrero juega un papel destacado, múltiple y decisivo”, pues “en él está basado el futuro de la sociedad humana integral: la liberación total del hombre”⁷¹. Este movimiento seguía, en base al mismo mecanicismo de Ramírez, una dinámica a través de la cual:

“su posición política crece proporcional al desarrollo de esa economía: contradictorio, confuso, incipiente en la etapa de formación. Consciente, definido y organizado en la época de la industrialización. Simple elemento de equilibrio cuando el sistema de trabajo era manufacturero. Partidista decidido, cuando el sistema de producción pasó a un grado superior de especialización técnica y de gran consumo para los mercados internacionales. Y esto, que vale para toda la historia del proletariado del mundo, vale también para el chileno”⁷².

Sin embargo, debido a la realidad chilena y también internacional del movimiento obrero hacia mediados del siglo XX y su relación intrincada con la historia de los partidos políticos de

⁶⁷ ARTAZA, Pablo, *op.cit.*, p.4.

⁶⁸ Véase ORTIZ, Fernando, *El movimiento obrero en Chile (1891-1919). Antecedentes*, Madrid, Ed. Michay, 1985.

⁶⁹ ROJAS, Jorge, *op.cit.*, p. 53.

⁷⁰ ARTAZA, Pablo, *op.cit.*, p.3.

⁷¹ SEGALL, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, Ed. del Pacífico, Santiago, 1953, p. 26.

⁷² *Ídem*.

izquierda, la historiografía criolla se vería forzada en diferentes intensidades a someter sus categorías y conceptos a ciertos grados de flexibilidad, introduciendo matices al paradigma marxista, y reconociendo el ingreso formal de la categoría «popular clasista» en las ciencias sociales nacionales⁷³. En esta línea Julio Jobet al final de una de sus obras concluyó:

“Y los marxistas, para actuar correctamente, deben servirse de la tradición sociológica en su conjunto, dentro de la cual el estudio de Marx es un aspecto muy importante, pero sólo uno. En caso contrario, estiran y tuercen las ideas de Marx para hacerlas coincidir con los nuevos hechos, aunque éstos contradigan las afirmaciones del maestro”⁷⁴.

Efectivamente, esta prevención historicista de Jobet daba luces de las deficiencias con las que los historiadores de esta tradición practicaban la reconstrucción histórica de ciertos períodos para los cuales su comprensión de algunos conceptos marxistas tenía poco o nulo rendimiento. Estos periodos grises correspondieron, por ejemplo, a la historia de los sectores populares antes de 1890, para cuando el proceso de proletarización aún no era ni evidente ni masivo, o bien, hacia mediados del siglo XX, donde la autonomía proletaria del movimiento obrero fue solo relativa, debido a lo cual se tuvo que incorporar actores no obreros, y ampliar, en consecuencia, el concepto de ‘obrero’ a actores no proletarizados e incluso “pequeño-burgueses”, o bien, mudar o intercambiar el concepto de «obrero» por el de «popular».

Cada autor a su modo requirió de acomodados conceptuales. Según una distinción de Marcelo Segall los autores “se dividen por sus orientaciones metodológicas, concepción histórica y profundidad investigativa en dos corrientes centrales: la mecánica o estática y la dinámica o dialéctica”. Mientras los mecánicos separaban el hecho histórico de su contexto, los dialécticos en cambio asumían una visión del proceso total, por lo cual podían afirmar que “la lucha de clases moderna tiene distintos niveles en su evolución, superando los cortes arbitrarios de índole cronológica”. En este sentido, “el historiador social cuando sigue la línea tendencial estática o mecánica compromete la objetividad, desorientando a sus lectores no especialistas”⁷⁵. Esta distinción en su caso le permitió adentrarse en el estudio del estado de la lucha de clases a

⁷³ GARCÉS, Mario, “Historia social y saber popular: el movimiento social de pobladores”, en Revista *Alamedas* N°1, abril-junio, 1997, p. 20.

⁷⁴ JOBET, Julio, *Los fundamentos...*, pp. 210-211.

⁷⁵ SEGALL, Marcelo, “Lucha de clases en las primeras décadas de la República de Chile, 1810 – 1846”, *Anales de la Universidad de Chile*, N° 125, Ed. Nacimiento, Santiago, 1962, p. 20.

comienzos del periodo republicano en Chile. Así, desde una visión 'dinámica y dialéctica', la lucha de clases –afirmaba– tenía lugar desde comienzos del siglo XIX, pero en base a la movilización de “la masa popular”, el “pueblo” o “el roto”, que “no era un proletariado moderno, consciente, colocado en su papel actual de renovador de la sociedad en su conjunto”⁷⁶, sino que era “o el servidor de los medios acomodados o su proveedor artesano. En el primer caso, dependiente, mediero o asalariado. En el segundo, libre en la misma medida en que era dueño de sus herramientas y estaba organizado”⁷⁷. La masa popular, en definitiva, estaba compuesta:

“[...] de hombres libres –sin el pongaje y la esclavitud típica del resto de los países latinoamericanos–; iba desde el inquilino y el jornalero agrícola hasta el artesano; desde el cargador hasta el fletero; desde el vendedor callejero hasta el tipógrafo. Los más importantes desde el punto de vista social-político eran los artesanos: albañiles, pintores, carpinteros, ebanistas, herreros, plateros, bronceros, pedreros, cordeleros, zapateros, sombrereros, sastres, talabarteros, etc. Sin olvidar que la vanguardia es el obrero de imprenta.”⁷⁸

Pese a la disponibilidad para entonces de ciertas investigaciones sobre las primeras décadas de la República, este autor consideraba que todas eran aún muy limitadas, pues “no hay una visión de conjunto que entregue el papel como clase de los trabajadores, en la política activa”, como tampoco “hay un examen de su actuación decisiva en la correlación de fuerzas militantes”. En definitiva, “el papel social y político de la masa popular no ha sido descrito”⁷⁹, afirmaba.

Tanto este historiador como el resto de los de esta tradición, usaron ahí donde la ‘caja de herramientas’ les era insuficiente, el concepto de *pueblo* como concepto auxiliar. Su utilidad no es casual, pues su amplitud, la cual permite que sea políticamente usado por cualquiera, responde a que se trata de un concepto político por excelencia. Su propiedad vacua supone que no sea solo una palabra, sino que un concepto, y profundamente *polémico*, pues es permanentemente objeto de disputa política y de apropiación histórica. Por ello el uso dado a

⁷⁶ *Ibid.*, p.5.

⁷⁷ *Ibid.*, p.31.

⁷⁸ *Ídem.*

⁷⁹ *Ibid.*, p. 8.

este concepto presupone haber dado ya respuesta a la pregunta: ¿Quiénes son el pueblo? Los historiadores marxistas clásicos lo usaron, por un lado, para identificar o abarcar sociológicamente a un actor que no calzaba con “su objeto prioritario de estudio”, el proletariado industrial y minero, quienes “pasaron a constituir los grandes protagonistas de la historia de la salvación y redención de la humanidad”, debido a lo cual se omitió “a un grueso de la población trabajadora que no se incorporó, sino muy tardíamente, en este proceso de modernización capitalista”⁸⁰. Y por el otro lado, lo usaron para renombrar políticamente el movimiento como *popular* cuando su propiedad obrera no fue central.

Marcelo Segall, por ejemplo, en alusión a cierto conflicto a mediados del siglo XIX, sostuvo que existía una pugna entre los ‘sectores propietarios’ y los “elementos más oprimidos del pueblo”, dentro de los cuales estaban los artesanos y el proletariado minero⁸¹. Así también, se introdujo en disquisiciones notables como estas:

“Nuestro pueblo es llamado “el roto”. Más, esta calificación se presta a equívocos. Se puede ser roto y no “roto”. Precisemos. El “roto” saca de sí mismo todas sus riquezas. Se tiene. Es dueño de sí mismo y sólo eso. Y dueño de nada. En cambio, se puede ser roto y propietario [...] Estos aspectos, entre sociales y psicológicos, tienen una vigencia vital en política. “El Roto” es el proletario chileno, vale decir, el más típico obrero nuestro; el minero. [...] Sin ningún bien que defender, excepto sus brazos –su salario- es el espontáneo héroe de la lucha moderna de clases chilenas. El retrato sociológico del minero criollo es la versión nacional del proletario fabril, descrito por Marx. Es el hombre asalariado, sin herramientas propias, que aliena su energía física por un jornal; concentrado en faenas proveedoras de los mercados internacionales.”⁸²

El trabajo de este autor dio cuenta de una necesidad historiográfica que debió ser autosatisfecha, y que a ratos consistió en un intercambio de denuncias respecto a la identidad y coherencia teórica e ideológica de los otros historiadores. Así, en su obra más conocida, afirmó que “lo que hacen Jobet o Ramírez Necochea, no es marxismo, sino ‘sociología corriente’”. Esto, debido a que caracterizaban “las luchas sociales en Chile como el combate entre la

⁸⁰ ROJAS, Jorge, *op.cit.*, p. 51

⁸¹ SEGALL, Marcelo, “Las luchas...”, p. 9.

⁸² *Ibíd.*, pp.16-17.

oligarquía y el pueblo, sin definir sociológicamente qué es oligarquía y qué es pueblo". Concluyó diciendo que lo que estos sostenían era "simple fraseología"⁸³.

Concepto clásico de *movimiento popular*

Como consecuencia de los ejercicios de acomodo y aclaración conceptual al interior del entramado categorial del marxismo disponible, surge, por tanto, la cuestión del concepto de *movimiento popular*. Una formulación de este concepto se visibilizó claramente en Julio Jobet quien en un texto en alusión al Partido Socialista afirmó que estaba en su línea ideológica otorgarle idéntico valor social al:

"proletariado, reducido pero de gran peso por su concentración en los centros decisivos de la economía nacional, (salitre, cobre, carbón, puertos, transportes e industrias); al **campesinado**, el sector más numeroso de la clase trabajadora del país; y a **las clases medias pauperizadas**, susceptibles de transformarse en una importante fuerza del movimiento revolucionario"⁸⁴.

De modo que este se habría constituido en el tiempo en base a:

"una agrupación de trabajadores manuales e intelectuales, es decir, de obreros, campesinos, empleados, estudiantes, intelectuales, profesionales, pequeños industriales, artesanos y pequeños agricultores, en alianza, tras la aspiración de conquistar el poder para dar vida a una **República Democrática de Trabajadores**"⁸⁵.

Esta última fórmula, "República Democrática de Trabajadores", fue el resultado de la aplicación al contexto local de la concepción marxista. La ductibilidad conceptual visible en la historiografía marxista clásica más que un ejercicio meramente 'teorista' fue la respuesta a las circunstancias de lo político y lo social en que se desenvolvía durante los sesenta el *movimiento popular*. Para entonces este estaba encabezado en el Frente de Acción Popular, un

⁸³ SEGALL, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo...*, p. 36.

⁸⁴ JOBET, Julio, "Notas sobre...", p. 53. Negritas del texto original

⁸⁵ *Ídem*. Negritas del texto original

conglomerado político creado en 1956 y conformado principalmente por el Partido Socialista y el Partido Comunista de Chile, y que en 1969 pasó a llamarse Unidad Popular, con el cual luego de tres intentos fallidos Salvador Allende llegó finalmente a ocupar el cargo de Presidente de la República. En efecto, aquella fórmula de subsunción de lo obrero en *lo popular* consta en una lata entrevista realizada a Salvador Allende antes de la elección presidencial de 1964 frente a Eduardo Frei Montalva, que a continuación se cita en extenso una de sus intervenciones:

“Pienso que el movimiento popular que represento es el más serio, el menos sectario, el más amplio y el más importante de toda nuestra historia política. Sepa que nuestro agrupamiento no es una cosa transitoria, formada con fines exclusivamente electorales. [...] Hace ya ocho años que hemos organizado el Frente de Acción Popular, organismo que constituye la columna vertebral política de nuestro movimiento.

Junto a seis partidos, dos marxistas y cuatro no marxistas, hay miles de independientes que nos acompañan, formados en organizaciones tales como el Frente Cívico Militar, el Baluarte del Pueblo, el Instituto Popular, la Asociación de Economistas de Izquierda, los grupos católicos Allendistas, vastos sectores de evangélicos, protestantes, bautistas, sabatistas, etc.

Nosotros no hemos planteado nuestro programa desde un punto de vista vertical: vale decir desde arriba hacia abajo. ¡No!; el programa nació de la presencia de dirigentes sindicales, mutualistas, de juntas vecinales, de técnicos, de profesionales, de representantes de los partidos políticos; vale decir, de casi toda la gama de actividades de la nación

[...]

Finalmente hemos dicho, y ésta es la posición revolucionaria del movimiento popular, que nuestro gobierno estará integrado por sectores de la clase media, los obreros y el campesinado y eso es lo que señala la posición de avanzada y revolucionaria, no para usar la violencia, sino lisa y llanamente porque implica reemplazar a una clase social minoritaria, por la inmensa mayoría del país”⁸⁶

La formulación del concepto de movimiento popular del entonces candidato presidencial contiene elementos que figuran también en la producción historiográfica de Julio Jobet. En

⁸⁶ ALLENDE, Salvador, “Imagen de un líder. Entrevistas al senador Salvador Allende en la televisión”, En: *Revista Arauco* N°55, agosto de 1964, pp. 9-105.

tanto militantes del mismo partido, esto no es casual, sin embargo, lo relevante recae en la naturaleza de la influencia que existió entre el entramado categorial de la historiografía marxista clásica y la construcción ideológica del movimiento popular. Gabriel Salazar, como se expuso en una sección anterior en este capítulo, consideró que el aporte de esta cercanía habría sido escaso, en tanto que la historiografía no habría planteado nada diferente o nuevo de lo planteado por los partidos parlamentarios de izquierda. Sin embargo, si se considera que el propósito de la Unidad Popular de ascender al gobierno en 1970 fue exitoso –la trinchera política más relevante del movimiento popular–, no parece comprensible, considerando lo intrincado y agudizado que estaba lo político y lo social en aquella época, que los intereses de uno (partidos) y otro (movimiento) no fueran los mismos. Es decir, la misma razón que expone Salazar para basar su afirmación permite usarse para afirmar lo contrario, o sea, que el aporte de la historiografía fue efectivo y relevante. Aquellos elementos de esta formulación figuran ya en la obra más conocida de Jobet escrita en 1951, para cuando aún no se formaba el FRAP, en donde, por ejemplo, establece que el Partido Socialista “enfoca dialécticamente nuestra existencia nacional y se remonta al análisis de la realidad continental condenando los errores de los partidos adheridos a la II y III Internacionales”, y “comprueba que la realidad económico-social semifeudal de Chile es diversa a la de los países industrializados y afirma, entonces, la importancia de las clases medias, o pequeña burguesía, numerosa y empobrecida tanto como los obreros y campesinos”. Por lo que “se constituye en un movimiento revolucionario a base de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, proletariado y pequeña burguesía, para lograr la implantación de un gobierno de trabajadores organizados”⁸⁷. Esta perspectiva, que enfatizó la amplitud y heterogeneidad de los sectores populares que conformaban el movimiento popular, se conservó durante las décadas del 50 y 60, “época caracterizada por la constitución de una estrategia política que comenzaba a dar sus primeros pasos en la arena electoral y la lucha social”⁸⁸, y llegó, en efecto, a ser parte de la estrategia política electoral expuesta en el *Programa de Gobierno de la Unidad Popular* en 1970:

“Unidad amplia, cohesionada y vinculada a la lucha

La unidad forjada es amplia y a la vez cohesionada. En ella participan hombres y mujeres de diversas filosofías o creencias: marxistas, laicos, cristianos, independientes, etcétera. Está

⁸⁷ JOBET, Julio, *Ensayo...*, p. 188.

⁸⁸ ROJAS, Jorge, *op.cit.*, p. 51.

vinculada a la lucha del pueblo, de los estudiantes, de los sectores medios, y expresa los intereses de todas las fuerzas sociales ajenas al poder de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros. Integrada por las fuerzas políticas de izquierda y abierta a todos los que están por cambios verdaderos, basa su acción en un programa claro sin ambigüedades, elaborado en común, y en un trabajo coordinado y de equipo, respaldado por la firme voluntad de superar las diferencias y todo aquello que divida o parcialice, excluyendo toda forma de hegemonías partidistas”.⁸⁹

Paralelo a este ejercicio de subsunción conceptual, se llevó a cabo en otros autores un proceso de ampliación del concepto de lo obrero, lo cual se evidenció, por ejemplo, en la confección de la historia del movimiento obrero en Chile de Jorge Barría. En esta reconstrucción histórica el autor quiso considerar para su estudio a “la clase trabajadora organizada”, pero no sólo abarcó a “los sectores urbanos de los obreros industriales, sino a todos aquellos que obtienen sus medios de subsistencia mediante el pago de salarios, sueldos o remuneraciones por el empleo de su fuerza de trabajo, y que no son poseedores de los instrumentos de producción y cambio”. En este sentido, abarcó “desde los profesionales libres, los empleados, los obreros, hasta los campesinos asalariados, ya que todos ellos experimentan en mayor o menor grado la inseguridad económica inherente al régimen capitalista y el carácter deprimente para el ser humano de la sociedad burguesa”. Esta ampliación fue necesaria en tanto “la clase trabajadora es, en todos los países, la mayoría nacional”⁹⁰, de modo que si sólo abarcaba al clásico obrero industrial o minero, en el caso chileno se hubiese encontrado con que el movimiento obrero, el actor productivo estratégico por antonomasia, para comienzos de los setenta no era efectivamente mayoritario. Sin embargo, sostuvo que ocupó el término “movimiento obrero” pues “singulariza una realidad social evidente” y es “un concepto aceptado en el vocabulario de las ciencias sociales para especificar la fuerza dinámica de los trabajadores organizados”. El concepto involucra la “célebre trilogía orgánica de los trabajadores”, a decir, los sindicatos, cooperativas y los partidos políticos, todas organizaciones creadas para defender al trabajador en tanto “productor, consumidor y ciudadano”. Finalmente, sostuvo que dado que “la clase obrera es la que experimenta con mayor intensidad la explotación de la sociedad capitalista”, es por eso que esta era “objetivamente, el núcleo central del movimiento de los trabajadores”, sin

⁸⁹ *Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular*, Candidatura presidencial de Salvador Allende, 17 de diciembre de 1969, Santiago de Chile, p. 36. Negritas en original

⁹⁰ BARRÍA, Jorge, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*, Ed. UTE, Santiago, 1971, p.7.

perjuicio de que para entonces en Chile, a las tendencias organizativas indicadas, “se agregan los organismos de los pobladores, una nueva realidad.”⁹¹ Esta ‘nueva realidad’ venía desarrollándose desde fines de los cincuenta (con el levantamiento de la población La Victoria en 1957), y constituyó más tarde el punto de partida de parte de la historiografía posgolpe que criticando la centralidad ‘proletaria’ de la historiografía marxista clásica terminó a ratos por reducir lo popular a la realidad poblacional.

Ramírez Necochea, por su parte, en casi toda su obra insistió en usar el concepto de movimiento obrero, pese a que para entonces pareció tener más rendimiento político e historiográfico el de movimiento popular, incluso para su partido. Ahí cuando planteó una definición de movimiento popular, no siempre logró diferenciarla con claridad de la del movimiento obrero. Así se evidencia al sostener que el movimiento popular:

“en razón de su propia naturaleza y de sus orientaciones genuinamente revolucionarias, se esfuerza por encarar y resolver los grandes problemas que afectan a la nación, removiendo en su raíz las causas que los engendran. [...] Dicho en otras palabras, las fuerzas más avanzadas, aquellas a las cuales corresponde asumir la responsabilidad de remodelar integralmente la sociedad chilena y en cuyas manos se encuentra el futuro de la nación, necesaria y obligatoriamente llegaron a ser los exponentes máximos y los más decididos defensores del interés nacional frente al imperialismo”⁹².

Entre aquellas “fuerzas más avanzadas” correspondía al Partido Comunista de Chile asumir el rol central en torno a la fuerza de la clase obrera. En el caso de Ramírez, y en el discurso general de su partido, no se tendió a llevar a cabo, por ejemplo, el ejercicio de ampliación conceptual que practicó Jorge Barría. En la perspectiva comunista, el movimiento popular sólo era tácticamente funcional, en tanto reforzaba el objetivo estratégico de la clase obrera, la vanguardia del movimiento popular. Así lo confirmó la intervención de uno de sus dirigentes durante el XIII Congreso Nacional en 1965:

⁹¹ *Ibid.*, pp. 11-12.

⁹² Citado por PINTO Julio, En: RAMÍREZ N., Hernán, *Obras escogidas Volumen I*, LOM, Santiago, 2007, p. 15.

“En nuestra posición no nos guía el temor al golpe de Estado ni a la intervención abierta del imperialismo yanqui y no vemos tampoco peligro de que la burguesía se apodere de la dirección del movimiento popular. Si mantenemos la unidad del FRAP, la unidad comunista-socialista, si fortalecemos las posiciones de la clase obrera, la dirección del movimiento popular estará firmemente en nuestras manos. De lo que se trata es justamente de atraer más fuerzas en torno al proletariado, de arrebatarle a la burguesía importantes sectores que hoy están bajo su influencia y ponerlos bajo la influencia de la clase obrera”⁹³.

Sin embargo, luego esta posición se fue flexibilizando y se acercó a la tesis ampliada de Allende, y, por tanto, de Jobet y Barría. Así figuró en el informe de su Secretario General en 1969, Luis Corvalán, que a continuación se cita en extenso:

“Otros partidos y corrientes dan también su aporte al movimiento obrero y popular. Pero es de toda evidencia que, por ejemplo –y para citar dos cuestiones esenciales-, el fortalecimiento y ampliación de la unidad sindical en las filas de la CUT y la Unidad Popular en marcha, son principalmente frutos de nuestra política y de nuestro esfuerzo. [...]

Los comunistas vemos en este fenómeno un hecho positivo y por tanto tenemos frente a él una disposición abierta. Más aún, estimamos que abren nuevas perspectivas a la clase obrera para forjar en torno suyo una vasta alianza antiimperialista capaz de conducir a la victoria la revolución chilena. [...]

De otra parte, en un plano ultraizquierdista, operan grupos y grupúsculos anticomunistas que reciben el aliento de los enemigos de clase del proletariado. Estos grupos actúan al margen de las masas y recurren al terrorismo, método que favorece los propósitos de los reaccionarios y que por esto ha sido condenado desde hace muchos años por el movimiento obrero revolucionado.

En ellos encuentra eco las ideas reaccionarias de Marcuse y de otros ideólogos que proclaman la caducidad del marxismo y niegan la misión revolucionaria de clase obrera, la declaran incorporada al “status”, presentan al campesinado y a la juventud como la principal fuerza motriz de la revolución, tratan de contraponer los campesinos a los obreros, los

⁹³ CANTERO, Manuel, “Unidad Socialista Comunista, cimiento del movimiento popular” en *Documentos del XIII Congreso Nacional del PCCh*. Folleto n°2. 10-17 de 1965, pp. 43-44.

jóvenes al proletariado, intentan reemplazar la lucha de clases por una lucha entre generaciones. [...]

Como lo señaló nuestro partido en su manifiesto al pueblo, de diciembre de 1968:

“Chile necesita un gobierno popular antiimperialista y antioligárquico, que tenga el apoyo de la mayoría nacional, constituido por todos los partidos y corrientes que coincidan en un programa de transformaciones revolucionarias. En él deben estar los obreros, los campesinos, los empleados, las mujeres, los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, no sólo a través de los partidos que los interpretan, sino también mediante representantes de sus organizaciones de masas en las instituciones y escalones correspondientes de la Administración del Estado” [...]

El proletariado –por ser la clase más organizada, por su conciencia política y nivel de combatividad, por el lugar que ocupa en la producción social, porque no tiene nada que perder sino sus cadenas y sí un mundo que ganar, porque su causa se confunde con la causa general del pueblo y de la nación– es la única fuerza social que puede garantizar las mejores soluciones frente a las dificultades que han de surgir y, por tanto, puede asegurar la marcha victoriosa del proceso revolucionario. Desempeñará tal rol a condición, por cierto, de que en todo momento esté presente con sus luchas, desarrolle todavía más su organización, extienda y consolide sus vínculos con los campesinos y las capas populares no proletarias de la ciudad, eleve aún más su conciencia de clase, cierre filas en torno al Partido Comunista y ésta mantenga y propague con firmeza la ideología del marxismo-leninismo” [...]

Respecto de las distintas fuerzas que hay en el movimiento popular, estamos por su entendimiento y su colaboración sin ningún límite en el tiempo. De consiguiente, no tenemos segunda intenciones en el trato con ellas”.⁹⁴

En definitiva, es especialmente en la producción de Hernán Ramírez donde se suelen alojar la mayoría de las críticas que la historiografía posgolpe ha dirigido hacia la historiografía marxista clásica. En este autor existió efectivamente una producción intelectual marcada por una tendencia hacia el obrerismo exacerbado, hacia un mecanicismo categorial, y hacia un vanguardismo depositado en el Partido Comunista como conductor de la política obrera. Esto permite dejar en evidencia la existencia de enfrentamientos y tensiones al interior de la

⁹⁴ CORVALÁN, Luis, “Unidad Popular para conquistar el poder” en *Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista*, 23 de noviembre de 1969, pp. 3-22

tradición, lo cual da pie para poder evitar oscurecer con críticas generales, con las que se tiene amplio acuerdo, ciertos elementos que pueden ser rescatados en los autores y que, pudiendo constituir la base para una renovación historiográfica, sirvan para superar las limitaciones y deformaciones teóricas e ideológicas de esta tradición pero sin negarla mediante una crítica ahistórica. Se trata, por tanto, de cuestionar y disputar el contenido de aquello 'clásico' que tiene esta corriente historiográfica. Creemos que lo 'clásico' no se reduce a las deformaciones mecanicistas por cierto presentes en esta corriente. Incluye también esos elementos rescatados acá del marxismo presente por ejemplo en Jobet y en Barría, que creemos son actualizables e integrables en los análisis sobre lo político y lo social disponibles hoy en la historiografía chilena.

Consideraciones finales

La historiografía marxista clásica pese "a su disparidad generacional y gran cantidad de tensiones y disputas internas", logró –sostiene Pablo Artaza– "articular un denominador común en torno al protagonismo histórico de un actor social hasta entonces ampliamente excluido de la historiografía: los trabajadores, y la construcción –a partir de este mismo actor– de un proyecto político nacional: la construcción del socialismo"⁹⁵. Este proyecto político nacional en clave socialista, llevado a cabo a través del *movimiento popular*, fue la expresión de aquel elemento 'mínimo' que el marxismo ofrecía y que decía relación con una voluntad transformadora para la cual se necesitó una teoría y una praxis que esta historiografía buscó dar en el ámbito de sus posibilidades. Su fundamento radicó, como se ha dicho, en la perspectiva marxista de concebir la relación inescapable entre lo político y lo social, y oponerse así a la lectura liberal que buscó aislar estos términos y, por sobre todo, neutralizar lo político, a través de la proscripción ideológica de la posibilidad de asociación intraclase y disociación del *Pueblo* con la clase dominante. No obstante, estas categorías o no siempre fueron entre sí equivalentes (por subsunción conceptual), o no tuvieron un significado unívoco o un contenido histórico preciso (por reducción y ampliación conceptual).

⁹⁵ ARTAZA, Pablo, *op.cit.*, p.1.

Pero en específico, en cuanto a *lo social*, se estableció que lo que existía era lisa y llanamente una *dominación* estructural, pero bajo la forma exclusiva de *explotación* en su formulación clásica, la cual configuró y configuraba la estructura social del contexto nacional. Una de sus deformaciones, no obstante, fue asumir mecánicamente que la clase sujeta al mayor grado de explotación, o sea, el proletariado, era por eso, en definitiva, la vanguardia del pueblo.

En cuanto a *lo cultural-ideológico*, más que reconocerlo como una categoría mediadora fundamental, lo común fue obviarla, o hacerla irrelevante como en el caso de Ramírez Necochea. Pero en la práctica la producción historiográfica de estos autores supuso la generación de recursos y elementos de análisis para disputar aquel aspecto, lo cual, se dio de manera política-partidaria, a través del espacio de sus partidos, y académica, en el espacio universitario y pedagógico.

Respecto a *lo político*, en esta historiografía hubo en gran medida una adecuación entre discurso y acción. Esto en tanto estuvo marcado por la tendencia a considerar que tanto en la teoría como en la praxis entre las clases populares se debía establecer un alto grado de asociación, y al mismo tiempo un radical grado de *antagonismo* hacia las clases dominantes, al punto de reconocerlos como *enemigos* de clase. Así Jobet lo afirmó al explicar la especificidad de la política marxista:

“Esta lucha entre las dos clases antagónicas, en el régimen capitalista, como toda contienda entre elementos inconciliables, ha de terminar con la derrota de uno de los antagonistas, por una violenta revolución.”⁹⁶

Se trató, por tanto, de una historiografía que buscó representar, en la medida de sus posibilidades, la realidad histórica del contexto nacional, para lo cual el análisis de clase marxista fue fundamental (y a veces único), con el objetivo final de poder dar forma “a martillazos” a esa realidad. Esta imagen del martillo –en el epígrafe de este capítulo–, no es solo una figura retórica, representa también la magnitud política que para esta concepción tenía el hecho de comprender la realidad mediante una perspectiva marxista. La manera de darle *uso*

⁹⁶ JOBET, Julio Cesar, *Los fundamentos...*, *op. cit.*, p. 136.

a ciertos conceptos siempre nos enfrenta a la posibilidad de que estos remuevan el velo que oculta la violencia sobre la cual descansan otros conceptos que la omiten.

Sobre esta base, entre finales de 1940 y comienzos de 1970 esta historiografía contó, pese a lo afirmado por Gabriel Salazar, no sólo con “una amplia difusión (académica y social)” sino también con un importante “protagonismo (estudiantil, social y político)”⁹⁷. Su trabajo historiográfico desde el marxismo, y pese a todas sus deficiencias generales y diferencias internas, supuso un aporte a la disputa tanto de lo político, a través de su posición particular como militantes en partidos populares, como de lo cultural-ideológico, mediante la confección de la historia no sólo de las organizaciones y partidos populares, sino también de la evolución histórica y los grados de dominación y explotación de lo social durante parte del siglo XIX y comienzos del XX. Este aporte fue el que acompañó y contribuyó a la construcción de aquel *movimiento popular* que, naciendo hacia fines de los cincuenta, halló su fin *violento* el 11 de septiembre de 1973.

⁹⁷ ARTAZA, Pablo, *op.cit.*, p.1.

II. LA NUEVA HISTORIA SOCIAL (1980-1990)

¿Se convertirán directamente en necesidades prácticas las necesidades en teoría?
No basta con que el pensamiento apremie su realización;
la realidad misma tiene que requerir el pensamiento.
KARL MARX⁹⁸

La muerte de los clásicos

Sometidos a la profunda represión de la dictadura cívico-militar encabezada por Augusto Pinochet, estudiantes y militantes, en el entrecruce del fin de la década del '70 y el comienzo de la del '80, despidieron a los dos más connotados historiadores de la llamada historiografía marxista clásica. Hernán Ramírez Necochea fallecía en 1979, exiliado en Francia, y su partido le homenajeaba recordándolo como un gran militante durante 40 años en el Partido Comunista de Chile, miembro del Comité Central y como un gran historiador "que tanto hizo y aportó por la lucha de la clase obrera y el movimiento popular, formando generaciones de profesionales de reconocida trayectoria pedagógica."⁹⁹ Sólo meses antes de su deceso, en la reedición de su *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, expresaba en el Prólogo el pesar de escribir "en un tiempo de tinieblas para mi Patria", y en el cual quería rendir homenaje a los "que combatieron y combaten –hasta el sacrificio– por el restablecimiento de la paz, la justicia y la libertad de Chile y por la reanudación del curso de una historia nacional que nos enorgullece y que ha sido ominosamente interrumpido"¹⁰⁰. Al año siguiente fallecería Julio Jobet, quien ya cinco años antes había escrito su "Despedida melancólica", debido a la enfermedad que le aquejaba. En esta expresaba:

⁹⁸ MARX, Karl, *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*, 1844.

⁹⁹ En Revista *Basta!! La juventud lucha contra el fascismo* N°5, 1979, p. 14.

¹⁰⁰ RAMIREZ N., Hernán, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, en *Obras escogidas*, pp. 167-168.

“Asistimos a la liquidación de todo un período histórico-político, literario y artístico, y de cuyas ruinas habrá de brotar otra fase, con otros dirigentes, otros ideales y otra sensibilidad. Pero los de mi generación, y yo mismo, ya no nos reconocemos en ella, ni podemos jugar algún papel. Hemos perecido moral y espiritualmente en la catástrofe”¹⁰¹.

Así, en sus últimos meses manifestaba que en Chile “existe una gran inquietud ideológica, en el campo político, en la investigación socio-histórica de Chile. Mucha juventud nueva examina, estudia, investiga y escribe. Las ideas no se matan, no se degüellan.”¹⁰² Finalmente, expresó que los de su generación:

“tratamos de formar una nueva mentalidad, sin los dogmatismos, fanatismos y oportunismos de antaño. Sé que el socialismo se reestructurará en un solo bloque, no como partido estrecho, esquemático, demagógico, palabrero, sino como movimiento amplio, creador, ecuánime, democrático, polivariano [sic], o sea, de acuerdo con los principios iniciales del PS, y que hicieron su grandeza”¹⁰³.

Las palabras finales de estos historiadores confirmaron aquella tesis de la existencia de una “historia inversa entre izquierdas y derechas en gran parte del Chile del siglo XX”¹⁰⁴. Pues hacia los ochenta terminaba por morir la factibilidad de aquel proyecto político socialista de mediados de siglo, cuyo movimiento popular recibió el golpe final tres años después de que alcanzara el gobierno la Unidad Popular. Este tiempo de proceso de ascenso hegemónico de la izquierda, tuvo, por contraste, el proceso de decadencia de aquella derecha tradicional y decimonónica que carecía de un proyecto político vivo. Después del golpe militar, esta historia se habría invertido, “pasando la derecha a la ofensiva, decidida a plasmar su proyecto neoliberal y autoritario, aplastando definitivamente a su enemiga, mientras que la izquierda era acosada por los organismos de seguridad del régimen, expulsada del espacio público y relegada a una vida de clandestinidad, debilitados sus lazos con las bases sociales”¹⁰⁵. Aquel acto de ‘aplastamiento definitivo’ no sólo implicó el exterminio masivo de militantes y adherentes de

¹⁰¹ JOBET, Julio C., “Despedida melancólica” en Revista *Occidente*, 1975, p. 59.

¹⁰² ELGUETA, Belarmino, “El hombre y su circunstancia. Presencia de Julio César Jobet en el proceso político chileno”, Revista *Chile-América*, 1980, p. 70

¹⁰³ *Ídem*.

¹⁰⁴ VALDIVIA, Verónica *et al*, *op.cit.*, p. 11.

¹⁰⁵ *Ídem*.

izquierda a cargo de las Fuerzas Armadas y organismos como la DINA, sino también el exterminio ideológico de todo remanente del movimiento popular derrotado. Así se reflejó, por ejemplo, en la conformación, a sólo 13 días después del golpe militar, de la llamada Comisión Ortúzar, que tuvo por mandato el de confeccionar una nueva constitución política, siendo uno de sus principios eje el de establecer un precepto constitucional que “declare contrario a la Constitución a los Partidos o movimiento que sustenten Ideas o doctrinas marxistas”¹⁰⁶. Su prohibición descansaba en la consideración de que esta “encierra un concepto del hombre y de la sociedad que lesiona la dignidad espiritual del ser humano y atenta en contra de los valores libertarios y cristianos que son parte de la tradición nacional”, por lo cual esta “doctrina marxista sobre el Estado y la lucha de clases es incompatible con el concepto de unidad nacional”. En consecuencia, para el nuevo régimen “recae la misión de extirpar de Chile el cáncer marxista, de reconstruir moral y materialmente el país hacia el desarrollo económico y la justicia social, y de dar vida a nuevas fórmulas institucionales que permitan restablecer una democracia moderna y depurada de los vicios que favorecieron la acción de sus enemigos”¹⁰⁷.

Este proceso de constitucionalización de la dictadura rindió su fruto en 1980, para cuando se dictó el DL 3464, es decir, la nueva Constitución Política de la República de Chile que se pretendió legitimar mediante la realización fraudulenta de un plebiscito que la refrendó. En esta quedó plasmada, entre los preceptos que establecían la base del modelo neoliberal, el famoso Artículo N° 8 cuyo tenor rezaba:

“Todo acto de persona o grupo destinado a propagar doctrinas que atenten contra la familia, propugnen la violencia o una concepción de la sociedad del Estado o del orden jurídico, de carácter totalitario o fundada en la lucha de clases, es ilícito y contrario al ordenamiento institucional de la República.

Las organizaciones y los movimientos o partidos políticos que por sus fines o por la actividad de sus adherentes tiendan a esos objetivos, son inconstitucionales.”¹⁰⁸

¹⁰⁶ Actas oficiales de la Comisión Ortúzar, Tomo I, Sesión 1° del 24 de septiembre de 1973, p. 5.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 13-14.

¹⁰⁸ *Constitución Política de la República de Chile* de 1980, Capítulo I, Artículo 8°. Este artículo fue derogado por el artículo único, N°2 de la Ley de Reforma Constitucional N° 18.825, de 17 de agosto de 1989.

A partir de los ochenta se marcó oficialmente el momento de la historia en que se veía morir el proyecto de la izquierda clásica, y se inauguraba el proceso ascendente de la hegemonía neoliberal de la derecha. Fue en este contexto en que la historiografía de izquierda retomó su producción intelectual. A través de la neblina espesa del escepticismo y la derrota se asomaron no obstante indicios de una renovación que supuso “una lucha contra la dictadura desde un registro de resistencia que se manifestaba mucho más amplio que el desarrollado por los autores clásicos”¹⁰⁹. Estos intentos de renovación pretendieron tomar distancia frente al paradigma ortodoxo, a través del cual se habían desempeñado los ahora fallecidos historiadores marxistas clásicos. De modo que el proceso de configuración de los fundamentos de la ‘nueva historia’ no riñó necesariamente con aquel artículo antimarxista que declaraba inconstitucional toda concepción “fundada en la lucha de clases”. Esta ‘nueva historia’ se expresó casi simultáneamente a partir de 1980 en una corriente interna y otra externa. La interna fue llevada a cabo por historiadores como Mario Garcés, Eduardo Devés y María Angélica Illanes. Mientras que la externa fue desarrollada desde el exilio en el contexto universitario de Inglaterra, por historiadores como Gabriel Salazar, Leonardo León, Luis Ortega, entre otros.

Corriente interna de la nueva historia social

En cuanto a la corriente interna, la obra conjunta de Eduardo Devés y Ximena Cruzat, *El movimiento mancomunal en el norte salitrero, 1901-1908* difundida en 1981, reconocía que el dominio de la historia social aunque bastante amplio y complejo, tradicionalmente había dejado “ciertos aspectos que han sido privilegiados en desmedro de otros”. Asimismo ocurría en el caso de aquella “perspectiva política” que redujo la historia política a registrar las grandes personalidades y acontecimientos. Por eso entre los propósitos de su obra estuvo el de ser un aporte a los dominios de aquella historia social que “guardan estrecha relación con el estudio de las estructuras sociales y estratificaciones como, por otra parte, con el análisis de luchas y movimiento sociales”. Así, su estudio enmarcado en “develar hechos que forman parte del segundo dominio”, buscó “la comprensión de una masa, de la masas de pampinos y porteños ligados al salitre”. Por ello su enfoque tomando distancia de aquel más político, optaba por uno que estaba “inmerso en el ámbito de lo social, esperando que signifique un aporte y a la vez

¹⁰⁹ ARTAZA, Pablo, *op.cit.*, p. 5

una motivación para que otros incursionen en este terreno”. Esta última invitación, por último, respondió a su motivación de, en el ámbito del estudio del movimiento obrero, “llenar este vacío que, como de tantos otros, adolece nuestra historiografía”¹¹⁰. En esta obra, entonces, se fijaron dos puntos que fueron parte constitutiva luego del paradigma de la ‘nueva historia social’. En primer lugar, se trata de una tendencia a optar metodológicamente por estudiar “el ámbito de lo social”, y, en segundo lugar, de pretender “llenar” los vacíos que había dejado la historiografía marxista clásica en su estudio del movimiento obrero.

La crítica que contra esta opción se puede formular consiste en tematizar el modo como se comprende ‘lo social’ y ‘lo político’. En primer lugar, estos autores superaron la reducción liberal que vimos estuvo presente en el contexto de Julio Jobet, y abandonaron aquella tendencia de identificar lo político con la política elitaria-estatal de matriz liberal. Aquí se buscó ampliarlo hacia fenómenos también políticos como el del movimiento mancomunal salitrero. Sin embargo, pese a realizar este ajuste conceptual, estos autores señalaron que se centrarían en aquel dominio de “análisis de luchas y movimientos sociales”, con lo cual, afirmaron, se enfocarían en el ámbito de lo social. Acá se presenta, visto desde la concepción que acá se propone de lo político y lo social, una incongruencia conceptual que consiste en adjetivar de ‘social’ un fenómeno de tipo ‘político’, como lo fue el movimiento mancomunal. El resultado de esto es que la constatación de la necesidad de ampliar conceptualmente la comprensión de lo político, luego se redujo conceptualmente señalándolo como social, para diferenciarlo de la política típicamente liberal, de grandes personajes sobre acontecimientos ocurridos en el ámbito de la élite y dentro del Estado. Desde nuestra perspectiva, si el movimiento mancomunal busca ser estudiado en atención a su característica de movimiento social, entonces, dado su grado –aunque fuera mínimo– de asociación de acción colectiva y de disociación hacia quien le dominaba, puede estudiársele, para no caer en la perspectiva liberal que asume que lo político habita sólo en el Estado, como un fenómeno de carácter político.

De modo que, al igual como le ocurrió a Jobet, aquí aparece nuevamente el fantasma liberal de la reducción conceptual, que marca incipientemente la tendencia a través de la cual se rechaza una concepción marxista del movimiento social, y se asume en cambio la de tipo liberal de los

¹¹⁰ CRUZAT, Ximena y DEVÉS, Eduardo, *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1908*, Tomo I, CLACSO, Santiago, 1981, pp. 2-3.

movimientos sociales. Según esta concepción estos fenómenos de acción colectiva se deben considerar de carácter “social” por hallarse en el terreno de la praxis de la “sociedad civil”, la cual se considera autónoma de lo político, es decir, del espacio de lo estatal¹¹¹. Por ello es que aquella pretensión de “llenar los vacíos” de la historiografía marxista clásica, se realizó efectivamente, pero dentro de una matriz con una falla de origen liberal, y ya no en los márgenes que supone la comprensión marxista de lo político y lo social, y, a partir de ella, de lo popular.

Según estos márgenes, los mismos dominios que expusieron estos autores que eran parte de la historia social, ‘la estructura y la estratificación social’ y ‘la lucha y movimientos sociales’, sirven aquí para formular la distinción conceptual de lo político y lo social en base a nuestra perspectiva. Correspondería el primer dominio a *lo social*, en cuanto se ocupa de la estructura económica de la totalidad social y de su descomposición en estratos; y el segundo dominio corresponde a *lo político*, donde se somete en base a lo anterior un análisis de la acción colectiva bajo sus diferentes modalidades históricas (partido, movimientos sociales, movimiento popular, etc.) y en los diferentes espacios posibles en los cuales se pudo desenvolver, dentro o fuera de los espacios representativos de la política liberal que ofrece el Estado.

Otro de los exponentes internos de esta corriente fue Mario Garcés. En coautoría con Gonzalo de la Maza, este autor publicó en 1985, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*. En el contexto creciente de protestas nacionales durante la década de 1980, como reacción a la crisis económica desencadenada durante 1982 y al hecho mismo de encontrarse el pueblo sometido a una dictadura militar, se comenzó a visibilizar como fundamental y apremiante ‘ajustar’ la conceptualización desde la cual se intentaba comprender la emergencia de una movilización social que, para entonces, suponía la necesidad de proyectarla con el fin de superar el periodo dictatorial. De modo tal que en esta obra se despliegan innovaciones conceptuales que sirven no sólo para el ejercicio de reconstrucción y explicación histórica del presente y el pasado, sino también para el futuro, en tanto su objeto de estudio, los sectores populares, en su modalidad ‘movilizada’ se desarrollaron diferenciadamente en ese momento

¹¹¹ Estas distinciones, que por ahora sólo se exponen, serán mejor desarrolladas en los capítulos posteriores. Sobre la concepción liberal de la política, véase HABERMAS, Jürgen, “Tres modelos de democracia. Sobre el concepto de una política deliberativa”, en *Polis* Vol. 4, N°10, 2005; RAWLS, John y HABERMAS, Jürgen, *Debate sobre el liberalismo político*, Paidós, Madrid, 1998.

para la consecución de diferentes objetivos sociales y políticos, todos los cuales convergieron en hacer resistencia a la dictadura militar de Pinochet. Sin embargo, lo novedoso –se argumentó– estuvo dado en que el fenómeno que se registraba se alejaba de la forma clásica en que se había movilizó el ‘movimiento popular’ durante la década de los ‘60 y ‘70. Con lo cual se daba paso a la reflexión para la constatación de un nuevo fenómeno en la praxis política popular, la que podía ser explicada desde los fundamentos de la ‘nueva teoría de los movimientos sociales’.

Este fenómeno plural y diverso parecía ser la nueva forma fragmentada de la otrora praxis homogénea y orgánica del movimiento popular. Esta nueva forma de praxis política ochentera comenzó a considerar la emergencia de nuevos actores, como los pobladores, los jóvenes, las mujeres, etc., con lo cual se reforzaba la crítica hacia el excesivo ‘obrerismo’ presente en la historiografía marxista clásica. En consecuencia, acá se encuentra el germen de aquel interés historiográfico sobre la ‘nueva realidad’ de los pobladores, que ya en los ‘70 Jorge Barria comentaba existía y cuyo desenvolvimiento él agregó era de relevancia para el estudio del movimiento de los trabajadores organizados. Esta línea historiográfica sobre los aspectos sociales, culturales y políticos de los pobladores, comienza a desarrollarse como un campo de estudio autónomo, y deja entrever la presunción de una asociación conceptual entre el mundo popular y el mundo de los pobladores.

Otro fenómeno acá estudiado fue la aparición paulatina de *la* política en el desenvolvimiento de las históricas jornadas de protestas en oposición a la dictadura. A partir de la cuarta protesta nacional, los actores que se hallaban unidos indiferenciadamente al interior de la protesta misma, comienzan a diferenciarse y a producir un proceso de distanciamiento entre los que estaban por la vía de la protesta y los que ahora apostaban por la articulación política en clave liberal. Debido a la “apertura” promovida por el gabinete de Sergio Onofre Jarpa, “los partidos –sobre todo la AD [Alianza Democrática]– establecen acercamientos en vistas de negociar una transición pactada, negociaciones que se intenta realizar en relación a temáticas alejadas de la subjetividad predominante en las protestas”¹¹². Aquella ‘articulación política’ de algunos partidos de oposición terminó por instrumentalizar la coyuntura de las protestas, con el fin de

¹¹² GARCÉS, Mario y MAZA de la, Gonzalo, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*, ECO, Santiago, 1985, p. 104.

abrir un espacio para el desarrollo de una política autónoma de “lo social” (o sea, de la protesta popular). Se pretendió llevar a cabo el típico proceso (liberal) de aislamiento de “lo político” y “lo social”, o sea, y dicho en clave liberal, de separar entre la praxis dentro de los márgenes de la política elitaria-estatal y de afuera de esos márgenes. Los autores asertivamente señalaron que este proceso de “parlamentarización” o autonomización de la política deviene en un sin sentido cuando se buscó operar en el vacío político de entonces, para cuando no existía ni parlamento ni instancia institucional alguna de deliberación política.

Este fenómeno de “autonomización de lo político” durante la dictadura, es decir, cuando el Estado de derecho liberal y burgués se hallaba suspendido hace más de un década, permite visibilizar una comprensión de lo político y lo social sin los velos liberales, y hacer uso ahora de nuestra perspectiva «*popular*». El hecho de que se hallaran suspendidas las instituciones liberales históricas del país, provocó que el rendimiento de sus categorías y conceptos fundamentales fuera escaso o nulo, a partir de lo cual, este intento de autonomización política en clave liberal dio cuenta del “impacto de la visión tradicional de la política en Chile, que asigna esa función exclusivamente a los partidos, excluyendo a las organizaciones sociales y en general a cualquier expresión directa de intereses”¹¹³. Por lo tanto, se da acá, nuevamente, uno de los ajustes conceptuales que practicaran Devés y Cruzat, al ampliar el concepto de lo político, y de ese modo rechazar la reducción liberal de que lo político sólo recaer en la formación de partidos políticos para su inserción en los límites estatales de la lógica representativa liberal.

Los autores sostienen que esta concepción liberal se percibió no sólo en los dirigentes partidarios, sino también en los dirigentes sociales, que remitieron a la postre el problema de la “salida política” a los partidos. Esto se debió a dos razones principales. La primera hacía referencia a la profunda propaganda del discurso de la dictadura en contra de “la política”, con lo cual se dificultaba la adjetivación de algunas organizaciones de “políticas”. Y la segunda, más importante, hacía referencia a “la debilidad orgánica y política del movimiento popular mismo. Es decir que el protagonismo popular posible y real, en condiciones de desarticulación orgánica, cesantía y miserias extremas, despoltización y represión, es necesariamente débil”, por lo cual se volvía improbable “que éste pudiera desarrollar una proyección nacional y

¹¹³ *Ibid.*, p. 104.

estable en el tiempo”¹¹⁴. En efecto, los diez años de régimen autoritario hasta entonces, no sólo habían cerrado los espacios de participación, sino restringido “la expresión popular organizada, la canalización de demandas y la concentración de acciones tendientes a la estructuración de movimientos populares”¹¹⁵. Esto fue llevado a cabo a través del ejercicio de la represión y de reformas “legales”, lo cual promovió:

“la atomización de las organizaciones sociales populares (legislación sindical), la privatización de las esferas del conflicto social (reformas en salud, previsión, educación y plan laboral), o simplemente, el control gubernamental directo o indirecto (Juntas de Vecinos, Centros de Madres, Centros de Alumnos y Federaciones Estudiantiles, Centros de Padres, Municipios, etc.)”.¹¹⁶

Por consiguiente, lo que ocurrió –sostienen los autores– es que habida cuenta de la inexistencia de un espacio político, “el movimiento social” habría relevado temporalmente a “los agentes políticos”, y por ello es que habría adquirido aquel movimiento un cariz efectivamente político. Pero con la reaparición de los partidos, se buscó “corregir” la situación desarticulada y desunificada en la que actuaba a través de las protestas el pueblo. Así, pese a los intentos de hacer permanente “el actuar político del movimiento social” y, de ese modo, de “superar las debilidades de la política representativa en el marco dictatorial”, no se logró desarrollar la perspectiva de construcción de un protagonismo popular más directo y permanente, lo cual terminó por reconstituir la versión tradicional de la política y, con esto, de consolidar la distancia que históricamente existió entre la política elitaria-liberal (*la* política o “lo político”) y las otras formas de lucha política (“lo social”).¹¹⁷

En definitiva, en esta obra aunque se hace un tratamiento más preciso e innovador del movimiento popular de resistencia a la dictadura durante los ochenta, se lleva a cabo un ajuste similar a los de Devés y Cruzat. La dinámica agitada del contexto nacional, forzó a la irrelevancia la tradicional comprensión liberal de lo político, y se impuso aquella concepción que al no reducir lo político a la política, comprende el fenómeno en su real complejidad,

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 105.

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 12.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 12.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 105.

como propiedad que no pertenece exclusivamente a un hecho o instancia en particular (parlamento, partido, etc.) sino que se desenvuelve *en* lo social de manera histórica. Del mismo modo, se establece la ambigüedad de nombrar indistintamente las protestas ya como 'movimiento social', ya como 'movimiento popular'. Comprensiblemente, debido a la atomización de las clases populares, no era posible registrar de otra forma la movilización sino como un conjunto diferenciado de 'movimientos sociales' que convergieron en el interés común de hacer resistencia a la dictadura y a la crisis económica. Surge entonces la cuestión de si el movimiento inorgánico y de resistencia en el que confluyeron estos movimientos, puede ser emparentado al movimiento popular en su versión clásica, o bien, si por lo mismo, no sería más preciso hablar de una convergencia histórica de *movimientos sociales*, a partir de la cual se luchó, violentamente o no, por recuperar los derechos que históricamente había garantizado la democracia liberal y que la dictadura por casi dos décadas se encargó de destruir.

Corriente externa de la nueva historia social

Dentro de esta corriente ha sido Gabriel Salazar el más notable y prolífico historiador chileno. Su gran aporte se vio reflejado durante los ochenta en la publicación en 1985 de su libro *Labradores, peones y proletarios*. En su Introducción expone lo que será considerado el gran quiebre respecto a la historiografía marxista clásica, al marcar un hito innovador en el tratamiento histórico de los 'sectores populares', y por consiguiente, de sus formas de praxis política. En esta sostiene que con la utilización mecánica del materialismo histórico, se redujo la "multiplicidad real-concreta a un número manejable de categorías simples y abstractas" como 'proletariado industrial' o 'clase para sí', y se desechó "conceptos concretos e inclusivos" como 'clases populares' o 'pueblo'¹¹⁸. El concepto de estas 'clases populares' fue definido hasta por lo menos 1978 por: "1) la explotación económica y la represión político-policia de que eran objetos, y 2) los esfuerzos de los partidos proletarios para la conquista del poder"¹¹⁹. En este sentido, el estudio histórico sobre el pueblo, se redujo a conceptos de la tradición marxista, como 'clase en sí', 'clase para sí', y a la historia respectiva de los partidos y los sindicatos del movimiento popular. El resultado de esto fue que esta tradición interpretativa

¹¹⁸ SALAZAR, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Ediciones Sur, Santiago, 1985, pp. 8-9

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 9.

inaugurada en 1948 (con Julio Jobet) se estancó después de 1963, al haber hecho prevalecer en la historia social del 'pueblo', la historia de sus enemigos estructurales. Debido a esto en vez de estudiar "sus relaciones económicas, sociales, culturales, y *políticas internas* (ingredientes primordiales de su ensimismidad de clase) se retrató el nudo gordiano de los monopolios nacionales e internacionales"¹²⁰.

En esta línea, para el estudio de las clases populares, este autor sostuvo que se debe considerar cierto número de definiciones mínimas para establecer lo que se quiere decir con 'historia de las clases populares en tanto que tales'. Sin embargo, no se debe buscar tal definición "redondeando el balance de sus acepciones históricas" sino que debe estar guiada por la "fuerza del uso social". Esto en tanto la definición histórica de 'pueblo', es más una cuestión de "sentido común" (o "impulso vital colectivo") que de virtuosismo intelectual, y sólo se puede definir "por referencia a la historicidad involucrada en el **drama interior de la nación**"¹²¹. Pero no en el sentido "introvertido y patético" en que había sido manejado con anterioridad a 1973, como resultado de representar el pueblo aquella parte de la nación que está alienada por causa del accionar histórico de la otra parte, y/o de otras naciones, es decir, desde la tesis "metafísica" del sujeto nacional dividido, basada en "el 'principio' de la lucha de clases"¹²².

El drama histórico nacional por el que se constituye el pueblo, debe ser explicado –sostiene Salazar– no mediante abstracciones sino en la consideración de los "hechos cotidianos" o de las "relaciones sociales de todos los días". El 'pueblo' sería la parte de la nación que concentra progresivamente el mayor grado de alienación, y, por ello, es la parte que detenta el poder histórico en un proceso tendiente a la humanización de los alienados. Este proceso no se guía por la relaciones de negación recíproca, sino por "las relaciones de solidaridad entre los alienados mismos", cuyo fin es el de la "sociedad popular desalienada". Pero esta no se encuentra en el 'mañana' indeterminado (que espera a "que se consumara la revolución anti-capitalista, anti-burguesa y anti-imperialista") ni en el 'ayer' desalienado de un pueblo, sino en

¹²⁰ *Ibid.*, p. 10. *Cursivas mías.*

¹²¹ *Ibid.*, p. 13. *Negritas del original.*

¹²² *Ibid.*, p.14.

su propio 'hoy', es decir, ocupando "toda la latitud de su solidaridad desalienante, no sólo para negar a sus enemigos, sino, principalmente, para desarrollar su propia sociedad."¹²³

"Asumir esto involucra re-introducir la historicidad del pueblo (hoy delegada en sus intelectuales y vanguardias) al interior de las bases mismas, subordinando todos los tiempos al presente cotidiano, y éste a los hombres y mujeres de carne y hueso. Sólo así las formas catastrofistas que se ligan a los 'mañanas' indeterminados, a los 'ayeres' clásicos y a las 'negaciones' absolutizadas, pueden diluirse en sus lugares naturales, permitiendo el florecimiento de las formas cotidianas, la re-humanización de los procesos políticos, y el desarrollo del poder histórico del pueblo"¹²⁴

Finalmente, Salazar fundamenta su estudio sobre la sociedad popular chilena del siglo XIX, centrado ya no en el "proceso de explotación del trabajo", ni en la "opresión institucional de los desposeídos", ni en "la lucha revolucionaria del proletariado", sino en la "observación de los hechos y procesos desde la perspectiva del pueblo 'en tanto que tal'"¹²⁵. Esta perspectiva, concluye el autor, no reemplazaría los núcleos de estudio de otras perspectivas sobre el desarrollo del capitalismo o el movimiento obrero en Chile, como las contenidas por ejemplo en la historiografía marxista clásica, sino que sería una perspectiva complementaria.

Lo que aquí Salazar propone fue una innovación teórica historiográfica para llevar a cabo una reconstrucción histórica del pueblo desde la perspectiva del pueblo mismo, "en tanto que tal". Al margen de la connotación purista o esencialista de esta última expresión, lo que se propone es que sean los mismos actores populares, y no solo los historiadores, los que construyan su historia. Para ello, su opción estratégica intenta, en primer lugar, trabajar una historia social viva, "que *salga desde dentro de los sujetos históricos, y surja desde abajo del sistema de dominación.*" De modo que su propuesta de historia 'desde adentro y desde abajo' se enfocó en estudiar aquellos espacios de vida 'autónoma', "a los cuales el sistema de dominación puede reprimir y arrinconar, pero no *controlar, porque son esencialmente diferentes a él*"¹²⁶. Y en segundo lugar, intenta:

¹²³ *Ibid.*, p.17.

¹²⁴ *Ibid.*

¹²⁵ *Ibid.*, p.18.

¹²⁶ Conferencia ofrecida en FLACSO, Santiago, 26 de julio de 1985. Una versión condensada se publicó en el *Boletín del Encuentro de Historiadores #3* (Santiago, 1985. C.E.H.). También en "Historia popular, Chile, siglo XIX: una experiencia teórica y metodológica" en *Historia desde abajo y desde adentro*, 2003, p.14

“construir una *mirada teórica* distinta a la que nos ha regido en la academia. No una adherida a las abstracciones conceptuales que flotan por arriba de la vida sin integrarse a ella, sino una surgida de aquella vida y aquella humanidad que, precisamente por haber sido reprimida, despojada y arrinconada, es reducida a lo estrictamente esencial, a su pureza social primigenia y a su capacidad de ver el mundo desde una *transparencia lateral* (la que va de un ser humano a otro, sin intermediaciones), fraternal y solidaria”.¹²⁷

El autor considera deseable esta perspectiva, porque se trata de una que no se reduce a los lineamientos ‘metafísicos’, ‘negacionistas’ o ‘partidistas’ en las que caen otras perspectivas, como fue el caso, según él, de los marxistas clásicos. Dicho de otra forma, se trata de la ‘real’ perspectiva del pueblo, una sin contaminación ideológica, desde la cual “*hablaran de sí mismos y por sí mismos, revelando su alma social*”¹²⁸, su ‘historicidad interna’, y no la de las vanguardias ni de los intelectuales que hablan por ellos¹²⁹.

Desde ya se deja ver aquí las mismas reducciones que comete la tradición liberal sobre lo político. Sin embargo, el problema –que aquí queremos desarrollar– radica en saber cuál es esa ‘perspectiva’, o al menos saber cuál es el camino para llegar a identificarla. El método –sostiene– desde el cual el “sujeto viviente historiador” se debe acercar al sujeto histórico que estudia, debe consistir en:

“a) Ir hacia él movido por sentimientos (cognitivos) de solidaridad y comprensión, en actitud ‘humana’, como para asumir su misma interioridad, su misma vivencia, su voz, para mantener su hálito vital y su existencia social.”¹³⁰

Sea cual sea el camino para identificarle, existe un paso anterior que debe responder a la pregunta sobre el criterio para definir al pueblo, es decir, se necesita tener, al menos, una hipótesis que permita determinar quiénes pertenecen al pueblo y quiénes no. Tal criterio de verdad, según Salazar, haría referencia, por un lado, al grado de ‘alienación acumulada’, que en

¹²⁷ *Ibid.*, p. 15.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 20.

¹²⁹

¹³⁰ *Ibid.*, p. 11.

el pueblo sería el mayor y más concentrado, y, por el otro, al grado de 'solidaridad desalienante' (o "identidad solidaria"¹³¹) que en el pueblo, por lo anterior, sería también el más acentuado. La cuestión inmediata que surge es si acaso este criterio se trata también de uno definido desde el pueblo "en tanto que tal", desde la fuerza de su propio "uso social", o si, en cambio, su definición está dada finalmente por la perspectiva particular de Salazar, en tanto intelectual y académico. La pregunta es sobre cómo Salazar pudo dar cuenta de esta auténtica perspectiva popular; sobre si le fue comunicada, desde el pueblo, del mismo modo como en su obra la expone; sobre si acaso le fue comunicada de otra forma, quizá más simple, o a través de "los hechos", pero que él debió traducir para el contexto científico de la historiografía; o sobre si acaso no hay otra opción que 'dar fe' que esa perspectiva, tal como él la expone, es la auténtica perspectiva popular. Podría ser entonces que quizás en el eco de estas preguntas se hallara el germen de una posible refutación a esta perspectiva.

Pero en el caso que se pudiese prescindir de las preguntas anteriores, sobre cuál o de qué forma el autor identificó la perspectiva del pueblo 'en tanto que tal', y se mantuviera de todas formas el criterio que establece el autor, acá quisiéramos leerlo desde la concepción que proponemos de lo político y lo social. Se podría considerar que el primer elemento del criterio, el grado de 'alienación acumulada', puede corresponder a *lo cultural-ideológico*, en tanto que forma de vida con cierto grado de alienación como producto de las relaciones de explotación y dominación a las que está sometido el Pueblo. Y el segundo elemento, el grado de 'solidaridad desalienante', podría corresponder también al mismo criterio, pero en grado inverso, e incluso a la faceta activa de *lo político*, es decir, aquella sobre el grado de asociación o unidad que se busca alcanzar entre las clases populares, y que a partir de lo cual sea posible la constitución de un movimiento popular cuyo fin último sea el de prefigurar un proyecto alternativo de sociedad, o bien, aquella "sociedad popular desalienada". Sin embargo, el criterio de Salazar carece de la otra faceta codeterminante de lo político, a decir, la pasiva, aquella sobre el grado de disociación o enemistad respecto a las clases dominantes, las cuales operan en la historia como un 'exterior constitutivo'¹³² de la identidad política del pueblo.

¹³¹ *Ibid.*, p. 20.

¹³² Véase MOUFFE, Chantal, *El retorno de lo político*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1999.

Pareciera ser entonces que Salazar no logra dimensionar la importancia de esta faceta pasiva de lo político (grado de disociación), cuya presencia en la perspectiva histórica se basa tanto en aquellos elementos estructurales determinantes como en el discurso *legitimador* de lo cultural-ideológico. Se trata, entonces, de aquellas circunstancias condicionantes de la faceta activa de lo político (grado de asociación) que están afectadas por la influencia del 'sentido común' de la ideología dominante sobre las clases dominadas¹³³. De modo que aquella 'historicidad interna y cotidiana de la perspectiva popular en tanto que tal', está determinada indudablemente por sus "propias" vivencias y cultura, pero a su vez estas están antes y después sobredeterminadas por un "exterior" tanto material como ideológico que define, no mecánicamente los intereses de las clases populares, pero sí el espectro total de posibilidades de 'vivencias y cultura' que estas pueden tener. En efecto, el caso de la determinación material Salazar lo considera, y de hecho afirma que las expresiones de fuerza de la sociedad popular "estaban traspasadas cotidianamente por la expoliación económica y comercial, la opresión judicial y policial y el hermetismo del sistema dominante, que hacía imposible la integración de los rotos a ese sistema", de modo que se debía contar "con la cartografía veraz y completa del específico sistema de dominación que la rodeaba por todas partes."¹³⁴ Pero de la misma manera debía considerarse el aspecto de la determinación ideológica-legitimadora sobre la sociedad popular del siglo XIX, de modo que no sería pensable en estudiarla haciendo omisión del hecho histórico de que aquella sociedad probablemente también se alimentó ideológica y culturalmente de gran parte de las fuentes desde las cuales lo hacían las clases dominantes. Así, se podría decir entonces que así como hoy en Chile una de las fuentes principales de 'formación de opinión' son los medios masivos de comunicación que se consumen transversalmente, para el siglo XIX un espacio de 'formación de opinión' también transversal fue, por ejemplo, la Iglesia católica. De modo que podría ocurrir que la perspectiva de la que hablara el sujeto popular "desde sí mismo", fuera *indirectamente* la perspectiva del cura, del patrón o la del hacendado, es decir, la perspectiva dominante.

Es por esto que no existe una conexión necesaria entre el grado agudizado de alienación concentrada en las clases populares y su grado también agudizado de solidaridad desalienante.

¹³³ Sobre el concepto de 'sentido común' véase de GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*. Tomo 4, Cuaderno N° 11 (XVIII) 1932-1933, Ed. Era, México, 1986. Sobre la idea de la 'ideología dominante', véase de MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *La ideología alemana*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1974.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 21.

Nótese cómo se repite aquí el argumento de Jorge Barriá al insistir en la centralidad obrera debido a su grado superior de condición explotada. De modo que no es posible sostener que fuera de la "pureza primigenia" de la sociedad popular su identidad "fraternal" y "solidaria", pues esta, si es que no se trata de una cuestión moral sino histórica, puede ser constatada o no en las clases populares del mismo modo como también puede ser constatada o no en las clases dominantes. Sí es posible, en cambio, sostener empíricamente que aquel grado agudizado de alienación concentrada en las clases populares ha sido producido históricamente por la influencia hegemónica y estructural de modos de convivencia, propiedad y producción alienantes, lo cual ha hecho probable que esta lógica alienante esté instalada profundamente en las clases populares (así como en toda la sociedad). Frente a lo cual estas clases populares pueden ser tanto "egoístas" como "solidarias"; pueden tanto reproducir total o parcialmente esta lógica, como, en la medida de sus posibilidades, total o parcialmente pueden combatirla. Esta 'lógica combativa' (desalienante) opera universalmente del mismo modo como opera la 'lógica alienante', de modo que no es propiedad moral exclusiva ni de las clases populares, ni de ninguna otra clase social; la 'lógica combativa', aunque un grupo o persona la intente *moralmente* reclamar para sí, pertenece al 'ámbito de la humanidad'. No obstante, *históricamente*, debido a la configuración de lo social, lo cultural y lo político, es en las clases dominantes, cuando son también las dirigentes, donde tal lógica alienante se autoreproduce y se conserva, de modo que es desde ella donde se fija el espectro amplio pero acotado de formas de vida de las clases dominadas. Por esto es que sobre estas últimas tiene sentido, porque es probable y no porque le sea propia, que surja una lógica de resistencia y eventualmente combativa.

El pueblo es, por tanto, el *socialmente* sometido a relaciones de dominación y el configurado, a partir de esta base, *cultural-ideológicamente* como identidad popular, es decir, aquella mayoría que no tiene los privilegios de los que le oprimen. Cuando desde su seno adquiere *cultural e ideológicamente* autoconciencia de su condición de subalterno, y agudiza tanto el grado de asociación con los de su propia condición (clases dominadas), como el grado de disociación hacia las clases dominantes, entonces se constituye *políticamente* y se transforma en movimiento. Se hace material esta 'lógica combativa' cuando se articula y organiza para llevar a cabo, cuando el grado de asociación y disociación es alto, la constitución de un movimiento popular cuyo objetivo último es el de prefigurar un proyecto alternativo de sociedad, y terminar así efectivamente con el actual estado opresivo de lo social, lo cultural y lo político. Dicho en

breve, el pueblo son las clases dominadas y autoconscientes; y el movimiento popular es el pueblo *politizado*, que se moviliza para acabar con aquello que lo domina proyectando desde sí una sociedad sin dominación.

Desde la perspectiva de Salazar el movimiento popular está constituido también por dos aspectos, uno *político* y otro *social*. La historiografía de izquierda tradicional –sostiene– se concentró principalmente en el aspecto de ‘lo político’, en la negación del enemigo, de modo que “sobre bases ideológicamente políticas, *ha entendido la rebeldía como negación de la negación*”. Por el contrario, la perspectiva de la nueva historia social que él propone se concentra “de preferencia, no exclusivamente” en el otro aspecto, el de ‘lo social’, “el de la vida, la identidad, la solidaridad y la afirmación”. De modo que la historia popular deja de reducirse a ‘negación’, y queda centrada “en la *afirmación de la afirmación*”¹³⁵, es decir:

“en ‘lo propio’ (no en lo ajeno o en el enemigo); en la ‘identidad’ (no en la alienación), y en el ‘poder’ que emana de la solidaridad y la mirada colectiva. Lo cual conduce a la afirmación del proyecto histórico propio, a su pleno despliegue lateral, y basado en este despliegue, a la generación de la fuerza social y cultural necesaria para *prescindir* de la negación, negándola por una vía distinta”¹³⁶

El autor con el fin de actualizar los fundamentos de una historiografía de izquierda (ahora no-tradicional) termina por llevar a cabo una triple reducción, una ‘de hecho’ y otras dos conceptuales. Pues, en primer lugar, hace una reducción de hecho al sostener que el trabajo de la historiografía marxista clásica se centró sólo en ‘lo político’. Esta afirmación se enfrenta a la revisión que hicieramos en el capítulo anterior, en el cual se pudo constatar que en la obra de Julio Jobet o Hernán Ramírez, se intentó hacer, dentro de la insuficiencia de sus metodologías, tanto una historia sobre las condiciones de explotación y dominación estructurales que configuraron y en las cuales se desarrollaron las clases dominadas (o populares), es decir, historia de lo social (que supone también lo económico), y al mismo tiempo se intentó realizar una historia sobre los modos en que se articularon los sectores populares y llevaron a cabo acciones a través de movimientos, partidos, sindicatos, asambleas, etc., es decir, historia de lo

¹³⁵ *Ibid.*, p. 17.

¹³⁶ *Ídem.*

político. En segundo lugar, el autor comete una reducción conceptual, al reducir 'lo político' a una historia centrada en la "negación del enemigo" y en las ideologías partidistas (identificando aquí lo político con *la* política en clave liberal). En este trabajo se ha sostenido que el concepto de lo político, desde una perspectiva «*popular*», se configura en torno a dos facetas correlativas, una activa, sobre el grado de asociación entre las clases populares, y una pasiva, sobre el grado de disociación hacia las clases dominantes, cuyo resultado se expresa en todas aquellas instancias politizables de lo social y lo cultural. Y por último el autor lleva a cabo una segunda reducción conceptual al reducir 'lo social' al "aspecto solidario: la camaradería, la fraternidad, la conciencia colectiva. [...] su identidad, su fuerza, su poder latente"¹³⁷, es decir, al ámbito de *lo cultural-ideológico*.

Esta última ampliación conceptual (de lo social) se evidencia al concluir que los resultados de su estudio lo ha conducido a "descubrir" que el movimiento popular chileno del siglo XIX constó fundamentalmente de:

- a. Un gran proceso troncal (el de campesinización y descampesinización del grueso de la gran masa popular);
- b. Cuatro procesos laterales de peonización (el del peonaje rural, el del peonaje urbano, el del peonaje minero y el del peonaje femenino);
- c. Un proceso tardío de lenta transición y convergencia de esos ramales hacia el tortuoso nacimiento del proletariado moderno."¹³⁸

Estos procesos que Salazar identifica pertenecen, en efecto, al ámbito de *lo social*, pues hacen referencia a la evolución de los modos objetivos en que sobre las clases dominadas se ejerció un sistema de explotación, o sea, las determinaciones estructurales en el ámbito de la producción y la propiedad. Lo cual, dicho de paso, hacia los ochenta constituyó probablemente el modo más actualizado de caracterizarlo desde la práctica de una historia propiamente 'social'. Sin embargo, luego agrega:

¹³⁷ *Ibid.*, p. 16.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 27.

“Y hallamos, en la verticalidad subjetiva e intersubjetiva de cada uno de esos procesos, una fuerte aunque cambiante solidaridad interna, un abigarrado conjunto de identidades marginales, dotadas de una sorprendente autonomía y autoconfianza.”¹³⁹

Esto último, en base a nuestra nomenclatura, corresponde en rigor a elementos del ámbito de *lo cultural-ideológico*, y ya no de *lo social*. Sin embargo, para Salazar, este grado mínimo de asociación entre las clases populares, constituye de todas formas un fenómeno de “lo social”, pero desde una perspectiva que se aleja de una concepción marxista y que contiene elementos de impronta liberal. Descansa, por un lado, en la distinción liberal de la ‘sociedad civil’ y el ‘Estado’, desde la cual sostiene que aquellos grados de solidaridad interna entre las clases populares son de carácter social, por no estar en el ámbito ‘verticalista’ del Estado, y, por el otro, otorga a este fenómeno la cualidad de ser un movimiento popular, pero sin ser ‘político’. Se trata, por tanto, de una particular noción de ‘movimiento popular’ que no se asimila a la formulación clásica de movimiento popular constituido desde mediados del siglo XX en Chile.

En definitiva, como se aprecia, la primera reducción de hecho que creemos comete Gabriel Salazar al describir el trabajo de la historiografía marxista clásica, se explica por la comprensión que presupone el autor sobre los conceptos de lo político y lo social, comprensión la cual, a nuestro juicio, termina por reducir dichos conceptos, trasladándolos hacia una noción más bien liberal. Su relevancia acá radica en que debido a estas reducciones relacionadas, resulta una conceptualización particular del movimiento popular, de la cual se obtienen consecuencias políticas que podrían reñir con su mismo propósito final, el de construir una “sociedad popular desalienada”, pues, neutraliza en base al aislamiento de lo político y lo social, tomándolos como dos campos separados y fijos, reduciendo lo político a lo estatal y lo social a “lo popular”.

Hacia el fin de la dictadura cívico-militar

Mientras se desarrollaban las históricas 22 jornadas de protesta nacional, y se desencadenaba un fuerte movimiento social de resistencia a la dictadura “institucionalizada”, un sector de

¹³⁹ *Ídem.*

dirigentes de partidos de centroderecha, redactaban en 1983 el llamado “Manifiesto Democrático”, en el que llamaban a construir el camino para una transición pacífica hacia “una Democracia verdadera y estable”. En el punto 13 de este manifiesto se establecía:

“13.- El afianzamiento de la Democracia se logrará a través de la formación de un nuevo espíritu de solidaridad nacional y de respeto recíproco, de eliminación de todo sectarismo y de claro rechazo a la violencia, capaz de asegurar la primacía de los valores morales, el orden interno y la seguridad exterior y de impulsar un desarrollo que satisfaga las necesidades básicas de la comunidad.”¹⁴⁰

A partir de esta fecha, se irían constituyendo las dos vías estratégicas para poner fin al régimen cívico-militar, que estuvieron representadas en la Alianza Democrática¹⁴¹, en la línea del citado manifiesto, y el Movimiento Democrático Popular¹⁴², en una línea que buscaba darle continuidad política al escenario de las protestas populares. Más tarde, en 1985, desde los sectores de la Alianza Democrática, se haría público el llamado “Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”¹⁴³, en el que se buscaba establecer un “marco político-económico-social” y hacer un llamado a la “reconciliación nacional”, lo cual exigía:

“el pleno respeto al derecho a la vida y a todos los demás derechos contemplados en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y Pactos Complementarios, lo cual significa rechazar la violencia, de dondequiera que ésta venga, como método de acción política y hace indispensable esclarecer los atentados y crímenes que han conmovido al país y aplicar la plenitud de la ley a los responsables. Es prioritario unir a los chilenos para construir las bases esenciales de su convivencia.”¹⁴⁴

¹⁴⁰ “Manifiesto Democrático”, *Análisis*, N°57 de 1983. Santiago, 14 de Marzo de 1983. En Centro de Estudios Bicentenario. Documentos históricos. El listado de los firmantes fue el siguiente: Hugo Zepeda, Julio Subercaseaux, Luis Bossay, Duberildo Jaque, Gabriel Valdés, Patricio Aylwin, Enrique Silva Cimma, Fernando Luengo, Ramón Silva Ulloa, Hernán Vodanovic y Julio Stuardo.

¹⁴¹ Conformada inicialmente por: la Democracia Cristiana, el Partido Social Demócrata, el Partido Radical, la Unión Socialista Popular (USOPO) y la Democracia Republicana (Partido Republicano desde 1985). Luego se integrarían: el Partido Socialista-Briones y el Partido Liberal.

¹⁴² Conformado inicialmente por: Partido Comunista de Chile, el Partido Socialista-Almeyda y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

¹⁴³ Además de los sectores de AD, este documento fue suscrito también por: Unión Nacional, el Partido Nacional, el Partido Socialista-Mandujano, la Izquierda Cristiana, Partido Socialista Histórico y, luego, el MAPU.

¹⁴⁴ “Acuerdo Nacional para la Transición a la Plena Democracia”, *El Mercurio*, 27 de agosto de 1985. Centro de Estudios Bicentenario. Documentos históricos.

Tal llamado de 'unidad' nacional, constituía un intento incipiente por establecer las bases de la concepción hegemónica que desde los noventa se consolidaría hasta la actualidad, es decir, la concepción liberal de *lo social y lo político*. Esto supuso disolver aquella perspectiva marxista desde la cual se analizó la totalidad social como el resultado histórico de relaciones de explotación conjugadas con formas de vida y discursos alienantes y legitimadores en el ámbito de lo cultural-ideológico. Esta perspectiva estuvo presente, como se ha visto, en los fundamentos ideológicos de la historiografía marxista clásica, y también, por cierto, del movimiento popular de 1957-1973. La concepción liberal, en cambio, buscó, en el escenario mismo de la represión autoritaria, disolver la perspectiva marxista, y defender la idea de que lo social, es decir, el grado de desigualdad presente en la totalidad social, no se definía por la existencia de relaciones de *dominación*, sino más bien por la inexistencia de "oportunidades" reales para todos los agentes sociales y económicos de acceder en condiciones de *competencia* "libre y equitativa" a los bienes de consumo y producción que ofrecía el mercado. Así, se estableció como parte de los principios rectores dentro del "Orden económico-social" que:

"1. Serán metas prioritarias la superación de la extrema pobreza y la marginalidad, la creación de oportunidades de trabajo productivo y estable, y el logro de una tasa alta y sostenida de crecimiento, para lo cual será preciso superar las restricciones que impone la escasez de los recursos externos y aumentar sustancialmente el ahorro interno, tanto público como privado, principales limitaciones a la inversión y, por tanto, al crecimiento."¹⁴⁵

La protección de la propiedad privada:

"3. Debe garantizarse constitucionalmente el derecho a la propiedad privada de los bienes corporales e incorporeales, incluidos los medios de producción, condición necesaria para estimular la iniciativa individual bajo distintas formas de organización y actividades económicas. No se usará el sistema tributario como mecanismo expropiatorio. Debe reconocerse, también, la existencia de la propiedad estatal y mixta de medios de producción."¹⁴⁶

¹⁴⁵ *Ídem.*

¹⁴⁶ *Ídem.*

El principio de subsidiariedad del Estado:

“6. El compromiso de los diferentes grupos que forman la sociedad con la Democracia y el Desarrollo, requiere de la participación social. Para que ella exista es preciso que la sociedad civil se organice en torno a las actividades que afectan directamente sus intereses; que se busquen formas de arbitrar los conflictos y que el Estado descentralice sus funciones de manera de dar una responsabilidad creciente a las organizaciones sociales intermedias en la solución de sus propios problemas.”¹⁴⁷

Todo lo cual para, finalmente, establecer un nuevo pacto entre el capital y el trabajo:

“7. Es indispensable lograr una concertación social entre los agentes económicos basada en el reconocimiento de que, sin descuidar el interés de consumidores, entre empresarios y trabajadores existe el objetivo compartido de lograr mayores niveles de bienestar general y la aceptación del principio de que los conflictos deben resolverse a través de acuerdos negociados”¹⁴⁸.

Esta concepción liberal en cuanto al ámbito de lo político argumentaba que era imperativo que el grado de disociación radical entre las clases sociales se disolviera, y se asegurara así que el pacto entre capital y trabajo estuviera reforzado ahora por un nuevo pacto político que fuera capaz de contener mediante una relación de *consenso* las ‘legítimas diferencias’ entre *adversarios* (y ya no entre *enemigos* de clase), y de ese modo garantizar la unidad nacional entre los diferentes actores sociales:

“Los que suscriben este documento se comprometen desde ya a empeñar su voluntad y esfuerzo en la tarea enunciada e invitan a adherirse a ella, con igual disposición, a los trabajadores, empresarios, profesionales y demás actores del acontecer nacional, de modo

¹⁴⁷ *Ídem.*

¹⁴⁸ *Ídem.*

que se produzca una concertación democrática realmente representativa de toda la nación.”¹⁴⁹

La “nación” fue el concepto que se *usó* para representar en abstracto a la ‘sociedad civil’ en su lucha por derrocar a la dictadura, la cual se personalizó completamente en la figura de Augusto Pinochet, haciendo omisión al hecho de que tal dictadura estuviera dirigida tanto por militares como por “civiles” de sectores de derecha. La falsa contraposición entre ‘sociedad civil’ y dictadura, luego se tradujo en la idea típicamente liberal de contraponer a la ‘sociedad civil’ el Estado, identificándolo exclusivamente con el ámbito de lo político. Lo social quedó como el espacio libre de contaminación ideológica, del ‘ciudadano’, de los movimientos sociales, el refugio de la diversidad cultural contra el Estado, y lo político quedó como el espacio de “los políticos”, de los partidos, de la negociación y del consenso. Nótese aquí la estructura argumentativa histórica que se da acá y que se dio, según vimos, en el caso de Julio Jobet. Este historiador del marxismo clásico, recibiendo la herencia conceptual liberal de sus antecesores, logró tomar distancia de ella y transformar en base a una concepción marxista de lo social y lo político, la denominación reduccionista de “lo social” (como la sociedad civil). En cambio, su posición supuso reemplazar ésta por aquella que establecía un criterio de clase como consecuencia de relaciones de explotación y dominación, e identificar en la clase dominada a la clase popular o al pueblo. Pero ahora se producía el efecto inverso. Aquello que durante el ascenso del movimiento popular y desde el paradigma marxista se denominó ‘popular’, ahora cuando se enfrentaba a su “crisis” hacia fines de los ochenta, comenzó a denominarse en tiempos de hegemonía liberal nuevamente como “lo social”, y se enterró el criterio clasista que según la concepción marxista estructuralmente dividía a la sociedad.

Sobre esta concepción liberal halló tierra fértil la llamada “nueva teoría de los movimientos sociales”¹⁵⁰. Este tipo de acciones colectivas eran sociales porque se hallaban fuera del Estado, y cargaban por ello con cierto grado de legitimidad, por no estar “contaminados” por el ideologismo de los partidos políticos. Sin embargo, aunque se hallaban *fuera* no estaban *contra* el

¹⁴⁹ *Ídem*.

¹⁵⁰ Véase al respecto: RASCHKE, Joachim, “Sobre el concepto de movimiento social”, en *Zona Abierta*, N° 69, 1994, Madrid; RIECHMAN, Jorge y FERNANDEZ BUEY, Francisco, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona, 1995; LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, 1994; CALDERON, Fernando y JELIN, Elizabeth, “Clase sociales y movimientos sociales en América Latina”, en *Proposiciones* N° 14, 1987.

Estado. De hecho su desenvolvimiento se entendía como uno dirigido exclusivamente *hacia* el Estado, pues, él era el interlocutor y quien estaba en capacidad, dentro de sus límites, de ofrecer salidas al *conflicto* (ya no antagonismo) y soluciones a las demandas. Eran múltiples movimientos porque eran la expresión del nuevo escenario posindustrial (o posfordista), donde cada actor social estaba en capacidad de adelantar sus intereses de manera no mediada necesariamente por “la política”. Eran nuevos, porque surgían de los intereses de actores que antes o no existían o habían sido subsumidos o confundidos dentro de otros más amplios. Se trataba de la suma de los movimientos sociales tradicionales (sindical, campesino, estudiantil) con los nuevos (pobladores, indígenas, de género, minorías sexuales, etc.). En el contexto de entrecruce entre finales de la dictadura y comienzos de la transición a la democracia, esta teoría no demoró en tomar fuerza y legitimidad científica. De hecho, aún en dictadura, se afirmaba ya que “los movimientos sociales, en su diversidad y complejidad, s[on] potencialmente portadores de un nuevo orden social”¹⁵¹. Sin embargo, se enfatizó, estos configuraban “una amplia panorámica, un horizonte muy diverso”, en que existía “un abanico de movimiento sociales multicolores, multiformes y heterogéneos”. Estos comenzaban a provocar “la ruptura de algunas concepciones totalizantes, excluyentes y únicas del destino de América Latina”¹⁵², como por ejemplo la concepción marxista. Esto se debía a que:

“nuevos conflictos nacionales, de clase, regionales, urbanos, de género, étnicos, de violencia revolucionaria, juveniles, burocráticos, etc., empiezan a plantear desde su misma lógica, formas de identidad y conflictualidad que trastocan tanto visiones unidireccionales, economicistas y tecnocráticas de la crisis, como las meramente estatistas o partidarias, y de alguna manera los nuevos movimientos, con mayor o menor intensidad, apuntan a la emergencia de un nuevo orden democrático y a la elaboración de nuevas formas de pensar la sociedad, la política y el desarrollo”¹⁵³.

Por su configuración plural tendían a asumir “prácticas particularistas” y “a encerrarse sobre sí mismas, desconectándose en un primer momento de las nuevas lógicas abstractas pero reales del dominio mundial”¹⁵⁴. Sin embargo:

¹⁵¹ CALDERON, Fernando, *Los movimientos sociales antes la crisis*, UNU-CLACSO, Buenos Aires, 1986, p.330.

¹⁵² *Ibid.*, p. 330.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 330-331.

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 331.

“aquí se sustenta que en estos espacios de resistencia pequeños, cotidianos y culturales, comienzan a emerger valores y formas sociales colectivistas, de autogobierno, de solidaridad, de autogestión, etc., que probablemente puedan reconstituir al sistema de oposiciones y viabilizar la reconstrucción de sujetos históricos”¹⁵⁵

Se trataba, por tanto, de un “nuevo” escenario caracterizado por una fragmentación que –se argumentó– no pasaba por una necesidad ideológica, sino que era el resultado de “las nuevas lógicas del dominio mundial”, que volvieron anacrónicas concepciones tales como la marxista, que al no adaptarse en los esquemas liberales de ‘sociedad civil’ y ‘Estado’, entonces quedaron destinados a ser vistos como “totalizantes”. Esto era sólo la fundamentación preparatoria de lo que más tarde se consolidaría en los noventa, ya con la Unión Soviética y el Muro de Berlín por los suelos. Los tiempos de renovación en clave liberal habían alcanzado ya a la izquierda, y también a la ‘nueva’ historia social atrapada en tiempos donde la historia, se decía, había llegado a su fin¹⁵⁶.

Sin embargo, esta restauración de la lógica liberal, se desarrolló a la sazón con señales de haber sufrido una renovación ideológica. Se instalaba el régimen *neoliberal*, que radicalizaba aquella concepción liberal hacia el extremo completamente opuesto de la concepción marxista de lo político y lo social. Lo que para la concepción marxista supuso una relación dialéctica inescapable entre estos ámbitos, para la concepción (neo)liberal supuso un aislamiento entre estos, y los anuló pretendiendo introducir entre ellos un imposible ámbito *neutral*, libre de ideologías, es decir, el ámbito de *lo técnico*. No fue casual que este ámbito “técnico”, a la postre, fuera asumido por el Mercado, el tercer elemento del trinomio: Estado, Sociedad Civil y Mercado. El Estado y la Sociedad Civil aunque ámbitos “autónomos” podían relacionarse sin embargo, de un lado, en base a mediaciones ‘políticas’, es decir, a través de los ‘representantes’ de la sociedad que asumían el “poder” en los cargos representativos al interior del Estado, y, del otro, en base a la mediación del Mercado, en el cual Estado y Sociedad Civil eran “iguales” y “libres” de producir y consumir.

¹⁵⁵ *Ídem*.

¹⁵⁶ Véase, FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia*, Planeta-Agostini, 1995.

En el desenvolvimiento de la consolidación de los fundamentos de este marco, se fue dando el proceso político de las vías estratégicas para poner fin a la dictadura, que finalmente terminó con la disolución de los conglomerados de la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular, y la conformación para comienzos de 1988 de la llamada Concertación de Partidos por el NO¹⁵⁷. Las protestas populares contra la dictadura devinieron en un proceso a finales de los ochenta de contienda electoral (y basada en la “técnica” y el “marketing” políticos), para decidir en base a un plebiscito entre la opción por el SÍ y por el NO a la continuidad del Augusto Pinochet, y posteriormente, habiéndose impuesto la opción del NO, dar paso desde comienzo de los noventa al periodo de la llamada “transición a la democracia”.

La reducción naturalista de lo popular

Según Gabriel Salazar, la salida plebiscitaria a la dictadura cívico-militar, como resultado de la negociación entre la “vieja clase política civil” y la dictadura, significó la consolidación en adelante de una bifurcación entre el movimiento social popular y la transición política estructural. El valor de las protestas radicó en que “constituían, no una protesta incidental y coyuntural, sino un acto de soberanía popular”¹⁵⁸ que, pese al cerco represivo que por todos lados le rodeó, se expresó mediante el desarrollo de una política basada en la “asociatividad lateral y territorial de los sectores populares, el sentido de autonomía y la formación incipiente de un nuevo tipo de ciudadano *participativo*”¹⁵⁹. Se forjó así subterráneamente desde el ejercicio proyectual de la “educación popular” y de una “nueva historia” basada en “la emergente teoría política de los ‘nuevos’ movimiento sociales”¹⁶⁰, el proyecto social y cultural de un movimiento popular basado en una “política ‘desde el sujeto y desde la historia’”¹⁶¹, surgido del seno de “la más masiva, atrevida y larga rebelión de la Sociedad Civil contra el Estado que se había

¹⁵⁷ Este coalición estuvo formada por: Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista-Almeyda, Movimiento de Acción Popular Unitaria Obrero Campesino, Movimiento de Acción Popular Unitario, Partido Radical-Luengo, Partido Radical-Silva Cimma, Izquierda Cristiana, Socialdemocracia, Partido Socialista-Núñez, Partido Democrático Nacional, Partido Humanista, Unión Socialista Popular y Unión Liberal Republicana. Luego, el Partido Socialista-Mandujano y el Partido Socialista Histórico. El PC y el MIR se restaron de este pacto.

¹⁵⁸ SALAZAR, Gabriel, “Historiografía y dictadura en Chile: búsqueda, dispersión, identidad”, en *Historia desde abajo y desde adentro*, 2003, p. 120. [Primera versión en *Cuadernos Hispanoamericanos* #482-483 (Madrid, 1990)]

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 128

¹⁶⁰ *Ídem.*

¹⁶¹ *Ibid.*, p. 125.

producido en Chile”¹⁶². Así, la historiografía se enfrentó a un dilema de carácter ideológico ante el cual:

“o bien profundizaba desafiadamente la nueva teoría del movimiento popular (basada ahora en la percepción y sistematización populares de la historicidad, y en el desarrollo político del poder social territorial), en alianza con los grupos de educación popular y la nueva militancia política de base, o bien se replegaba ante la ‘teoría de oportunidad’ impuesta por los científicos sociales de los ‘80 y sus asociados nacionales (las clases políticas civil y militar) e internacionales (la social-democracia mundial), para refugiarse en la paz e institucionalidad del historicismo neoempirista, o neo-objetivista, o en un más cómodo post-modernismo ‘de oportunidad’”¹⁶³

Aquella “teoría política de oportunidad”, sostiene el autor, operó en base a la necesidad de armar una teoría que legitimara políticamente la negociación requerida entre la ‘clase política civil’ y la ‘dictadura’. Para ello debía demostrar que los actores del movimiento popular se desenvolvían de manera ‘anómica’, y que, por ello, debía ser refutable toda aquella teoría que argumentara lo contrario. Lo que se buscaba establecer era que efectivamente se había iniciado a través de la movilización popular “una “transición invisible” (social) a la democracia”, pero que luego fue relevada por “la verdadera transición (política)”, con la cual se aseguró así la ‘transición a la democracia’, ya no mediante “un proceso social o masivo, sino como uno puramente político y de negociación”, marginando de ese modo “al principal enemigo de esa dictadura: el movimiento social popular y sus aliados paramilitares”¹⁶⁴. En consecuencia, el concepto ‘político’ de democracia quedó viciado, en tanto “la dimensión *governabilidad* (desde arriba y desde el Estado) era y debía ser más central y determinante que la dimensión *participación ciudadana* (desde abajo y desde la Sociedad Civil)”¹⁶⁵.

La posición de Salazar, reconociéndose en oposición a esta teoría de oportunidad de carácter liberal, empero, internalizó e hizo uso de la misma distinción que esta ocupaba entre ‘sociedad civil’ (“desde abajo”) y Estado (“desde arriba”). Es decir, cayó en las redes categoriales de la

¹⁶² *Ibid.*, p. 120.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 128-129

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 133-134

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 133-134

tradición liberal desde las cuales, si recordamos, la historiografía marxista clásica buscó salir, para desenvolverse entonces entre categorías de la concepción marxista. Fue por esto que esta nueva teoría del movimiento social popular anulada por teorías funcionales a la transición, se desarrolló a partir de la “exploración del problema de la constitución y reconstitución de la *identidad* social, histórica y ciudadana”, pero ya no basado en “la politología practicada por los militantes del ‘38 y del ‘68” que intentaban “revalidar la militancia democrática revisando críticamente la historia de la Unidad Popular”. Ahora, se basaba en la experiencia misma de la represión dictatorial, que se constituía en la “ancha *diáspora* de búsquedas micro-históricas de la identidad social y cultural de cada grupo social afectado tan olvidada durante el longevo dominio del estructuralismo y legalismo de la vieja política chilena”¹⁶⁶. Se trató esta vez de dar inicio al “*desarrollo de la sociedad civil*”, a la “recomposición del tejido social”, es decir, a un proyecto basado en:

“una *nueva historia* centrada en los sujetos de carne y hueso, en la reconstrucción cultural de la sociedad civil y en los movimientos sociales que tendían a desprenderse de todo eso. Un tipo de Historia que surgiera de los propios procesos de búsqueda, de la reagrupación por la base, de la memoria colectiva y, sobre todo, de las propias necesidades orgánicas del proceso autoeducativo que se había puesto en marcha. Una historia que, por eso mismo, no podía provenir ni de la Academia ni del discurso público construido en conformidad a las “razones de Estado”, sino de la calle y de los sujetos mismos. O sea: del fondo social de la crisis, la derrota y la represión.”¹⁶⁷

La perspectiva de esta ‘nueva historia’ se materializó con claridad en el libro de Gabriel Salazar, *Violencia política popular en las ‘grandes alamedas’. Santiago, 1947-1987* publicado en 1990. En esta obra el autor sostuvo que el estudio de la historia de la sociedad chilena, y de la ‘violencia política popular’ en particular debía partir de la distinción entre lo que llamó las actitudes epistemológicas ‘G’ y ‘P’.

La primera, hacía referencia a aquella perspectiva de carácter ‘ahistórico’, basada en los aspectos relacionados a la “generalidad” y la “permanencia”; a las “estratégicas” ideas de

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 103.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 105.

“totalidad” y de lo “general”, como la de Estado. Se trataba por tanto de aquel paradigma que enfatizaba los “valores superiores que articulan políticamente la Nación”, ideas “públicamente concebidas, internalizadas y preservadas como totalidades homogéneas, indivisibles, únicas e inalterables”, como estructuras ahistóricas permanentes. En cambio, el paradigma ‘P’ estaba basado en ideas con “historicidad” como la de sociedad civil, relacionadas a los aspectos de la ‘particularidad’ y el ‘cambio’. Esta actitud epistemológica se enfocaba ya no en lo “político-nacional” como la ideas ‘G’, sino en lo “social-popular”, en la historia de los “movimientos sociales historicistas”.

Aunque fueran dos paradigmas epistemológicamente equivalentes, la ahistoricidad de la concepción ‘G’, identificada con las prácticas de las clases dirigentes, no había hecho sino “encerrar represivamente” la lógica particularizada de ‘P’, asociada a las prácticas de la clase subordinada, o sea, la de los movimientos sociales. De modo que la hegemonía de ‘G’, asumida por “la abrumadora mayoría de los políticos y cientistas sociales”, se constituía en “una condición de la perpetuación de los sistemas”, tanto sobre el quehacer científico como de los movimientos sociales, al anular el despliegue de ‘P’.¹⁶⁸ En este sentido, desde las primeras décadas del siglo XX hasta los setenta, dominó la idea del Estado “como universal específicamente político”, con lo cual se subordinó aquellas perspectivas ‘P’ que daban una definición “social” a la Democracia y una “productivista” a la Modernización¹⁶⁹.

Salazar aquí plantea la misma distinción que, como se ha dicho, se volvió hegemónica desde comienzos de los noventa. Se trata nuevamente de la contraposición que se hace entre ‘sociedad’ y ‘Estado’. Esta idea supuso dos reduccionismos conceptuales: primero, redujo el ámbito de lo político al ámbito de lo estatal, y segundo, identificó el ámbito de lo social con aquel espacio fundido en “historicidad” que se oponía al ámbito del Estado, de carácter ‘ahistórico’, el de ‘los políticos’ y la clase política civil. En este segundo ámbito, la masa popular bajo la Democracia en clave ‘G’, “osciló entre el clientelismo inconsciente y la inconsciencia particularista e historicista, entre la hegemonía centenaria de las constelaciones ‘G’ y las punzadas violentas de las rebeliones intuitivas”¹⁷⁰.

¹⁶⁸ SALAZAR, Gabriel, *Violencia política popular en las ‘grandes alamedas’, 1947-1987*, Ed. SUR, Santiago, 1990, p. 32-34.

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 39.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 39-40.

Esto explica, sostiene Salazar en una nota al pie, que la historiografía marxista clásica no haya examinado nunca al “movimiento social popular como tal, sino como movimiento político”. Esto se habría debido a que su enfoque estuvo puesto no sobre “la base”, “respecto a sí mismo”, sino sobre “las cúpulas sindicales o partidarias”, es decir, siempre en “referencia constante al Estado”. Es decir, se trató de una historia sobre “la ideología, el programa partidario, la represión estatal, la explotación capitalista y el poder del imperialismo”¹⁷¹.

Esta última idea es cuestionable en cuanto el movimiento popular de 1957-1973 efectivamente desarrolló su estrategia hacia el Estado, pero en función de superarlo. La configuración de aquel movimiento popular en los hechos no se redujo al simple *ascenso* al Gobierno y el control del aparato administrativo del Estado; así lo declararon los mismos dirigentes de la Unidad Popular y lo demostraron aquellos militantes de base y actores obreros y pobladores sin militancia que en los últimos años del gobierno de Allende simplemente sobrepasaron los cauces ‘legales’, y fueron materializando el llamado ‘poder popular’ a través de los cordones industriales, comandos comunales y juntas de abastecimiento popular. El objetivo era a través de la disputa del Gobierno (*una* de las trincheras políticas, y la más relevante disponibles para el movimiento popular) conquistar el *poder*¹⁷², que dado el nivel de politización de la izquierda, ya no se hallaba arriba, sino en cada espacio entre medio de las clases. Otro problema histórico fue el definir cuándo llevar a cabo tal superación.

Cabe entonces desarrollar una distinción de Estado y sociedad civil en sentido no-liberal¹⁷³. Según la distinción que propusimos sobre lo político y lo social, podemos definir el Estado como aquella estructura de dominación y coerción que se desenvuelve en lo social bajo dos facetas. En su faceta negativa, es la forma histórica institucionalizada de las relaciones de

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 47. Nota al pie n° 23.

¹⁷² Véase, PINTO, Julio (ed.), *Cuando hicimos historia, la experiencia de la Unidad Popular*, LOM, Santiago, 2003, en especial el capítulo del mismo autor, “Hacer la revolución en Chile”, 9-33; CASALS, Marcelo, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970*. LOM, Santiago, 2010.

¹⁷³ Sobre esta conceptualización, Véase WOOD, Ellen, “La sociedad civil y la política de identidad”, en *Democracia contra Capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. Siglo XXI, México, 2000; BOBBIO, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría de la política*, FCE, España, 1989; KEBIR Sabine, “Gramsci y la sociedad civil, génesis y contenido conceptual” en *Nueva Sociedad*, N° 115, 1991; PAVÓN, David y SABUCEDO, José, “El concepto de sociedad civil, breve historia de sus elaboraciones teóricas” en *Revista Iberoamericana de Filosofía*, N°21, primer semestre, 2009; AMPARAN, Aquiles, “Sociedad civil y Estado en Hegel y Marx”, en *UAM-Iztapalapa*, N° 24, 2003; TISCHLER, Sergio, “La sociedad civil, ¿fetiche?, ¿sujeto?”, en *Bajo el Volcán*, Vol. 2, N°3, 2001; GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel, Tomo II*. Ed. Era, México, 1981; ANDERSON, Perry, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1981.

explotación capitalista (lo social); y en su faceta positiva, es el componedor en aquellos *conflictos* producidos por grados elevados de desigualdad, pero siempre limitado por su otra faceta constitutiva. Se puede en su interior, bajo una lógica estatal liberal, resolver ciertos conflictos de relevancia para la estabilidad estructural mediante una legislación adecuada en el ámbito económico, cultural, de género, étnico o sexual. Pero su límite interno está definido por los márgenes que le impone la explotación económica; sólo se le puede morigerar a través de ciertas medidas para evitar su extremismo. La sociedad *civil*, en cambio, se desenvuelve en el ámbito de lo cultural-ideológico, como el conjunto amplio pero acotado de formas de vida y discursos posibles, pero configurado en base a un sistema de dominación dividido en clases. Estado y sociedad civil constituyen, por tanto, la relación de lo social como dominación y lo cultural-ideológico como espacio de disputa por contener o expandir el grado de enajenación en las formas de vida y discursos, lo cual condiciona relevantemente las formas disponibles de acción política *dentro* y *fuera* de los límites del Estado.

Se puede sostener, retomando el punto anterior, que el propósito del movimiento popular entonces no se reduce a la pretensión de tomar el control en el ámbito del Estado, es decir, a cambiar el color de los dirigentes, y simplemente reemplazar una "sociedad política liberal" por una "sociedad política socialista" bajo el techo de la forma liberal del Estado. Su propósito más bien es disputar la hegemonía en el ámbito de la sociedad civil, y al mismo tiempo conquistar el ámbito del Estado, con el fin último de superar su configuración liberal, es decir, para disolver la división de clases y, por consiguiente, la distinción entre sociedad civil y Estado. El propósito final es buscar fundir el Estado en la sociedad entera, y de ese modo disolver su *forma histórica* burguesa y capitalista. Por consiguiente, aquí adquiere sentido la crítica que Tomás Moulian emplazara contra esa idea del Estado expuesta por Salazar, como basada en ideas 'G' de carácter ahistóricas. Pues esta perspectiva no hace otra cosa que evitar explicar la historicidad con que carga toda noción de Estado (en este caso liberal), que paradójicamente Salazar toma como uno de los universales 'G', que pareciera que "caminaran solos por la historia"¹⁷⁴.

¹⁷⁴ MOULIAN, Tomás et al, "Debate en torno a Violencia política popular en las 'grandes alamedas', de Gabriel Salazar" en Revista *Proposiciones* N° 20, Ed. SUR, Santiago, 1991, p. 288.

Salazar, en consecuencia, desarrolla su obra en base a aquella separación entre 'sociedad' y 'Estado', con la cual fundamenta aquella actitud epistemológica 'P' a partir de la cual puede llevar a cabo una historia del "bajo pueblo" (la clase popular), que históricamente ha constituido la masa mayoritaria, los "tres cuartos" de la sociedad nacional¹⁷⁵. Su estudio develaría los modos en que el 'bajo pueblo' ha intentado transitar de 'P' a 'G', o sea, el proceso hacia una sociedad popular a través de la constitución de movimientos sociales populares, pero que no cargan la pretensión de entrar en el Estado (así en abstracto). Se trataría de:

"Reventones de historicidad, que han jalonado –pese a los anatemas teóricos en su contra– la historia social y subpolítica de Chile desde fines del siglo XVIII hasta, cuando menos, fines del siglo XX. Surgidos de instintos pre-, sub-, o quizá transpolíticos de rebelión (que a veces han tenido mucho de desesperación), esos movimientos rara vez han respetado la institucionalidad vigente.¹⁷⁶"

Por ello su propósito es el de hacer una 'ciencia' que "ordene lógica y eficientemente la rabia popular", que sea capaz de registrar "la dinámica social de humanización" presente en el movimiento del bajo pueblo, que se ha desenvuelto desde el siglo XVIII con "la misma recurrencia tectónica que las "insurrecciones y malocas" mapuches frente a la dominación hispánica". Su reconstrucción histórica por tanto, no puede reducirse al 'discurso', a la búsqueda de "programas y peticiones intelectual y jurídicamente ajustados a un nivel profesional", pues su tendencia ha sido a operar a través de "sentimientos", de "actitudes de protesta y de acciones directas" a partir de los cuales genera una "*proyección* estratégica."¹⁷⁷

Pese a lo anterior, este autor sostuvo que el movimiento popular (a través de la violencia política popular) entre 1947 y 1987, se presentó como un "*continuum* factual" en "combinación con los nacional-populismos de turno", producto de lo cual se generó una profunda fuerza histórica "en torno a la cual los hechos de violencias se organizaron política e históricamente, hasta sumar los decibeles reales y potenciales que sacudieron la hasta entonces adormecida, pero hasta ahora siempre alerta, violencia política librecambista (VLC)"¹⁷⁸. El avance de este

¹⁷⁵ SALAZAR, Gabriel, *Violencia...*, *op.cit.*, p. 48.

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 51.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 52-56.

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 106.

movimiento pareció tener la capacidad de “desquiciar” pero “no necesariamente de transformar” el sistema nacional de dominación. Su final fue precipitado por el golpe de Estado de 1973.

Aquí se despliega una argumentación que está internamente relacionada a los fundamentos de su obra *Labradores, peones y proletarios* escrita 5 años atrás. Salazar en las líneas anteriores reconoce que los hechos de violencia política popular fueron parte de un “continuum” que se configuró en “combinación” con el trabajo orgánico y político de los “nacionalismos-populistas”, o sea, del trabajo de los partidos populares de izquierda. Pese a reconocer este hecho histórico de la relación entre partidos y movimiento, argumenta que su opción metodológica en este trabajo no consistió en examinarlo como tal, sino como un conjunto “de hechos puntuales en los cuales ese movimiento se materializó”¹⁷⁹. En otras palabras, lo que este autor pretendió hacer fue reconstruir históricamente los hechos de violencia política popular bajo el supuesto de que su relación no estaría dada por ninguna hipótesis ‘a priori’, como la “conciencia de clase (proletaria)”, sino más bien “según el proyecto popular que *dejan entrever*, en su conjunto, esos hechos”¹⁸⁰. El autor entonces no sólo optó por rechazar la opción materialista-histórica, que presupone una relación inextricable entre estructura (lo social) y acción (lo político), sino que de manera definitiva optó por una perspectiva confusamente *naturalista*. La confusión es compleja porque, por un lado, a partir de lo que expresa, pareciera caer en un positivismo historicista rankeano, al asumir que puede “dejar entrever” significados de la observación de los hechos, pero, por el otro, durante la primera parte de este libro así como en *Labradores*, Salazar propone una visión naturalista del movimiento del “bajo pueblo” como configurado ‘en esencia’ por su tendencia a la humanización de la sociedad. Se combina acá una actitud epistemológica positivista en superficie, pero sustentada, en una concepción ya no histórica sino naturalizada en principios –como consecuencia de distinciones liberales– sobre la praxis de las clases populares.

Su crítica al paradigma ‘G’ entonces parece volverse en su contra, pues, su análisis se sustenta sobre una idea ‘ahistórica’ y ‘permanente’ sobre el ‘bajo pueblo’. Su supuesta “identidad” solidaria sería para el autor, a la postre, una *naturaleza* solidaria, lo cual escapa por completo a

¹⁷⁹ *Ibid.*, p 107.

¹⁸⁰ *Ibid.*, 107. *Cursivas mías.*

cualquier tesis aceptable en un análisis propiamente histórico. Lo que aquí escapa a la historia no es el hecho “solidario” efectivamente posible de constatar en las clases populares, sino el hecho de que ‘petrifique’ a partir de esto una “identidad solidaria”, lo cual hace caso omiso a la posibilidad factual “no-solidaria” igualmente posible de constatar en el mismo objeto de estudio. Paradójicamente, su crítica hacia la ahistoricidad es lo que está aquí jugándole en contra a su planteamiento, pues, en el decir de Moulián, Salazar inviste al ‘bajo pueblo’ bajo “la categoría de sujeto transcendental y preconstituido, depositario de la Historia”¹⁸¹. O bien, según el planteamiento de Luis Alberto Romero, esta perspectiva se acercaría a aquella:

“perspectiva populista que tiene sus raíces en el historicismo romántico, [que] han tendido a ver una suerte de identidad popular que recorre la historia, sustancialmente igual a sí misma, o al menos lo suficientemente resistente a los cambios como para que pueda identificarse la presencia de un sujeto en períodos o circunstancias muy diferentes”¹⁸².

Así, esta perspectiva además supone:

“que ese sujeto es básicamente impermeable a las influencias de los sectores dominantes, que la dominación logra acatamiento pero nunca aceptación ni mucho menos readecuación del sujeto a los parámetros fijados por el sistema de dominación”¹⁸³.

De modo que para conocer al ‘sujeto popular’, remata el autor:

“el camino pasa por la identificación con el alma popular: al pueblo se lo siente, y luego se lo entiende. Por otra parte, cada cosa que se sepa, averigüe o intuya acerca de ellos puede ser ubicada más o menos en cualquiera de los momentos de su devenir, pues en el fondo no cambian”¹⁸⁴.

Así las cosas, a juicio de Salazar, su opción preferente por los hechos supone una invalidación automática de la perspectiva “estructuralista de los sujetos-actores”, debido a lo cual prefiere

¹⁸¹ MOULIAN, Tomás, *op.cit.*, p. 288.

¹⁸² ROMERO, Luis Alberto, “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en Revista *Proposiciones* N° 19, 1990, p. 272.

¹⁸³ *Ídem*.

¹⁸⁴ *Ídem*. Subrayado mío.

llevar a cabo, en cambio, un análisis auténticamente historicista. En efecto, cualquier paradigma historiográfico que descansa sólo en lo estructural (o sea, lo social), como ocurrió marcadamente en el mecanicismo de Hernán Ramírez, deviene ahistórico. Sin embargo, Salazar no logra su cometido, pues “asume que el sujeto de los hechos VPP [de violencia política popular] es un sujeto popular, porque así lo denuncia el sentido y significado general de las conductas articuladas en esos hechos”¹⁸⁵. Este es un argumento completamente circular, que reclama claridad argumentativa. Probablemente, la crítica de Salazar a la comprensión marxista que reduce a su deformación estructuralista, lo lleva al equívoco de tomar la opción inversa pero equivalentemente ahistórica, es decir, aquella en que se reemplaza la ‘estructura’ por una ‘naturaleza’ basada en cierto optimismo antropológico sobre el ‘bajo pueblo’ y sobre su praxis que en sí misma presupone un proyecto humanizador. Finalmente, su afirmación sobre que “la historicidad contiene y demanda sus propias categorías de análisis”¹⁸⁶, se vuelve, a la postre, el mejor argumento en su contra, pues su operación teórica termina por fijar categorías impropias a la historia, es decir, basadas en principios, en la apelación a una verdad, la de la identidad solidaria, que pese a ser tan cierta como la posible identidad “egoísta” del bajo pueblo, se alza porfiadamente como la creencia desde la cual es posible ‘ver’ el movimiento popular, que otros, de tendencia ‘G’ y faltos de fe en ‘P’, no son capaces de ver. Esta propuesta en definitiva resulta inteligible para quienes asientan a la exigencia autoritativa que demanda su supuesto antropológico; es una invitación implícita a compartir una creencia y una sensibilidad basada en un principio tapado con el velo transparente de la supuesta disponibilidad de los hechos históricos.

¹⁸⁵ SALAZAR, Gabriel, *Violencia...*, *op.cit.*, p. 107.

¹⁸⁶ *Ídem.*

III. LA HISTORIA SOCIAL POPULAR (1991-2004)

“Si es verdad que todo lenguaje contiene elementos de una concepción del mundo y de una cultura, será también verdad que, por el lenguaje de cada uno, se puede juzgar la mayor o menor complejidad de su concepción del mundo”
ANTONIO GRAMSCI¹⁸⁷

La paz neoliberal

Habiendo triunfado Patricio Aylwin en la elección presidencial de finales de 1989, en su discurso del 11 de marzo de 1990, desde el balcón presidencial del Palacio de La Moneda, señaló:

“Debemos cuidar esta criatura que está naciendo, esta libertad que estamos reconquistando, y la vamos a cuidar en la medida en que sepamos respetamos los unos a los otros, en que los chilenos no volvamos jamás a convertimos en enemigos unos de otros. Podremos pensar distinto, tener distintas creencias, adorar a Dios según nuestra propia fe, pero todos juntos constituimos esa patria que constituyeron O'Higgins, Carrera y los demás Padres de la patria. Esa patria que, según el Himno Nacional, debe ser el asilo de los pobres contra la opresión”¹⁸⁸.

Así se consolidaba oficialmente a la “transición hacia la democracia”, luego de que en el Plebiscito Nacional de 1988 ganara la opción por el No. El cometido fue poder reconstruir la

¹⁸⁷ GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Tomo II, Cuaderno N° 11, 1986.

¹⁸⁸ Discurso de Patricio Aylwin en el Palacio de la Moneda, Santiago, 11 de marzo de 1990. Consultado en [http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Patricio_Aylwin_al_pueblo_de_Chile_desde_los_balcones_del_Palacio_de_la_Moneda_\(11_de_marzo_de_1990\)](http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_de_Patricio_Aylwin_al_pueblo_de_Chile_desde_los_balcones_del_Palacio_de_la_Moneda_(11_de_marzo_de_1990)), el 15 de diciembre de 2013.

democracia chilena con un llamado a la “reconciliación”, en alusión a la división política existente entre los chilenos, marcada por los 17 años de profunda represión dictatorial. Se buscó hacer un llamado, por tanto, a la instalación de una cultura de la tolerancia, que evitara los antagonismos, para una convivencia que respetara las “legítimas diferencias” y que tendiera al “consenso” social. Al día siguiente, Aylwin ahora en un masivo acto en el Estado Nacional, enfatizó de nuevo esta idea. En su histórico discurso del “¡Nunca más!” concluyó con las siguientes palabras:

“El anhelo de paz que prevalece entre nosotros requiere de todo nuestro esfuerzo para mantener y proyectar hacia el futuro el clima de acuerdos que ha caracterizado nuestro tránsito hacia la democracia.

Dentro de este ánimo, es digno del mayor elogio el diálogo que se está realizando entre trabajadores y empresarios, con la mira de alcanzar acuerdos en el ámbito económico-laboral. A fin de respaldar y concretar esa iniciativa, he instruido a mis ministros de Hacienda, Economía y Trabajo para que formalicen conversaciones entre la Central Unitaria de Trabajadores, la Confederación de la Producción y del Comercio y el gobierno, a fin de concertar un acuerdo marco que sea garantía de progreso, justicia y estabilidad”¹⁸⁹.

En este sentido, el llamado a la reconciliación política de los chilenos, fue también un llamado a fundar un “acuerdo marco” entre “trabajadores” y “empresarios” que la hiciera posible. Se buscó establecer una paz consensuada no sólo política, en cuanto a las violaciones a los Derechos Humanos cometidos por los aparatos represivos de la dictadura, sino también social, que garantizara la “estabilidad” del tránsito hacia la democracia.

El año 1990 fue, por tanto, un año tanto de balances como de proyecciones. El comienzo de un nuevo ciclo, supuso para la izquierda una instancia para la reflexión ideológica y de preparación del camino de los años que venían. En octubre de 1990, para cuando se desarrollaba el Congreso de Unidad “Salvador Allende” del Partido Socialista, desde París el ex Secretario General de este partido, Carlos Altamirano, escribió:

¹⁸⁹ Discurso de Patricio Aylwin en el Estadio Nacional, Santiago, 12 de marzo de 1990. Consultado en http://www.archivochile.com/Gobiernos/gob_paylwin/de/GOBdeaylwin0003.pdf, el 15 de diciembre de 2013.

“Chile exige un nuevo proyecto de sociedad, ajeno a toda perspectiva estrechamente clasista de la realidad social y de su historia. En el pasado, la izquierda chilena fundó sus proyectos de cambio y transformación en visiones restrictivas de clase, lo que, en cierta medida, explica su insuficiente capacidad de convocación y, en más de alguna ocasión, la exacerbación artificial de los conflictos sociales. [...]

Si bien la crisis del proyecto leninista importa, a no dudarlo, la crisis definitiva de la ideología "marxista-leninista", constituiría, a mi juicio, una ingenuidad suponer que el marxismo, a secas, sale indemne de esta gran catástrofe histórica. La razón es simple. Muchas de las ideas que animaron el proyecto comunista tuvieron su origen en el pensamiento de Marx y Engels y, en consecuencia, muchos de sus vicios y defectos se debieron a las insuficiencias y limitaciones del pensamiento original. [...]

En consecuencia, deberemos inventar palabras y elaborar nociones para definir las nuevas realidades, deberemos rehacer nuestro edificio conceptual, redefinir nuestros "amigos" y "enemigos" y reformular nuestra estrategia".¹⁹⁰

El militante socialista que durante el gobierno de la Unidad Popular hiciera un llamado abierto a "avanzar sin transar", 17 años después daba por muerto no sólo el marxismo-leninismo que profesaba, sino el "edificio conceptual" del marxismo entero. Dado su diagnóstico sobre la nueva realidad "posindustrial", la caída de todos los muros y del giro del mundo "en 180 grados en sólo algunos meses", aquel marxismo de los '70 ya no tenía rendimiento alguno. Así:

"[...] lo importante es destacar la aguda percepción de la mayoría de los científicos sociales, economistas, historiadores, ensayistas y pensadores de que nuestro mundo está tocando a su fin y de que nos encontramos en los inicios de otro, sustancialmente diverso al anterior. Nos hallamos en la cima de un gran cambio histórico. Del nacimiento de una civilización y sociedad global"¹⁹¹.

Situados en este nuevo contexto, señaló que debía de aprenderse de las lecciones de la experiencia histórica chilena:

¹⁹⁰ ALTAMIRANO, Carlos, "Carta a los socialistas con ocasión del Congreso de Unidad "Salvador Allende"", París, octubre de 1990. Consultado en <http://www.socialismo-chileno.org> , el 20 de diciembre de 2013. Subrayado mío.

¹⁹¹ *Ídem*.

“que no es ni será tarea de una clase ni de “vanguardias revolucionarias” la de construir la democracia en Chile y la de reiniciar una nueva vida, en paz y progreso.

El desafío que enfrenta el país es y será tarea para la inmensa mayoría de los chilenos, capaces de unirse en torno a los superiores ideales de libertad y de justicia social, en una perspectiva coherentemente democrática y pluralista”¹⁹².

Los comienzos de los ‘90 estuvieron marcados por las lecciones de la historia y los balances coyunturales y programáticos con signos ya consolidados de renovación política. El mismo partido protagonista en la construcción del movimiento popular desde mediados de siglo mudaba de conceptos, de discurso y de acción. El fin de la historia para la izquierda anterior al golpe de Estado había llegado, y comenzaban ahora los tiempos de la “democrática y pluralista” paz neoliberal. Según Gabriel Salazar, “la derrota del marxismo democrático, la impotencia del marxismo revolucionario, la caída del muro de Berlín y la crítica universal al populismo desalentaban [...] la construcción de teorías alternativas basadas en la tradición”¹⁹³. Esto supuso que “los diversos grupos historiográficos tendieron a replegarse, disolverse o a limitar su búsqueda y proyección. Se abrió una etapa de dispersión y desconcierto”¹⁹⁴.

El concepto de *movimiento social popular*

En el contexto de la paz neoliberal y del “repliegue de los grupos historiográficos”, se publicó en 1994 el artículo de Julio Pinto, “Movimiento social popular: ¿hacia una barbarie con recuerdos?”, el cual definió gran parte del tránsito disciplinario que le tocaría recorrer en los años siguientes a la historiografía chilena. En este partió señalando que de manera inevitable el concepto de movimiento social popular suponía el de ‘pueblo’ o el de ‘lo popular’. Consciente de los tiempos en que escribía, afirmó:

“Diez años atrás, esta explicitación habría resultado innecesaria, y hasta un poco ridícula. En los tiempos que corren, sin embargo, entre los muchos “muros” que han caído también

¹⁹² *Ídem*.

¹⁹³ SALAZAR, Gabriel, *Historia desde abajo...*, *op.cit.*, p. 136.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 137.

figura el de la creencia (como fe o como miedo) en el protagonismo histórico de los sujetos populares, e incluso el de su propia existencia como actor histórico significativo.”¹⁹⁵

Esta prevención, daba cuenta de la ausencia de contenido histórico y político que tenía para entonces el concepto de ‘pueblo’. A fines del “gobierno de la transición”, este concepto transitaba a ser sólo una *palabra*, porque parecía no tener ya un ‘espacio de experiencia’ cercano, ni un ‘horizonte de expectativa’ visible en el tiempo¹⁹⁶. Era una palabra con olor a viejo, de “tiempos pasados”.

Pese a hallarse en este tránsito histórico de vacuidad conceptual, Pinto definió el concepto de “movimiento social popular” en base a dos elementos. El primero refería a la existencia de un sujeto ‘pueblo’; y el segundo, apuntaba a la “acción”, “actividad”, y eventualmente también a la “transformación”. Definió entonces el *pueblo* o *lo popular* en relación a dos criterios que constituían dos “vivencia[s] de larga duración para los sectores populares”. El primero, refería a la noción de “pobreza”, y el segundo, a la noción de “dominación”, entendida “directamente como explotación por y subordinación a terceros, o más ampliamente como incapacidad de regir y construir sus propias vidas”. De modo que el movimiento social popular se definió por la movilización o la lucha contra la pobreza, o sea, la “privación relativa en el acceso a la riqueza social”, y contra la dominación, es decir, por la lucha de “reemplazar la subordinación por la autonomía”¹⁹⁷.

En este sentido, se establecieron dos posibles “imágenes del mundo popular”. La primera hizo referencia a que los sectores populares se encontraban en una forma pasiva y funcional al sistema (“el peso de la noche”). Esta consistía en el hecho de que pese a que el pueblo podía reconocer su situación de desmedro, no necesariamente se movilizaba para cambiar esa situación, debido a que carecía de una expectativa o un proyecto alternativo a los poderes dominantes. La segunda imagen supuso que los sectores populares tenían un carácter activo, rebelde y peligroso (“barbarie”). Aquí se veía en el propio modelo de vida de la “barbarie” un proyecto de cambio, una articulación del movimiento social-popular discordante del orden

¹⁹⁵ PINTO, Julio, “Movimiento social popular: ¿hacia una barbarie con recuerdos?”, en *Proposiciones* N°24, 1994, p. 215.

¹⁹⁶ Sobre esta distinción, véase KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Madrid, 1993.

¹⁹⁷ PINTO, Julio, *op.cit.*, p. 215.

establecido¹⁹⁸. Esta segunda imagen, como vimos, se identifica con la perspectiva de Salazar sobre la praxis de los sectores populares. Así, Pinto sostiene que aunque esa “posibilidad es teóricamente concebible, sin embargo, “habría que demostrar que efectivamente fue así”, o bien, “explicar en qué consistió ese “proyecto bárbaro””¹⁹⁹.

Así, negándose a las omisiones y deformaciones que sobre el pueblo recaían, afirmó:

“Aunque pretendan desconocerlo, el pueblo todavía existe. ¿Qué son sino los cinco (o cuatro) millones de pobres oficialmente reconocidos? ¿Cuántos más quedan por reconocer? Asimismo, sus problemas siguen sin solución, el presente sigue siendo insatisfactorio. Por lo tanto, razones para movilizarse también hay. Lo que falta es el proyecto, la utopía, [...] la autoconciencia de sujeto. La consecuencia de su falta, es un regreso al ‘peso de la noche’ o más probable aún, a la barbarie²⁰⁰.

Parte del proyecto ausente para la movilización popular, lo constituía la ausencia de claridad sobre los modos en que el pueblo debía movilizarse. De modo que adquiere relevancia conceptual la partícula ‘social’ usada acá en el concepto de “movimiento social popular”. Como se ha argumentado hasta ahora, pareciera existir tres usos posibles del concepto de ‘lo social’. El primer uso más bien *general*, alude a su condición colectiva, es decir, enfatiza el hecho de que se trata de una acción no individual, sino que constituida por una colectividad o por un grupo social. El segundo uso es de la tradición *liberal*, que hace referencia a la distinción entre ‘sociedad civil’ y ‘Estado’. Mientras el Estado alude al ámbito (arriba) de la política, la ‘sociedad civil’ refiere al ámbito (abajo) de la ciudadanía que se moviliza *hacia* el Estado, para satisfacer sus intereses que son más sociales que políticos. El tercer uso es el *marxista* que acá llamamos *popular*, este hace referencia al ámbito de lo estructural; a la forma histórica en que la dominación y la explotación configuraban la desigualdad radical presente en sociedades capitalistas.

¹⁹⁸ *Ibid.*, p. 217.

¹⁹⁹ *Ídem.*

²⁰⁰ *Ibid.*, p. 219

Sin embargo, estas distinciones no parecían estar consideradas. Pinto al referirse a la evolución durante el siglo XX del movimiento social popular que, a su juicio, culminó en la experiencia de la Unidad Popular, sostuvo que en ésta hubo:

“múltiples expresiones a través de las cuales el mundo popular demostró que el proyecto se tomaba en serio. Más aún: no es casualidad que los mismos actores supuestamente excluidos o desconocidos hayan comenzado a formar sus propias movilizaciones al interior del gran movimiento social-popular, y no en contraposición con él. Mal que mal, se compartía la muy aleccionadora experiencia de la opresión. Así, la gran apuesta que para mucho actores populares significó el gobierno de la Unidad Popular no incluyó solamente a obreros o proletarios, como podría haberlo exigido el discurso marxista clásico, sino también, y protagónicamente, a mujeres, mapuches, pobladores y campesinos. Y cuando vino la derrota, ella no sólo golpeó a la clase obrera, sino al mundo mucho más amplio y extenso de lo social-popular”²⁰¹.

Al margen de que atribuyera a toda la tradición del marxismo clásico un obrerismo exacerbado, que como vimos estuvo más presente en Hernán Ramírez, lo cierto es que identificó la experiencia de la Unidad Popular, basada en una combinación política de partidos populares y el mundo social-popular, como la de un “gran movimiento social-popular”. No parece comprensible, sin embargo, que, identificando su contenido fundamentalmente político, se insista en llamarle como un movimiento de tipo ‘social’. ¿Qué se buscó decir aquí con social? Desde la tradición marxista este proceso político fue nombrado como ‘movimiento popular’ a secas, pues esto suponía un matiz que no es sólo “semántico”; habla sobre el contenido no-liberal de tal movimiento, en el cual las distinciones liberales de lo social (como lo no-estatal) y lo político (como lo estatal) perdieron total rendimiento. Esto se sustenta en el hecho de que el proceso llevado a cabo entre 1970 y 1973 especialmente, supuso una politización inaudita de las clases populares, lo cual llevó a que el ‘cauce’ legal buscado por el Gobierno se viera superado. Se le puede llamar a este fenómeno un ‘movimiento popular’ a secas, porque se trata del movimiento del Pueblo que desdibuja los límites del Estado actual, pues, dicho de alguna forma, carga consigo un Estado futuro.

²⁰¹ PINTO, Julio, “Movimiento social popular...” *op. cit.*, p. 218.

A nuestro juicio, aquí existe una incomodidad de tratar como 'político' al movimiento que prescinde de partidos, lo cual evidencia la carga conceptual acá presente de la matriz liberal. Esta incomodidad conceptual, es decir, el problema con la identificación de 'lo político' en instancias que desde el liberalismo no podrían ser llamadas 'políticas', se ha solido resolver extendiendo el concepto de lo social al ámbito mismo de la acción colectiva organizada de las clases populares, es decir, al ámbito mismo de lo político.

Sin embargo, Pinto más tarde, en 1998, en su obra *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, problematiza la denominación de la llamada 'cuestión social', y se pregunta si acaso este fenómeno no consistió también en una 'cuestión política'. Compartiendo la visión de Mario Garcés, respecto a que la cuestión social significó que "la distancia entre ricos y pobres se fue politizando", estableció que este término:

"servía para denotar nuevas modalidades de existencia popular, asociadas al hacinamiento urbano, el trabajo industrial, o la despersonalización de las relaciones laborales. Pero, también, y tal vez más determinadamente, para dar cuenta de nuevas formas de interpelación popular, más organizadas y discursivas, más explícitamente políticas"²⁰²

Así, distinguió, por tanto, aquella faceta propiamente social de la cuestión social, en referencia al hecho del proceso histórico de proletarización y sus consecuencias, y a aquella faceta propiamente política, en alusión a los procesos paulatinos de politización marcados por una identidad popular.

Respecto a la primera faceta, en otro artículo de 1990, "La transición laboral en el norte salitrero", Julio Pinto caracterizó el proceso social de proletarización en tres puntos. Este proceso consistió, primero, en "la carencia por parte del trabajador de medios de producción, y su dependencia absoluta de un salario". Debido a lo cual, en el plano de las relaciones sociales, el empleador y empleado "ya no se conectan por lazos predominantemente personales, institucionales, consuetudinarios, o abiertamente coercitivos, sino por un mero mecanismo monetario."²⁰³ En segundo lugar, consistió en una "nueva experiencia laboral a la que se ve

²⁰² PINTO, Julio, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Ed. Universidad de Santiago, Santiago, 1998, p. 252.

²⁰³ PINTO, Julio, "La transición laboral en el norte salitrero", en *Historia* Vol. 25, 1990, p. 209.

enfrentado el trabajo, donde la mecanización y la división del trabajo despojan a sus habilidades y destrezas personales prácticamente de todo valor²⁰⁴. Y, por último, lo caracterizó por el surgimiento de una nueva identidad social “cuando el trabajador se resigna a esta falta de alternativas, cuando asume su nueva condición como algo permanente, que descubre las potencialidades que en ella misma se ocultan”²⁰⁵. Por lo anterior, esta nueva experiencia laboral habría permitido al trabajador tomar conciencia de “la fuerza que dan la organización y el número, y puede al menos sugerirle la posibilidad de aprovechar esa fuerza en provecho de su grupo. La solución a sus nuevos problemas ya no se debería buscar en el regreso al pasado, sino en la aceptación y utilización del presente”²⁰⁶. Con la caracterización de este proceso, dio cuenta del modo como el ámbito de *lo social* y *lo cultural-ideológico* se fue entramando, y cómo surgió de allí una identidad proletaria.

Así, respecto a la segunda faceta de *lo político*, Pinto estableció que el proceso de ‘politización’ proletaria de fines de siglo XIX consistió en “la acción pública contestataria de las primeras organizaciones reivindicativas, o la multiplicación de sociedades explícitamente identificadas como “obreras””, lo cual reveló “el surgimiento de una identidad clasista que no sería errado calificar como política”. Por tanto, “[e]n su acepción más amplia, en tanto exigencia de reconocimiento oficial a las demandas de justicia e integración a la comunidad nacional, la propia cuestión social fue, sin duda, un fenómeno político”. Pero en específico, aquella politización en los sectores populares se manifestó en “la adopción de un discurso “de clase”, al asumirse como un componente esencial de la sociedad que no estaba recibiendo ni el trato ni las consideraciones que se merecía, y al que no se permitía participar en los beneficios de la “ilustración” y el “progreso” que las elites liberales proclamaban como su gran aporte a la historia de la humanidad”. Su conclusión, circunscrito al tema de su obra, fue que “no cabe duda que una parte importante de la sociedad popular tarapaqueña de los años noventa ya transitaba decididamente por el camino de la politización”²⁰⁷, lo cual, apunta el autor, no se redujo necesariamente a su entrada a la política formal. Y aquel hecho se habría desarrollado luego como una permanente tensión entre la vía populista y la revolucionaria, en el proceso de materialización de sus intereses.

²⁰⁴ *Ídem.*

²⁰⁵ *Ídem.*

²⁰⁶ *Ídem.*

²⁰⁷ *Ibíd.*, p. 310-311.

Esto, por tanto, frente a la problematización del significado de lo social y lo político, nos permite disolver la ambigüedad mostrada en el texto sobre el concepto de movimiento social popular, y reconocer como 'política' aquella acción colectiva que surge desde la identidad de clase de los trabajadores pampinos, no se redujo a la visión liberal que califica como político sólo aquello que con claridad se encuentra dentro de los límites del aparato estatal.

La política popular

El tratamiento de 'lo político' entendido desde una matriz alejada de la liberal, aparece también tratada en el texto de 1991 de Mario Garcés, *Crisis social y motines populares en el 1900*. Aquí el autor llevó a cabo una extensión conceptual como la de Pinto, pero a la inversa. Como se ha dicho, la perspectiva liberal plantea que todo aspecto fuera del ámbito de lo estatal y los partidos, o sea, de *la* política, sea que adquieran o no un contenido político, se les llama 'sociales'. Sin embargo, Garcés, en contraposición a este planteamiento y para no caer en la distinción entre lo popular (social) y los partidos (político), estableció que desde el mundo popular, aunque no exista mediación partidaria, es posible que se desarrolle una "política popular". Así, por ejemplo, sostuvo:

"Normalmente los procesos de politización de los sectores populares han sido vistos como procesos de demanda, reivindicación y presión relativamente organizada frente al Estado. En esta perspectiva, "hacer política" consiste básicamente en desarrollar una cierta capacidad de interlocución con el Estado. O, desarrollar una cierta capacidad de incidir en el Estado."²⁰⁸

Sin embargo, la politización en sentido ampliado, y aplicado al campo popular:

"compromete también otro conjunto de aspectos que se verifican "al interior" del propio campo popular y que si bien guardan relación estricta con las contradicciones sociales y

²⁰⁸ GARCÉS, Mario, *Crisis social y motines populares en el 1900*, LOM, Santiago, 1991 [2da edición: 2003], p. 137

políticas que vive globalmente la sociedad, tienen también grados importantes de autonomía”²⁰⁹

De este modo, “existen tradiciones, valores, actitudes y diversas expresiones de la cultura popular que normalmente se redispone en el marco de una agudización de los conflictos sociales”. Así, la politización del mundo popular “conlleva no sólo la adopción de una determinada actitud frente al Estado o los empleadores, sino que también una modificación de actitudes y de relaciones al interior del propio campo popular”²¹⁰

Por ello, lo político suponía no sólo una “oposición a un sujeto o actor antagónico, sino que por la propia capacidad que alcanza el actor para autorreconocerse y hacer más eficaz su propia acción histórica”²¹¹. Esto último, como se advierte, se asimila a la forma en que para nuestra perspectiva se entiende lo político, en cuanto a su faceta activa (asociación) y pasiva (disociación). Sin embargo, este autor le da al concepto de ‘movimiento popular’, de principios del siglo XX, una amplitud que considera asuntos como la acción que los trabajadores realizaban “para solicitar alzas en los salarios, exigir la modificación de horarios de trabajo, terminar con el sistema de “ficha-salario”, poner fin a un impuesto, etc.”²¹² Así, una limitación a la que tendió esta perspectiva, es que amplió indeterminadamente el ámbito de lo político, y le dio esa propiedad a actos que podrían ser definidos como culturales o sociales. Nos parece que la perspectiva marxista a este respecto ofrece una salida conceptual aceptable para estas indeterminaciones. Pero, por otro lado, esta perspectiva aporta una salida a la distinción liberal, al reconocer que:

“la historia social popular, particularmente la del siglo XX, se confunde con la historia política. Porque la historia popular está preñada de proyectos de transformación de la vida social que se encuentra y –las más de las veces– se desencuentra de nuestro sistema de partidos”²¹³

²⁰⁹ *Ibid.*

²¹⁰ *Ibid.*

²¹¹ *Ibid.*

²¹² *Ibid.*, p. 136.

²¹³ *Ibid.*, p. 8

Debido a esto:

“en la historia del movimiento popular chileno, la política popular ha estado siempre “condicionada” desde abajo; desde los movimientos sociales populares que en la medida que han alcanzado mayores grados de desarrollo y articulación han obligado a los partidos a tomar posiciones y a cumplir roles históricamente más eficaces”²¹⁴.

De ahí que plantee que el mundo popular se forjó desde la segunda mitad del siglo XIX, y que en medio de la “cuestión social”, logró, cuando fue necesario, construir las bases de una “política popular”. Por tanto el desarrollo político durante el siglo XX “no puede ser entendido sin los caminos que recorrió esta política que se forjó primero en las bases mismas del pueblo y que alcanzó un punto culminante en la experiencia de la Unidad Popular en los años setenta”²¹⁵. Por consiguiente:

“aquí no fue primero la implantación de una doctrina o de un programa. Primero fue la práctica social de quienes organizaron la solidaridad y luego la resistencia a la explotación económica y social. La política vino después; el partido fue un segundo momento en la gestación de una política popular.”²¹⁶

El planteamiento de Garcés, en definitiva, contiene un entramado categorial que busca oponerse a las reducciones a las que lleva la perspectiva liberal. Podría tratarse de un acto de reconocimiento de que para ciertos propósitos prácticos, no cualquier concepto puede ser usado. En efecto, como se ha visto en el caso de Gabriel Salazar, puede ocurrir que ciertas distinciones depriman el rendimiento teórico que se busca tener y lleven al desarrollo de una argumentación entrampada que busca liberarse mediante la fijación de un principio. Así, como en el caso de Hernán Ramírez o el de Gabriel Salazar, el resultado lleva, por diferentes caminos, al ámbito de la ahistoricidad.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 9.

²¹⁵ *Ibid.*, p. 5.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 9.

Lo social y lo cultural

La investigación historiográfica durante los noventa, se caracterizó por el desarrollo de un ámbito hasta entonces no muy bien delimitado. Se trató del ámbito de *lo cultural*. En diferentes intensidades este ámbito estuvo marcado por un sinnúmero de posiciones que, reunidas, podrían ser vistas como la fiel representación de aquello llamado 'posmodernidad'. El hundimiento en perspectivas subjetivistas, a veces rayó en un solipsismo que hacía imposible la historia misma, una disciplina cuya construcción en el tiempo se define por ser colectiva. Pese a esto, hubo otras posiciones que lograron darle forma a lo cultural, y enmarcarlo como un ámbito mediador entre *lo social* y *lo político*. Lejos de los desvaríos posmodernos, se planteó que su uso tenía un rendimiento teórico que permitía adentrarse en el campo de las 'identidades' sin caer ni en el naturalismo ni en el culturalismo. Muy influenciado por aquella escuela historiográfica británica representada en E.P.Thompson, se llevó a cabo un verdadero proyecto de actualización del marxismo, que permitiera salir de las deformaciones mecanicistas que, como vimos, estuvo presente en parte de la historiografía marxista clásica.

En esta línea, en 1997, Sergio Grez publicó su libro *De la "Regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución del movimiento popular en Chile (1810-1910)*. En esta obra, el autor definió, considerando los aspectos de *lo social* y *lo cultural*, en un sentido extenso los conceptos de "*pueblo, sectores populares y popular*". Así, su definición abarcó "a una diversidad de actores sociales subordinados a la aristocracia o a la oligarquía"²¹⁷. Sostuvo, en esta línea, que lo popular es un concepto elástico "no limitado al lugar ocupado por los individuos en la estructura económica de la sociedad", pues también estaba definido por sus "discursos, el posicionamiento en el conflicto social y el conjunto de prácticas culturales"²¹⁸.

Esta identidad popular al desplegarse en un proceso histórico de politización, sentaba las condiciones para la constitución de un movimiento popular. Sin embargo, sostiene el autor, este "no debe confundirse con el mero rechazo colectivo contra la injusticia, ni siquiera con la práctica de la huelga u otras formas de protesta y de resistencia de los trabajadores"²¹⁹.

²¹⁷ GREZ, Sergio, *De la "Regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución del movimiento popular en Chile (1810-1910)*, RIL Editores, Santiago, 2007 [1era edición: 1997], p. 43.

²¹⁸ *Ibid.*, p. 44.

²¹⁹ *Ibid.*, p. 44.

Tampoco podía considerarse que un movimiento popular estuviera constituido por “las soluciones individuales como el desarrollo del microempresariado popular [...] o ciertas formas de resistencia primaria a la opresión y la explotación, como la indisciplina laboral, la emigración, el nomadismo, la rebeldía individual peonal, el bandidismo, la delincuencia o la simple desmoralización”²²⁰. En cambio, lo que constituiría a su juicio un movimiento popular sería “la conciencia o identidad de la clase o conglomerado social, la movilización permanente tras ciertos objetivos claramente identificables por los propios protagonistas, continuidad que frecuentemente es alcanzada sólo si existe organización igualmente permanente”²²¹. Así, dado que este emerge a través de un proceso histórico de gestación variable, los márgenes entre un movimiento popular y una manifestación primaria de rebeldía o resistencia popular, no son rígidos. En definitiva, el movimiento popular es “la expresión de un proyecto de transformación social, de un *ethos* colectivo en permanente desarrollo y mutación”²²².

Uno de los aspectos que aquí es de nuestro interés notar es el de la relación de *lo social* y *lo cultural* como proceso necesario de la constitución de la identidad de lo popular. En cuanto a la fundamentación de esta relación, Grez acudió al planteamiento que ofreciera Luis Alberto Romero en su artículo “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”. En este sostiene que “un sujeto social se constituye tanto en el plano de las situaciones reales o materiales como en el de la cultura, sencillamente porque ambos son dos dimensiones de una única realidad”²²³. De modo que, como hemos visto, una visión mecanicista o naturalista no logran considerar suficientemente que tanto un actor como el otro están fundidos en la misma totalidad social, es decir, que la identidad tanto de uno como del otro está cruzada por las tensiones de esa totalidad. Así, “lo que separa a lo popular de lo que no lo es no se define de una vez para siempre, sino que es el resultado concreto de una fase concreta de ese conflicto, y como tal se desplaza, avanza o retrocede”²²⁴. Este campo de límites fluctuantes, efectivamente está definido sobre los límites que impone la estructura de carácter más constante, pero sobre ella operan “fuerzas” que impulsan a los sujetos “a su integración a partir de grandes experiencias unificadoras, que pueden encontrarse en los mismos campos donde se hallan las

²²⁰ *Ídem.*

²²¹ *Ídem.*

²²² *Ibid.*, p.45.

²²³ ROMERO, Luis A., *op.cit.*, p. 272

²²⁴ *Ibid.*, p. 273.

de la fragmentación”²²⁵. Esta tensión en el campo de lo cultural es lo que, a la postre, determina internamente lo político, en tanto contribuye a la formación ideológica de fuerzas que, por un lado, “fragmentan”, o sea, disocian, y por el otro, “integran”, es decir, asocian. Se trata en definitiva de los fundamentos de las facetas activa y pasiva del criterio de lo político como acá se ha planteado

Ahora bien, como plantea Grez, para que se pueda afirmar que los sectores populares actúan *políticamente* en base a un movimiento popular se necesita constatar la existencia de un proyecto alternativo de sociedad articulado por parte de los sectores populares que cuente con una organización perdurable en el tiempo. Esta noción, sin embargo, parece dejar de lado ciertos elementos que, según nuestra perspectiva, son constitutivos de un movimiento popular. En efecto, la existencia de un ‘proyecto alternativo’ se trata de una condición fundamental para la constitución de un movimiento popular, pero acá se omite la relevancia que juega para su constitución el grado de asociación entre los sectores populares, y el grado de disociación hacia las clases dominantes. Pues, podría ocurrir que cierto actor político de los sectores populares tuviera una orgánica y organización sostenible en el tiempo, discursivamente y en la praxis sostuviera un proyecto alternativo, pero que nunca lograra transformarse en una magnitud política que se enfrentara antagónicamente a la clase dominante que le disputa la hegemonía de su proyecto alternativo. En otras palabras, si un actor político logra suficiente grado de asociación con otros sectores populares, y logra identificar con claridad su *enemigo político* entonces lo que representa *tiende* eventualmente hacia la constitución de un movimiento popular que pone en riesgo la estructura hegemónica de lo social y lo político. Pero si no es posible constatar este proceso, es decir, que se trata de un movimiento políticamente en formación y que no alcanza a consolidar el grado suficiente de asociación política para disputar su proyecto, entonces, este puede ser catalogado con una denominación intermedia, o sea, como un movimiento social popular. En consecuencia, y en base a nuestra propuesta, se deja a la discusión el hecho de si la intensidad del movimiento del artesanado durante el siglo XIX llegó a conformar efectivamente un movimiento popular, y no en cambio una configuración intermedia²²⁶.

²²⁵ *Ibid.*, p. 275.

²²⁶ Respecto a la formación histórica del “movimiento popular” desde mediados del siglo XIX hasta comienzos del siglo XX, véase, GREZ, Sergio, “Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador”, en *Proposiciones* N°24, Santiago, agosto de 1994; “La reivindicación proteccionistas artesanal y la

Esta distinción adquiere relevancia si se considera que un movimiento popular como el desarrollado durante la Unidad Popular logró tener la magnitud política que alcanzó, y que le valió el golpe de Estado que la derrotó, debido a que tendió al grado máximo de asociación entre la mayor cantidad de sectores populares a las que pudo penetrar en torno a un proyecto alternativo que reconocía a la oligarquía a la que se enfrentaba como un enemigo. Se trató de un movimiento 'popular', porque buscó ser el movimiento representativo del 'pueblo', y no necesariamente de un sector popular en particular, como los obreros²²⁷. Su amplitud fue tal que apeló incluso a las clases medias y a la pequeña burguesía, bajo el entendido que el grado de opresión concreto a la que estaba sometido el pueblo en ese momento los podía incluir. En definitiva, para cuestiones de definiciones y conceptos, la historia exige la actualización, de un modo u otro, de ciertos criterios categoriales, pues, de lo contrario, el ejercicio conceptual se vuelve meramente especulativo. La experiencia de la Unidad Popular, a nuestro parecer, redefine todo lo que le antecedió, pues ocurre que lo que antes no podía verse, ahora con su aparición hace posible ver un nuevo entramado de conexiones conceptuales. Lo que en el presente acaece reconfigura lo que en el pasado se pensó sobre un hecho o una realidad histórica. De ahí que se afirme que la historia sea siempre historia presente.

Con todo, la perspectiva de Grez actualizó la importancia del ámbito de lo cultural como factor relevante para definir los límites de la identidad de los sujetos. Sin embargo, se hizo notar tanto la relación intrincada que guardaba con lo ideológico, así como con el hecho de que se desenvolvía sobre las condiciones determinantes de lo social. Luego, como se verá, este esquema sería completado al 'incluir' en el análisis histórico de los sectores populares y de su desenvolvimiento a través de movimientos sociales y populares, la categoría de *lo político*. En este sentido, y en el contexto disperso de los años noventa, su planteamiento permitió desarrollar una línea historiográfica que fue en gran medida una forma de contener la hegemonía subjetivante inaugurada en la academia a partir de los noventa.

constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1885), en *Historia Social* N°31, Valencia, España, 1998; "1890-1907: de una huelga general a otra. Continuidades y rupturas del movimiento popular en Chile", en ARTAZA Pablo *et al*, *A noventa años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, DIBAM-LOM Ed., 1998; "Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905), en *Cuadernos de Historia*, N°19, Santiago, diciembre de 1999; "Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907), en *Historia*, vol. 33, Santiago, 2000; entre otros.

²²⁷ Acá, por cierto, cabe hacer la objeción en base a la presencia fundamental del discurso obrerista en el Partido Comunista. Sin embargo, pese al discurso, en los hechos el espectro se abrió a sectores no obreristas.

Ideología contemporánea de Chile

El manifiesto de historiadores publicado en 1999, compilado por Sergio Grez y Gabriel Salazar, vino a remecer por algún tiempo el “repliegue” y la “dispersión” de la historiografía chilena. Esta instancia de unidad en contra de aquel discurso que emergía en la opinión pública y que mitificaba el rol jugado por Pinochet en la historia reciente del país, hacía reaparecer al enemigo común durante los ochenta, ahora caído preso en Inglaterra, y se volvían a agitar las aguas de la ‘paz neoliberal’. La debilidad performativa del llamado a la ‘reconciliación’ de comienzo de los ‘90, dio cuenta de que la sociedad chilena, entre ella los historiadores, se hallaba incluida en una memoria oficial que más que tener una visión absoluta y sesgada sobre los hechos, tenía múltiples. Esa desintegración de discursos y subjetividades, supuso a la sazón una dificultad a la opción de tender hacia una tradición historiográfica que disputara el mito del tránsito hacia el arribo de una alegría que nunca llegó y de una dictadura que más que terminar, cambió de forma.

En este contexto, se publican los dos primeros tomos de la *Historia Contemporánea de Chile*, de Julio Pinto y Gabriel Salazar. Su aparición abrió la puerta a pensar la historia como un problema constante que debía ser abordado colectivamente. Se trató de una obra que hizo un llamado urgente a la reflexión del “ciudadano corriente”, pues para entonces se reconoció, en la Introducción del primer tomo, que:

“La ciudadanía no se siente interpretada ni protegida por quienes, formalmente, la han estado dirigiendo desde hace algunas décadas. Necesita, por tanto, reflexionar. Evaluar críticamente los legados históricos y proyectar su propia seguridad de futuro. Necesita crecer como sujeto social y como actor histórico, que es lo mismo que crecer como ciudadano”²²⁸

Su mirada crítica buscó “ser una ayuda para pensarnos históricamente”, de asumir la reflexión histórica como un ejercicio auténticamente terapéutico, para luego “asumir la historia como sujetos de ella”, y no “como ciudadano-masa, ni fatigado ciudadano-elector”²²⁹. Pero la mirada

²²⁸ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, Tomo I, LOM, Santiago, 1999, p.9

²²⁹ *Ídem*.

aquí ofrecida dio cuenta de un discurso ideológico que cargaba con el recorrido de casi una década de transición de “posmodernidad liberal”²³⁰. Este quedaba de manifiesto, por ejemplo, en la manera en que se estructuraron los dos primeros tomos de este proyecto historiográfico. El primer volumen fue titulado *Estado, legitimidad, ciudadanía*. Este trató el análisis sobre la construcción del Estado en Chile, basado en la relación entre la sociedad civil y la “clase política”, y los modos como aquella “ha permanecido pasiva, o ha reaccionado como un frente opositor, contribuyendo a la desestabilización de las construcciones estatales”²³¹. Como se ha argumentado, esta distinción tiene su arraigo en la tradición liberal, e insiste en la idea de que la totalidad social se divide en un arriba, el Estado, el ámbito de rigor de la política, y un abajo, la Sociedad Civil, el espacio de la ciudadanía, de los (nuevos) movimientos sociales. El segundo volumen fue titulado *Actores, identidades y movimientos*, en el que se distinguió los “actores sociales” fundamentales, es decir, las “elites dirigentes”, “los grupos medios”, y “los sectores populares y étnicos”.

El volumen segundo estuvo dedicado exclusivamente al tema de «lo social». Su complejidad, para los autores, recaía en que casi todo acto que involucraba a personas tendía a desenvolverse dentro del amplio marco de «la sociedad», por lo cual se podía llegar a la incómoda conclusión de que todo era social: “lo político, lo institucional, lo económico y lo cultural; lo objetivo y lo subjetivo; lo individual y lo colectivo; lo público y lo privado; lo «trascendente» y lo cotidiano.”²³² Su análisis, no obstante, remitía “ineludiblemente al concepto de «actor social»”. Este se desechó definirlo según la perspectiva del liberalismo individualista, o desde el funcionalismo sociológico. Para los autores, lo que distinguía lo «específicamente» social de otras dimensiones del quehacer humano “es la existencia de identidades de carácter «intermedio», situadas entre la particularidad atomizada del individuo y la unidad «hegemonizadora» –y, a nuestro juicio, muchas veces forzada– de la sociedad”. Esas identidades intermedias entonces correspondían a actores colectivos que a partir de su interacción podían materializarse como:

²³⁰ Expresión extraída de GREZ, Sergio, “Historiografía y memoria: Algunas consideraciones a partir del Manifiesto de historiadores” en Bruno Groppo y Patricia Flier (compiladores), *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, La Plata, Ediciones Al Margen, 2001.

²³¹ SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio, *Op. cit.*, p. 10.

²³² *Ibid.*, p.7.

“«movimiento» social, ya sea para conservar un orden establecido e imponérselo a otros – formando «estructuras» de dominación o subordinación–, ya para resistirlo, hacerlo más tolerable, modificarlo, o destruirlo –configurando «rebeldías» o «transgresiones»–. Una buena historia social, a nuestro entender, debe dar cuenta tanto de la estructura como de la transgresión; de lo que tiende a la permanencia como lo que promueve el cambio.”²³³

Aquí se estableció que para el periodo republicano el “actor colectivo fundamental han sido agrupaciones que podríamos definir gruesamente como **clases sociales**”. No obstante, esta definición no suponía que “todos los fenómenos analizados puedan reducirse a una lógica «clasista»”. Pero en cuanto a las clases sociales, se caracterizarían y tematizarían:

“las tres grandes clases (o «mundos sociales») en las que generalmente se agrupa a nuestra sociedad: las elites o clases dirigentes, bajo las diversas nomenclaturas («aristocracia» «oligarquía» «burguesía») con que se las ha conocido; las muy nombradas pero también muy mal conocidas «clases medias»; y el complejo y vasto mundo de «lo popular», en el que confluyen actores «pre-modernos» como el campesinado tradicional con otros «transicionales» y modernos como el peonaje, el proletariado o los «pobres de la ciudad»”²³⁴.

Finalmente, se explicó que para este tomo no se considerarían los aspectos atravesados por criterios verticales (como la etnia, el género, la edad, etc.), pues buscaban privilegiar lo social, es decir, “los grupos «intermedios» y los cortes de sentido más bien «horizontal». Como en tantos otros aspectos, se trata básicamente de una cuestión de definiciones”²³⁵. Así, respecto a las posibles objeciones de esta definición de lo social, los autores concluyeron que “en las ciencias sociales como en casi todas las ramas del conocimiento, las demarcaciones son siempre más analíticas que «objetivas», más dictadas por el interés del observador que por la naturaleza del «objeto» estudiado.”²³⁶

Esta opción analítica de clases se desarrolló luego en este mismo volumen en la sección relativa al “Sujeto popular”, donde se utilizó el mismo criterio que Pinto ya había usado en el artículo

²³³ *Ibid.*, p. 8.

²³⁴ *Ídem.*

²³⁵ *Ibid.*, p. 11.

²³⁶ *Ídem.*

con el que abrimos este capítulo. Su concepto de lo popular, aquí y allá, se definió por los criterios de 'pobreza' y 'dominación'. Por un lado, al identificar al pueblo por su condición de pobreza, el autor hizo uso de un criterio "vertical" de estratificación social; y por el otro, al hablar de los sujetos populares bajo dominación, usó un criterio "horizontal" de análisis de clase. Se superpuso un criterio con otro, con lo cual se distanció de la "la gran batalla de paradigmas", y asumió más bien un "realismo pragmático"²³⁷. En definitiva *lo popular* surgió como el resultado 'sociológico' de la combinación de un criterio de clase y de estratificación. Con el análisis de clase, el resultado fue dicotómico, como en la tradición marxista clásica: clase dominante y clase dominada. Luego, al aplicar el criterio de estratificación, el resultado fue tricotómico: la clase dominante quedó como la elite, y la clase dominada se dividió en sectores medios (pobres) y sectores populares (más pobres). La cuestión que acá se plantea, sin embargo, es si acaso el concepto de lo popular puede ser identificado como resultado de un ejercicio sociológico, o si, en cambio, debe estar cruzado por criterios político-ideológicos ¿Son los más pobres entre los dominados la clase popular? ¿Es este criterio sociológico también ideológico?

A lo anterior, se le sumó también las preguntas respecto a la noción de "grupos intermedios". Acá se les identificó como el espacio intermedio entre lo universal y lo particular, lo cual puede ser leído como el espacio de la Sociedad Civil configurado entre el Estado (lógica hegemónica) y el Mercado (lógica individual). Pese a que no fue especificado, la relación de esta conceptualización del volumen II sobre lo "social" con el volumen I sobre "lo político", permite dar cuenta sobre el grado de coherencia interna que guardaban entre ellas. El volumen I escrito principalmente por Gabriel Salazar, desplegó su conocida conceptualización entre Estado y Sociedad Civil, lo cual, como hemos argumentado, cargaba con cierto grado de ascendencia liberal. Y el volumen II, como vimos, contenía una conceptualización diseñada por Julio Pinto en la que junto al análisis de estratificación agregó uno de clases, definido por la dominación (explotación) como condición de la identidad popular. De modo que surge la cuestión sobre el modo como fue posible combinar estas conceptualizaciones desde tradiciones distintas. Lo cierto es que aquí la salida consistió en determinar que la Sociedad Civil (lo social) estaba cruzada por un análisis tricotómico de clases, y que a su vez se hallaba

²³⁷ Véase WRIGHT, Erik Olin, "Comprender la clase, hacia un planteamiento analítico integrado", *New Left Review*, N°60, 2010.

en un espacio intermedio entre el Estado y el Mercado. Esto supuso, a la postre, que la definición de estas conceptualizaciones en base a ciertos criterios sociológicos terminó por neutralizar conceptos sociológicos pero de carácter más político como el de dominación y a reducir el concepto de 'sujeto popular', cuya amplitud política, en base a nuestra nomenclatura, no se limita necesariamente a su condición de pobreza²³⁸.

Estos criterios no son considerados en sí mismos "negativos", o bien, indicativos a priori de una posición liberal de quienes los usen. Tampoco se considera que el análisis marxista de clases por sí solo satisface todas las cuestiones sobre la categoría de lo social, mientras que los otros no. El punto aquí puede ser relacionado con parte de la discusión del Seminario sobre la historia de Chile realizado a mediados de los ochenta. Se trató de la cuestión sobre la pertinencia de rescatar un 'marxismo mínimo' para analizar la sociedad chilena, que, como se definió, suponía una 'voluntad' transformadora que motivaba su análisis, o bien, desechar esta perspectiva por completo. El libro sobre la historia contemporánea de Chile entonces deja entrever el estado de la cuestión ideológica de la historiografía a fines de los '90. Su opción por ciertos criterios, relegando el marxista, fue indicio de la posición no sólo epistemológica sino ideológica en la que se encontraban los autores. Optar por esos criterios significó cerrar la posibilidad de "enfrentar" académicamente la 'paz neoliberal' con la voluntad transformadora que un análisis marxista de clases suponía. Voluntariamente o no, su exclusión era, ahora sí, indicativo de la penetración de una perspectiva liberal, que en el caso de Salazar adquirió una innovadora configuración. Y así se sostuvo. Esta opción se trató de una "cuestión de definiciones" y de una "demarcación analítica" que hablaba más del interés del observador que del objeto de estudio. Su interés asumió elementos de la matriz liberal, y dejó afuera elementos de la matriz marxista. Naturalmente lo que esto supuso fue una respuesta retroactiva a la pregunta que hace casi 15 años atrás durante la dictadura se formuló: ¿Tiene sentido ser marxista todavía? Mientras la respuesta durante los sesenta y setenta fue que era políticamente correcto ser partidario de un marxismo revolucionario, en cambio durante los ochenta, en plena dictadura, la respuesta fue que era deseable sostener un "marxismo mínimo". Ahora, en los noventa, durante los tiempos de la paz neoliberal, la respuesta se hallaba en una "cuestión de definiciones".

²³⁸ Especial relevancia tiene este punto, si se considera que luego, para el 2011, la más grande movilización social desde el fin de la dictadura fue realizada por estudiantes universitarios que no estaban marcados necesariamente por el signo de la pobreza.

Proyectos populares

Como hemos visto, durante este periodo el concepto de movimiento popular no tuvo más claridad que la existente en el periodo anterior durante los ochenta. Se hallaron de diversas formas entremezcladas distinciones conceptuales que se acercaron y alejaron de la tradición liberal, o bien, conservaron o renovaron las planteadas desde la tradición marxista. Esto se reflejó en el hecho de que el fenómeno por un lado se amplió a todas las acciones que desde el seno de los sectores populares se producían, o bien, en contraposición a esta visión, se restringió a las acciones desde el sector popular guiadas por móviles políticos, es decir, con proyección discursiva, pero sin distinguir conceptualmente las diferentes intensidades políticas en las que se dio el movimiento popular durante el periodo republicano.

En 2002, se celebró un Seminario cuyo tema giró en torno a los “proyectos nacionales” durante el siglo XIX, y cuyas intervenciones luego se publicaron compiladas en el libro *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*. Su contenido puede ayudar entonces a refinar aquellas conceptualizaciones.

En este libro destacó el artículo “En torno a la noción de Proyecto Popular en Chile” de la historiadora María Angélica Illanes. Su importancia radicó en la propuesta conceptual de “lo popular” que aquí planteó. Argumentó que “el concepto de lo popular o sectores populares surge, especialmente en América Latina en la década del 70 y 80, para dar cuenta de una realidad más amplia, diversa, compleja, histórica, respecto del concepto de “clase””. Así, lo popular es “un concepto que abre dicha exclusividad de clase y dicho proceso restringido de adquisición de “conciencia para sí”²³⁹. Por ello, para el caso latinoamericano hablar de lo popular, “implica hablar, en primer lugar, de esta *dialéctica de la conquista y la resistencia*, expresada especialmente y en una acepción amplia, a través de lo cultural”²⁴⁰. Dado que estos sectores populares han sido “culturalmente configurados” es que presentan una condición multifacética. En términos históricos, sostiene la autora, “dicha dialéctica de la conquista y la resistencia se expresa a través de un largo proceso que podríamos identificar como el

²³⁹ ILLANES, María A., “En torno a la noción de Proyecto popular en Chile”, en LOYOLA, Manuel y GREZ, Sergio (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, p. 96.

²⁴⁰ *Ibíd.*, p. 97.

fenómeno de *proletarización* histórica (incluyendo sus estados intermedios, tales como “estar en vías de ser proletarizados” o “estar amenazados de proletarización”, así como sus actos de defensa y resistencia anti-proletarización)”²⁴¹.

En este sentido, el proyecto popular ha pasado por diferentes etapas históricas, por lo cual no puede fijarse con precisión un contenido único²⁴². Pero, *grosso modo*, este tuvo dos dimensiones. La primera se expresó “como la lucha por impedir su proletarización económico social (evitar la pérdida de sus medios de producción tradicionales) a través de la puesta en circulación de un habla crítica y como acción concertada en tanto movimiento de resistencia”. Y la segunda se dio “en el momento ya ineludible de la proletarización, como el proyecto de lucha por el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y de vida.”²⁴³

Sergio Grez, por su parte, expuso en esta ocasión el artículo “El Proyecto Popular en el siglo XIX”. En este, además de exponer las características del movimiento popular protagonizado durante el siglo XIX por el artesanado urbano, afirmó que lo popular suponía diversidad, por lo “que no se restringe a un estricto campo clasista como lo planteó determinada teoría política o cierta historiografía”²⁴⁴, o sea, es “un sujeto mucho más vasto, diverso y polifacético, que no se constituye de una vez por todas, sino que está en continuo cambio”²⁴⁵. Así, planteó que “durante el siglo XIX hubo un movimiento popular, que se fue gestando lentamente desde las primeras décadas republicanas y que adquirió mayor fuerza durante la segunda mitad del siglo”²⁴⁶.

Este movimiento, según el autor, estuvo constituido por 5 elementos fundamentales. El primer elemento hacía referencia a sus “reivindicaciones comunes”. La de tipo económica consistió en una demanda por la protección de la industria nacional, y la de tipo política, en una reforma o abolición del servicio de Guardia Nacional. El segundo elemento fue la existencia de una “base social”, que estuvo constituida por el artesanado urbano y gremios obreros calificados. El

²⁴¹ *Ibid.*

²⁴² *Ibid.*, p. 103.

²⁴³ *Ibid.*

²⁴⁴ GREZ, Sergio, “El proyecto popular en el siglo XIX”, en LOYOLA, Manuel y GREZ, Sergio (compiladores), *op.cit.*, p. 107.

²⁴⁵ *Ibid.*

²⁴⁶ *Ibid.*, p. 108.

tercero elemento trató de la presencia de “organizaciones”, que en este caso fueron las sociedades de socorros mutuos. El cuarto, hizo referencia a un elemento de tipo ideológico, es decir, a la existencia clave de un ethos que estuvo representado en el proyecto de la ‘regeneración del pueblo’, de modernidad ilustrada. Finalmente, la quinta característica fue que su “expresión política” estuvo representada en un liberalismo popular.²⁴⁷

En definitiva, para este autor, lo popular del proyecto “reside en el *ethos* colectivo del movimiento”²⁴⁸, se trata de un proyecto de “modernidad ilustrada popular”, en el que también existió una aspiración genérica de “justicia social”. Dicho de otra forma:

“la gran aspiración política de este proyecto consistía en lograr que el sistema político fuera democrático, o más bien dicho: en convertir el régimen político liberal en régimen político democrático, a través del reemplazo del sufragio censitario por el sufragio universal y mediante una serie de reformas tendientes a democratizar el aparato de Estado y distintos aspectos de la vida social y política nacional.”²⁴⁹

Otro de los expositores en esta ocasión fue Gabriel Salazar, quien presentó el artículo “Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo XIX”. En este, en clara divergencia a la intervención de Sergio Grez, sostuvo que los sujetos marginales, aunque no son dominantes ni tienen discurso ni Estado, han tenido y tienen sin embargo “vida social y cultural”, la cual configuraría una identidad, una rebeldía, y por tanto, memoria, movimiento e historia. Por esto, a pesar de ser los explotados y los derrotados, económica, política y militarmente, tienen un proyecto histórico de vida, no como discurso político legitimador de dominación, sino como una rebeldía en base a un poder social y cultural ‘agazapado’²⁵⁰.

En consecuencia, lo que este autor planteó siguió la misma línea de *Labradores, Peones y Proletarios* en 1985. Se trataba de aquella imagen del mundo popular que Julio Pinto, como vimos, planteó que estaba representada en la “barbarie”, cuya praxis pese a no tener un “proyecto” contenía uno en sí misma.

²⁴⁷ *Ibid.*, pp. 108-110.

²⁴⁸ *Ibid.*, p. 110.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 111.

²⁵⁰ SALAZAR, Gabriel, “Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo XIX” en LOYOLA, Manuel y GREZ, Sergio (compiladores), *op.cit.*, pp.155-164.

Como se ve, la perspectiva de la nueva historia nacida en los difíciles años durante la dictadura, más de dos década después, como historia social popular, siguió cruzada por tensiones internas, una de las cuales consistió en diferencias conceptuales que más que matices supusieron formas de interpretación que hacían imposible consensuar una respuesta ante la pregunta histórica por la existencia y características de los movimientos populares. Para entonces, aún no había sido posible desde la historia responder con cierto grado de coherencia a la pregunta ¿qué era un movimiento popular?, y ¿cuándo sucedió en la historia de Chile?

En este sentido, el artículo de Mario Garcés *Movimientos sociales populares en el siglo XX. Balances y perspectivas* (2004), propuso establecer a partir de la constatación de tres problemas respecto a la definición de los movimientos sociales populares, una hoja de ruta para la historiografía. Así, el primer problema, era sobre “su constitución, formas de organización, demandas y estrategias predominantes”. El segundo problema consistió en determinar “los modos en que los movimientos se han relacionado con la política, sus propias nociones de esta, así como sus aportes y límites a los procesos de democratización que recorren el siglo XX chileno interrumpidos en 1973”. Y, finalmente, el tercer problema era “sobre los cambios producidos en el campo popular en el contexto de la dictadura, y cómo desde los ‘territorios’ populares los grupos de base se reorganizaron hasta desestabilizar suficientemente a la dictadura en 80’ y preparar condiciones para el retorno de la democracia”²⁵¹.

En definitiva, como plantea Pablo Artaza, existió en la historia social popular durante este periodo una tendencia a orientarse “autoralmente” más que como corriente disciplinaria²⁵². De modo que, al menos en cuanto a la historia de los movimientos populares, la respuesta a los problemas que fijara Garcés, no sería una, sino que cambiaría de autor en autor. Se trataba, de manera implícita, de un proceso de privatización paralelo al recorrido en la historia reciente del país a través del transcurso de la paz neoliberal. La paz estaba instalada en la historiografía, lo cual se reflejó en la evidente fragmentación de la producción historiográfica de izquierda. Se perdió así uno de los componentes constitutivos de la disciplina histórica, cual es, su construcción colectiva. Todo esto estuvo profundizado por una falta de debate interno, lo cual,

²⁵¹ GARCÉS, Mario, “Movimiento sociales populares en el siglo XX. Balances y perspectivas”, en *Política* N° 43, primavera 2004, pp. 13-33.

²⁵² ARTAZA, Pablo, *op. cit.*, p.9.

permitiendo una excesiva apertura disciplinaria, devino en el desvanecimiento de esta corriente antes de su consolidación²⁵³.

²⁵³ *Ídem.*

IV. LA HISTORIA SOCIAL 'CON LA POLÍTICA INCLUIDA' (2005-2013)

“La historia es una forma dentro de la cual luchamos y muchos han luchado antes que nosotros.
No estamos solos cuando luchamos allí.
Porque el pasado no está sencillamente muerto, inerte, ni es confinante;
lleva también signos y evidencias de recursos creativos
que pueden sostener el presente y prefigurar posibilidad”
E.P. THOMPSON²⁵⁴.

Lo político y lo social

La innovación historiográfica realizada por Gabriel Salazar en *Labradores, peones y proletarios* es problematizada 20 años después por Sergio Grez a través del artículo “Escribir la historia de los sectores populares, ¿con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social” (2005). En este artículo el autor emprendió una crítica contra el planteamiento de Salazar sobre el sujeto popular ‘en tanto que tal’, al excluir “la dimensión política del accionar histórico del mundo popular”²⁵⁵.

Esta exclusión –sostuvo Grez– se explica en que la salida que propone a su crítica a la historiografía marxista clásica, es una fundada en una concepción de *la política* “circunscrita a las leyes, decretos, disposiciones administrativas, cavilaciones y medidas de todo tipo adoptadas por las clases dirigentes para contener, controlar y dominar al “bajo pueblo””²⁵⁶, es decir, la concibe referida a lo meramente institucional. Grez parte estableciendo entonces una

²⁵⁴ En SAMUEL, Raphael, *Historia popular y teoría socialista*. Ed. Crítica, Barcelona, 1984.

²⁵⁵ GREZ, Sergio, “Escribir la historia de los sectores populares, ¿con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social”, en *Política*, Volumen 44, otoño 2005, p. 22.

²⁵⁶ *Ibid.*, p. 23.

distancia con este tipo de reducción conceptual que, según la concepción propuesta en este trabajo, es típica de la concepción *liberal* de lo político. En este sentido, sostiene Grez:

“la resistencia popular a la proletarización y a la subordinación se expresan en esta obra [la de Salazar] bajo las formas de “rebeldías primitivas” (como la huida, el nomadismo, el bandidaje, la “cangalla” minera, los desacatos individuales, etc.) o mediante el desarrollo de la “empresarialidad” popular (en la agricultura, la minería, el comercio y las artesanías”²⁵⁷.

Por tanto, Salazar –sostiene Grez– no consideraría necesario incluir en el análisis de este sujeto popular el aspecto *político* –entendido en sentido liberal–, pues asume que su forma de vida y praxis social basada, como hemos visto, en una “identidad solidaria” constituye en sí mismo un *proyecto histórico* que no siendo político tiene relevancia “social”. La crítica de Grez, por tanto, se sostuvo sobre un modo particular de entender *lo político* y *la política*, y que se oponía a la visión de Salazar. Grez, reconociendo el aporte historiográfico de Salazar al rescatar de la invisibilidad al peonaje durante siglo XIX, cuestionó si acaso aquellos “proyectos individuales de vida, la camaradería y la rebeldía peonal [...] constituyen por sí solas expresiones políticas”²⁵⁸. De modo que el fundamento de esta crítica, en última instancia, fue una de tipo conceptual. En otras palabras, el propósito de Grez –a nuestro juicio– no fue poner en cuestión los aspectos factuales de la obra de Salazar, sino más bien disputar su particular interpretación sobre los hechos. En definitiva, fue una disputa por la apropiación del *uso* del concepto de «*lo político*» y «*lo social*»: mirando lo mismo, veían cosas distintas. Su relevancia sobrepasaba los intereses disciplinarios, pues fue una disputa eminentemente ideológica. Se trataba de la cuestión sobre las propiedades de la praxis popular, o bien, sobre el concepto de movimiento popular y su proyección política.

El autor, luego, sostuvo que su apuesta en *De la regeneración del pueblo a la huelga general* (1997; 2007) tuvo por objeto la de realizar un estudio de los sectores populares desde la perspectiva de una historia social pero con ‘la política incluida’. Esta exigía:

²⁵⁷ *Ídem.*

²⁵⁸ *Ídem.*

“privilegiar otros actores, sujetos con capacidad para proyectarse más o menos conscientemente en el plano de la defensa de sus intereses y entrar organizadamente en el juego de las relaciones de poder. O, en su defecto, seguir investigando el devenir de vastos ramales del peonaje hasta su transformación en proletariado y con ello la reconfiguración de sus identidades y su proceso de politización e incorporación a la luchas políticas”²⁵⁹

Esta perspectiva, por tanto, centraría su mirada no sólo en la constitución estructural de los sectores populares, sino también en su “praxis asociativa, reivindicativa y política”, es decir, dando cuenta “de la relación compleja y dinámica entre lo político (y la política) y lo social, considerando no sólo los “desencuentros” entre la política y lo social que son frecuentes en el mundo popular, sino también, y muy especialmente, las relaciones entre lo social y la política”²⁶⁰.

Su supuesto teórico y metodológico, entonces, consistió en rechazar “*la dicotomía maniquea de lo social versus lo político* (o la política), así como la tentación de buscar refugio en el terreno supuestamente immaculado de lo social popular”²⁶¹. Nótese aquí cómo el autor acusa aquella dicotomía de origen liberal entre lo político y lo social, como dos ámbitos autónomos. Por el contrario, su objeto es poder realizar una historia social que asista al encuentro con su dimensión política, y que se encargue de “descubrir las *condicionantes* de la política por lo social y, a la vez, desentrañar las influencias de la política sobre lo social”²⁶². Por ello, su historia sobre los movimientos populares:

“comprende tanto sus movimientos reivindicativos económicos, las formas de asociatividad popular, el *ethos colectivo*, la lenta configuración de las identidades populares movimientistas, pero también la participación de los trabajadores en política (clubes, partidos, asambleas, elecciones, guerras civiles, etc.) y la imbricación entre lo social reivindicativo y la política (como, por ejemplo, aquellas reivindicaciones que incidieron directamente en la formación

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 24.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 25.

²⁶¹ *Ídem.*

²⁶² *Ídem.*

de representaciones o vanguardias políticas: Partido Democrático, Partido Obrero Socialista y otros”²⁶³.

En definitiva, se trata de un estudio para el cual es esencial considerar “la forma como las ideologías políticas pesaron en la constitución de identidades sociales y políticas populares (artesanales y obreras) que modelaron y reformaron las identidades “naturales” [...] que existían en la sociedad popular”²⁶⁴.

Para sostener este planteamiento Grez realizó, en primer lugar, la exposición de una conceptualización, y en segundo lugar, una caracterización. Se podría decir que, en parte, no existió una suficiente conexión entre aquella exposición y aquella caracterización, lo cual podría explicar la razón por la que este escrito recibió críticas completamente dispares unas de otras²⁶⁵. Así, por ejemplo, Manuel Bastías tomando la conceptualización expuesta por Grez de ‘la política’ como una “actividad específica y –aparentemente– bien delimitada”²⁶⁶, asumió que para este autor ‘la política’ no sería más que “los partidos políticos, los sindicatos, las mutuales”, los cuales el “bajo pueblo” organizado ocuparía como “esfera de mediación entre el Estado y el pueblo”. Bajo su comprensión, lo que el autor afirma es que la única manifestación histórica política que puede tener la “vida social” se da a través de su ingreso en “el juego político”, es decir, en el Estado. Luego, desde los planteamientos de Jürgen Habermas sobre la concepción liberal y republicana de la política, identifica que aquella concepción liberal, que tiene una concepción reduccionista de la política al tomar el Estado como un elemento central, es finalmente la concepción con la que Grez critica a Salazar²⁶⁷. Sin embargo, esta conclusión es ininteligible en tanto Grez en su texto insiste en criticar y evitar caer en aquella concepción liberal reduccionista que expone Bastías, cuestión que se confirma al afirmar que:

“La política no queda entonces relegada al “tiempo corto” ni a la lucha de partidos, sino a la larga gestación de cultura política de los trabajadores, producto no tanto de las ideologías

²⁶³ *Ibid.*, p. 25.

²⁶⁴ *Ibid.*, p. 25-26.

²⁶⁵ Para la exposición de las críticas, véase QUIROGA, Pamela, “Nueva historia social y proyecto popular en Chile”, en Revista *Analecta* año III N° 3, segundo semestre 2009.

²⁶⁶ *Ibid.*, p. 24.

²⁶⁷ BASTÍAS, Manuel, “Historiografía social y política. Algunos comentarios críticos”, en *Proposiciones* N°36, 2007. pp. 19-21.

aportadas “desde afuera” por las vanguardias, sino de las *experiencias* de los actores sociales”²⁶⁸.

En línea con lo anterior, Grez sostiene además que ‘la política’:

“se relaciona estrechamente con lo social (y lo económico) ya que los cambios en la adscripción política de los sectores populares aparecen vinculados a las mutaciones económicas (desarrollo del capitalismo y de la industria), a la llegada de las ideologías de redención social (socialismo y anarquismo) y a la acumulación de *experiencias* sociales y políticas del mundo popular”²⁶⁹.

Por tanto, con su propuesta de hacer ‘historia social con la política incluida’ pretende “buscar los nexos entre la estructura y la cultura para tratar de comprender la naturaleza de los actores sociales en términos de procesos de larga duración de acumulación de experiencias y construcción de tradiciones”²⁷⁰. De ahí que la suya se trate “de una historia desde abajo y desde arriba”, para lo cual cree necesario “superar la dicotomía de *lo social versus lo político*” y así “poder aprehender de manera más nítida la formación de los sujetos histórico populares”. Finalmente, y reforzando su distancia hacia una concepción liberal, concluye:

“La política no es sólo ni principalmente el terreno contaminado por las influencias de la elite y del Estado; la política es por antonomasia un campo privilegiado de decantación y defensa de los intereses de las clases y grupos sociales”²⁷¹.

La innovación de Grez de incluir “la política” en el análisis de la historia social, supuso un quiebre fundamental en esta corriente, pues buscó superar aquella distinción “maniquea” entre “lo social” y “lo político” que descansaba en los fundamentos de la tradición liberal, y que Salazar reutilizó durante los ochenta en respuesta a su distancia de la tradición marxista, y a

²⁶⁸ GREZ, Sergio, “Escribir la historia...” *op.cit.*, p. 27.

²⁶⁹ *Ibid.*, p. 27.

²⁷⁰ *Ídem.*

²⁷¹ *Ibid.*, p. 28.

partir de lo cual planteó su camino “transliberal”²⁷² de análisis historiográfico. Esta divergencia se transformó en una disputa historiográfica que supuso un hito en la evolución de la historia social popular, pues puso en cuestión los fundamentos conceptuales en los que venía descansando desde los ochenta. Este cuestionamiento tenía alcances prácticos, pues derivaba de la forma en que los historiadores entendían “la política” y “lo político”. Y así se constató en las entrevistas que Pablo Aravena realizó a estos autores entre los años 2006-2007.

En la entrevista realizada a Grez, este autor plantea, en la misma línea que en su obra principal de 1997, que sólo puede hablarse que existe un movimiento popular cuando es constatable un proyecto que le dé perspectiva política. Hay movimiento “cuando existen ciertos elementos de conciencia o identidad de conglomerados sociales que se proyectan a través de una acción más o menos sistemática, organizada y consciente en pro de la consecución de ciertos objetivos, y esto implica un proyecto, aunque no esté escrito”²⁷³. “Lo político”, entonces, acá aparece configurando a ese proyecto en tanto se propone “cuestionar las bases del sistema de dominación y no solamente sus expresiones inmediatas”. Esto supone que los comportamientos como meras “transgresiones” o “rebeldías primarias” (como la *luddista*, el nomadismo, la delincuencia, etc.), “no contienen elementos que permitan hablar de la existencia de un movimiento con proyecciones de emancipación”. Por esta razón, para Grez estas se tratarían de “formar pre-políticas de descontento social”²⁷⁴. De lo contrario, “si toda acción de resistencia, incluso no pensada, ni conceptualizada, ni sistematizada, espontánea, constituye un movimiento, ¿entonces el movimiento popular ha existido siempre!”²⁷⁵. Tomar por verdadera la afirmación contenida en esta última exclamación, supondría no sólo un “error historiográfico” sino también “algo políticamente estéril”, pues “reduce la posibilidad de ocasionar algún daño estratégico a los intereses de la clase dominante a algo bien remoto”. En definitiva, los sectores populares que actúan bajo esta lógica, “no constituyen una amenaza sustantiva para el sistema y, en última instancia, permiten su reproducción”.²⁷⁶

²⁷² Este planteamiento será abordado en este mismo capítulo en la sección subsiguiente. Nótese, por ahora, la compleja ambigüedad del prefijo trans- que acompaña al término –liberal, pues, este puede significar tanto “más allá de” como “a través de”.

²⁷³ ARAVENA, Pablo, “Historiografía, ciudadanía y política. Conversación con Sergio Grez Toso”, en *Recursos del relato. Conversaciones sobre filosofía de la historia y teoría historiográfica*, Colección Teoría, Santiago, 2008, p. 190.

²⁷⁴ *Ibid.*, pp. 193-194.

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 189.

²⁷⁶ *Ibid.*, p. 191.

En consecuencia, a la pregunta de si es posible determinar que en la actualidad exista un movimiento popular en Chile, Grez afirmó que para que pudiera darse cuenta de su existencia, “no sólo se necesitan transgresiones parciales, por muy numerosas que éstas sean”. Consideró que “también es necesario que exista un proyecto que, más que expresarse en un programa, esté dando cuenta de la existencia de un *ethos* colectivo”. A su parecer, entonces, se pudo registrar desde mediados del siglo XIX un movimiento que “se encarnó en la idea de la «regeneración del pueblo»” y que, desde mediados del siglo XX, “se radicalizó y se transformó en el proyecto de «emancipación de los trabajadores», que animó al movimiento obrero y popular hasta el Golpe de Estado de 1973, o tal vez hasta 1990”²⁷⁷.

Sin embargo, la pregunta del cuándo y cómo del movimiento popular es efectivamente polémica. Pues, para este autor, en el presente no es posible determinar con total certeza “si los distintos movimientos que actualmente se oponen al modelo neoliberal sean portadores de un *ethos* colectivo claramente compartido por sus integrantes, que pueda permitirnos hablar de la existencia de un movimiento popular”. De modo que las distintas respuestas que la historiografía pueda dar sobre la existencia del movimiento popular “se perfilan por las concepciones que los distintos historiadores tenemos de la política”. A su juicio, “la política es en esencia [...] la acción concertada de los hombres y mujeres por el poder (su conquista, ejercicio y mantención)”. Lo cual “no tiene que ver solamente con la organización que ciertos grupos humanos puedan darse, en este caso los sectores populares, para dirigirse al poder del Estado”, pues, “ésta es sólo una de las formas de la política, porque los sectores populares pueden reivindicar también frente a otros actores sociales.”²⁷⁸

Salazar afirma, a través de la entrevista realizada por Aravena, que la crítica a su planteamiento que Grez sostiene en su artículo *Escribir la historia de los sectores populares*, está basada en una equivocada comprensión del concepto de “la política”, pues Grez la entiende como puesta “frente al Estado”. Así, según Salazar, este autor la definiría “como una relación entre organizaciones sociales frente al Estado”, por lo cual adquiere centralidad “el problema del partido, o de un movimiento organizado frente al Estado”. Esto implicaría aceptar inmediatamente la cuestión de los modos de entrar en él, “aceptando la legalidad y desde

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 194.

²⁷⁸ *Ibid.*, p. 195.

dentro comenzamos a cambiarlo, o bien planteamos el asalto al Estado para tener posibilidades de que se abra”²⁷⁹. Salazar, en cambio, plantea que “la política empieza antes que la organización frente al Estado”. Su punto esencial radica en que la política “va por dentro de uno, que tiene que ver con las relaciones conmigo mismo, o con mis humores, o con las personas que me rodean”. La revolución, por tanto, “comienza cuando tú, tú mismo, te reconstituyes como ser social, ahí está la verdadera revolución, y eso es política también”. Su interés en la política, sostiene, “es reconstruir el poder social, no importa tanto el Estado”, pues de ese modo “yo estoy construyendo sociedad, y el verdadero objetivos de toda política es construir una sociedad”, que sirva como experiencia prefiguradora de la nueva sociedad, una vez destruido el Estado. Su llamado entonces es:

“reconstituyámonos como rebeldes, pongámonos de acuerdo los rebeldes, arreglemos las cuentas con la memoria, busquemos consenso, formas asociativas, levantemos movimiento y después pensemos en el Estado, porque el Estado va a estar ahí todo el tiempo y se sabe que nos va a reprimir, entonces primero reconstituyamos la fuerza con la cual vamos a arreglar el Estado, pero tiene que ser una fuerza consistente, no una organización política que tiene predefinido todo, que le dice a la gente: «ésta son las directivas, los instructivos de la comisión política, aquí por disciplina obedezca»”²⁸⁰

La crítica que aquí se puede plantear, es que la única forma de hacer inteligible la propuesta de Salazar, es asumiendo una distinción propiamente liberal como la de Estado y Sociedad Civil. Plantear la posibilidad de que se pueda “construir” la sociedad en paralelo al Estado, es asumir que se trata de campos cuya relación entre sí es débil, o bien, que el campo de “lo social” tiene una alta capacidad de despliegue autónomo, lo que lo hace capaz de prescindir del Estado, en tanto se trata de un ámbito delimitado en el que reside “la política de los partidos”. Este planteamiento, como se advierte, se desenvuelve en los mismos límites del discurso liberal, pero en signo opuesto, es decir, se sostiene en la idea de que los individuos en la Sociedad Civil tienden más a la práctica solidaria que competitiva, lo cual, como hemos visto, es el principio en el que Salazar hace descansar su interpretación histórica sobre el “sujeto popular”.

²⁷⁹ ARAVENA, Pablo, “El historiador y objeto. Conversación con Gabriel Salazar”, *op.cit.*, pp.168-169.

²⁸⁰ *Ibid.*, pp. 170-172

El despunte de la primavera

El 17 de septiembre de 2005, el entonces Presidente de la República, Ricardo Lagos, militante del Partido Socialista, concluyó su discurso afirmando: “Hoy, hoy despunta la primavera”. Se trató del discurso para el acto de la firma de las reformas constitucionales a la Constitución Política de 1980. La constitución elaborada durante la dictadura dejaba de tener la firma de Augusto Pinochet, y pasó a tener la de Lagos. Se asumió, por tanto, que se trataba de una nueva Constitución, ya no autoritaria, sino auténticamente democrática. Así, se afirmó:

“Chile cuenta desde hoy con una Constitución que ya no nos divide, sino que es un piso institucional compartido, desde el cual podemos continuar avanzando por el camino del perfeccionamiento de nuestra democracia. Nuestra Constitución no es más un dique en la vida nacional, la vida nacional puede fluir ahora como un río por este cauce institucional”²⁸¹.

Se insistió en que este hito en la vida política de Chile permitía tener “una patria más grande, más unida, más prestigiosa, reconocida en el mundo”. Pues, con esta “nueva” constitución la “patria” terminaba de “reencontrarse con su tradición histórica, donde todos sus hijos pueden abrazarse, donde todos podemos mirarnos a los ojos con respeto; sin privilegios inaceptables, sin subordinaciones indignas, sin exclusiones vergonzantes”.

En esta ocasión, Lagos finalizó afirmando que ese día era un momento trascendental para todos los chilenos, pero sobre todo para los jóvenes y niños:

“porque ellos están llamados también a la tarea de perfeccionar nuestra democracia, ampliar nuestras libertades, elevar los niveles de justicia social, hacer de Chile un país cada vez más grande, como lo soñaron los padres de la Patria, respetado por las virtudes y por la buena vida de sus habitantes.”²⁸²

²⁸¹ LAGOS, Ricardo, “Discurso del Presidente de la República en Firma de la Constitución Política del 2005”, Santiago, 17 de noviembre de 2005. Consultado en <http://www.fdd.cl/archivo-historico>, el 5 de diciembre de 2013, p. 3.

²⁸² *Ídem*.

En cierto modo, esta última afirmación anticipó lo que ocurriría el año siguiente con la emergencia inesperada de un movimiento estudiantil llamado la “revolución pingüina”. Estudiantes secundarios, principalmente, salieron a las calles en defensa de la educación pública, respondiendo, paradójicamente, al “llamado” que el ex presidente les hiciera de “perfeccionar” la democracia chilena. Nadie esperó que la respuesta fuera tan pronta, un año después del “despunte de la primavera”. El discurso de Lagos insistió en la idea de que con la “nueva” constitución, ya no habría “privilegios inaceptables”, “subordinaciones indignas”, ni “exclusiones vergonzantes”, sin embargo, los estudiantes parecían demostrar lo contrario. La configuración del sistema educativo segregado en instituciones públicas y privadas, daba cuenta de que los “sin privilegios”, los “subordinados” y los “excluidos”, seguían existiendo, y ahora reclamaban tener garantizada una educación digna. “No a la LOCE”, fue el eslogan que movilizó a los estudiantes, quienes lograron identificar en aquella ley dictada a fines de la dictadura, el contenido antidemocrático de su espíritu, que pese a su posterior intento de modificación a través de la promulgación de la LGE, se mantuvo intacto. El mismo espíritu antidemocrático persistió también en la Constitución del 2005. Los cauces institucionales, ahora reformados, tampoco surtieron efectos, y el movimiento estudiantil en ciernes pero creciente, fue visto como un fenómeno “social” pero no político. La política, se dijo, habita en el Estado y no en las calles. Se mantuvo intacto el espíritu de la dictadura al interior de la ‘democracia protegida’, y el despunte de la primavera no llegó. Aún faltaba tiempo.

El despertar de la sociedad civil

La emergencia del masivo movimiento estudiantil durante el 2011 no sólo supuso una reactivación de la opinión pública sobre el tema de la educación, sino una reactivación de la producción historiográfica sobre la cuestión de los movimientos sociales. Aquel año estuvo marcado por múltiples marchas que llegaron a convocar, como el día 30 de junio, más de cuatrocientas mil personas en todo el país. Se trataba de un movimiento social que denunciaba una realidad educacional que contaba con uno de los sistemas educacionales más privatizados y segmentados del mundo. La demanda principal hacia el Estado fue que se garantizara la educación como un derecho social y no como un bien de consumo, y que, en consecuencia, fuera gratuita y de calidad en todos sus niveles y para todos los estudiantes. Se trataba de una

demanda que luego de casi 25 años de 'paz neoliberal', parecía inverosímil, pero que con el correr de los meses contó, según rezaron las encuestas, con el respaldo de la mayoría del país (75%), las cuales al mismo tiempo expresaron un porcentaje mínimo de aprobación ciudadana hacia el Presidente (25%) y una alta desaprobación de la gestión gubernamental (70%)²⁸³.

Mario Garcés el año siguiente publicó *El despertar de la sociedad*, libro relativo a los movimientos sociales en América Latina y Chile. En este sostuvo que la envergadura del movimiento estudiantil supuso la entrada de un nuevo concepto en "el espacio público, en la televisión, en los diarios y en expresiones de muchos dirigentes sociales y políticos: se comenzó a hablar entonces, de "el movimiento social"²⁸⁴. Por su nivel de expansión, consideró que el movimiento social tuvo dos vertientes: el movimiento social en sentido estricto, relativo a la "acción colectiva" de los estudiantes; y el movimiento social en sentido amplio, referente al apoyo dado a los estudiantes desde la sociedad.

Afirmó, luego, que el concepto de movimiento social históricamente durante el siglo XX se le identificó con el "movimiento obrero". Pero con la aparición de otros movimientos "como los estudiantes de "mayo del 68" en Europa o los movimientos luchaban en contra de Vietnam o por los derechos civiles en los Estados Unidos", y, después en Chile con "los movimientos de Derechos Humanos, los movimientos de mujeres, los movimientos juveniles o los ecologistas" la asociación entre lo social y lo obrero se rompió completamente.²⁸⁵

En consecuencia, para este autor, un movimiento social:

"es siempre una acción colectiva que se constituye desde la sociedad civil, o desde lo social, para hacer visible el malestar y diversas demandas al Estado y sus instituciones y representantes, o a un oponente en la propia sociedad civil (los patrones, por ejemplo en el caso del sindicalismo)."²⁸⁶

²⁸³ Encuesta Adimark, *Evaluación Gestión de Gobierno, Informe mensual*, septiembre 2011. Consultado en http://www.proyectamerica.cl/adjuntos/ima_237.pdf, el 05 de diciembre de 2013.

²⁸⁴ GARCÉS, Mario, *El despertar de la sociedad. Movimientos sociales en América Latina y Chile*, Lom, Santiago, 2012, p. 8.

²⁸⁵ *Ibid.*, p. 9.

²⁸⁶ *Ibid.*, p. 10.

Apuntó, además, que la emergencia pública de los movimientos sociales se explica no por la temporalidad de “la actividad política”, regulada por las coyunturas electorales o ciertos ritos institucionales, sino que por *su propia temporalidad*, relacionada con el carácter y la naturaleza de sus demandas²⁸⁷.

Ahora bien, aquella asociación entre movimiento obrero y movimiento social, durante los años setenta en Chile, “daba cuenta del peso de la izquierda política chilena y de su adhesión al marxismo como teoría social”, debido a lo cual el “movimiento social” tuvo una raíz clasista, que lo vinculaba a las contradicciones económicas y sociales que estaban en la base del capitalismo. Pero para entonces existían ya otros movimientos sociales, de estudiantes, campesinos, pobladores, frente a lo cual –como revisamos en el capítulo I de este trabajo– la izquierda tuvo que hacer algunos ajustes teóricos que hicieran calzar tales manifestaciones a su marxismo disponible. Uno de ellos fue dar uso a la noción más amplia de “Movimiento Popular”, que se entendió “como la suma o la confluencia de diversos movimientos de origen popular y que compartían un ideario de transformación socialista de las sociedades latinoamericanas”²⁸⁸. Al respecto el autor comentó que para el contexto latinoamericano aquellos movimientos sociales de base popular generalmente tuvieron una connotación clasista, “habida cuenta de la historia de desigualdades, explotación económica y dominación política de unos pocos privilegiados por sobre las mayorías pobres”²⁸⁹.

En este sentido, el autor desplegó luego una definición reforzada, sosteniendo que:

“los movimientos sociales son diversas formas de acción colectiva, que surgen de la sociedad civil –el verdadero hogar de la historia, como la definió Carlos Marx– y que dan cuenta tanto de contradicciones fundamentales de una sociedad, normalmente de las oposiciones de clase, pero más ampliamente de una diversidad de tensiones estructurales, relativas a la desigualdad, la discriminación sociocultural, el consumo, las relaciones de género, al medio ambiente, etc., y que dan lugar a diferentes iniciativas y proyectos de cambio social con un sentido emancipatorio”²⁹⁰.

²⁸⁷ *Ídem.*

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 30-31.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 31.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 45.

Aquí, como se advierte, el autor hace mención a la “sociedad civil” en un sentido no liberal. Pues hace alusión a la definición que Marx hiciera en el famoso prólogo de 1859:

“Mi investigación me llevó a la conclusión de que, tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas ni por la llamada evolución general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida cuyo conjunto resume Hegel siguiendo el precedente de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de “sociedad civil”, y que la anatomía de la sociedad civil hay que buscarla en la economía política”²⁹¹.

Esta definición, que identifica a la ‘sociedad civil’ con la base económica en sentido marxista, se opone a la desplegada por Gabriel Salazar, quien la identifica como una instancia diferente y en oposición al Estado y al Mercado. Aquí, en cambio, la sociedad civil es entendida en la misma línea en que nuestra concepción entiende «lo social». Garcés además se refiere a que la constitución de un movimiento social supone necesariamente “el desarrollo de alguna forma de organización y redes de organización sociales, así como de recursos culturales e identitarios que se irán modificando según se desenvuelve la propia acción colectiva”. Como se ve, según nuestra nomenclatura, este desarrollo correspondería al ámbito de «lo cultural-ideológico» en que la acción colectiva adquiere grados adecuados de discurso crítico y se desenvuelve bajo formas de vida autoconscientes. Pero en cuanto a «lo político», el autor sostiene que el camino más frecuente de los movimientos sociales es el de “movilizar recursos propios, en el sentido de la organización y de los repertorios de acción para confrontar a sus oponentes, en contextos más o menos favorables”, y que cuando adquiere un mayor desarrollo, estos “movimientos sociales pueden encarnar proyectos de cambio social que afecten parcial o globalmente el sistema de dominación”²⁹². Aquí, por tanto, se percibe un grado insuficiente de tratamiento de aquellos “movimiento sociales” que podrían afectar “el sistema de dominación”. Pues esto entendido en nuestra clave supondría un proceso de alta intensidad transformadora, lo cual aquí se presenta más como un ideal normativo de la potencialidad de los movimientos sociales que como una constatación histórica. En base al espacio de experiencia disponible en que tiene

²⁹¹ MARX, Karl, *Contribución...*, *op. cit.*, p. 4.

²⁹² GARCES, Mario, *El despertar...*, *op.cit.*, p. 45.

sentido ofrecer conceptualizaciones, en Chile el proceso político que más intensidad adquirió fue dado por el *movimiento popular*, en clave clasista, desarrollado entre 1957 y 1973; que supuso un grado tendiente al máximo de asociación entre sectores populares, y de disociación hacia la clase dominante, lo cual hizo forzosa la tematización del despliegue radical de la *violencia*.

Reconociendo parte de lo anterior, Garcés establece que se han dado dos tensiones históricas para el movimiento social. La primera se refiere a los viejos dilemas “entre reforma o revolución, la acción directa o la acción institucional, el legalismo o la subversión del orden establecido”. Estos se habrían dado desde principios del siglo XX, separando a anarquistas, demócratas y socialistas hasta el periodo de la Unidad Popular que “dividieron a la izquierda durante la Unidad Popular y que contribuyeron a su derrota”. La segunda tensión respondería a “las relaciones que se han establecido entre las organizaciones sociales y los partidos políticos, relaciones variables de cooperación o imbricación recíproca, de autonomía o de dirección, también de cooptación, y en el peor de los casos, de manifiesta manipulación o instrumentalización”²⁹³. A su juicio, estas dos viejas y tradicionales tensiones están también presentes en el movimiento estudiantil hasta el día de hoy.

Finalmente, esta última tensión, a juicio del autor, se explica fundamentalmente por la inadecuación entre los ritmos de la política y de los movimientos sociales. Así habría ocurrido durante la Unidad Popular, dividiendo y hundiendo el proceso debido al absurdo dilema entre “consolidar para avanzar” o “avanzar sin transar”. Del mismo modo habría ocurrido para Las Protestas Nacionales de 1983-1986, que dando cuenta de la emergencia de “nuevos” movimientos sociales y de una reorganización de los partidos políticos, estos últimos terminaron por imponer sus propias formas para hacer la transición a la democracia”. En este sentido, el gran desafío para los movimientos sociales, es que logren “generar sus propias formas de articulación social (formas propias de representación e instancias de resolución democrática en diverso tipos y formas de asambleas) y de articulación política (horizontes de cambios compartidos) que les permitan superar su propia fragmentación.”²⁹⁴

²⁹³ *Ibid.*, p. 75.

²⁹⁴ *Ibid.*, p. 50.

La concepción «transliberal» de lo político y lo social

El año 2012 Gabriel Salazar escribió *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*. Este libro puede ser comprendido como una respuesta renovada y más o menos explícita a la acumulación de críticas que desde 1985 recibió contra su producción historiográfica relativa a nociones como las de sujeto popular y movimiento popular. Se trata de una respuesta contra las críticas –varias de las cuales hemos revisado acá–, que negaban la concepción desde la cual se buscaba registrar un tipo particular de expresiones cívicas o movimiento sociales desde la Sociedad Civil, y que habían sido reducidas a “anomia”, “barbarie” o “rebeldías primitivas”. Parte entonces adelantando una crítica con los cientistas sociales que desde los ‘80, se acomodaron “a la derecha” del Estado Neoliberal fundado desde el golpe de Estado, y que eran parte de una corriente teórica “neoconservadora”:

“Es imposible no ver aquí la continuidad y funcionalidad de la sociología chilena neo-sistémica (inspirada en Durkheim y Touraine) con la necesidad de perpetuación y legitimación de las ‘creaciones’ impuestas por el terrorismo militar en Chile y, a la vez, con el mercantilismo exacerbado del flamante y hegemónico capital financiero internacional. De este modo, para una perspectiva histórica ya decantada, la dictadura de Pinochet fue solícitamente asesorada, en la etapa de construcción, por los *Friedman’s Boys*, y en la etapa de transición y ‘democratización’ por los *Touraine’s Boys*. Los primeros, para consolidar el nuevo sistema como ‘mercado’ interno y externo; los segundo, para legitimarlo tardía teórica y políticamente como ‘sistema’ neoliberal (alias ‘la nueva democracia’)”²⁹⁵

Lo cierto es que desde la década de los ‘80 en el mundo se habían producido cambios estructurales, que lo habían hecho dar un paso desde la sociedad industrial a la “postindustrial”, lo cual implicó “cambios en la composición de las clases; en la configuración de la política; en la organización del mercado mundial; en las relaciones recíprocas entre capital industrial, capital comercial y capital financiero; en los valores relativos de la cultura social y la ciencia, etc.”²⁹⁶ Del seno de este último aspecto fue posible ver emerger el fenómeno viejo pero recientemente estudiado de los ‘nuevos movimientos sociales’. Entre las múltiples

²⁹⁵ SALAZAR, Gabriel, *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Ed. Uqbar, Santiago, 2012, p. 57.

²⁹⁶ *Ibid.*, p. 404.

opciones de estudio tomadas la categoría clave fue la de “cultura social”. Desde esta nacía un “modelo alternativo a realizar” y un “proyecto estratégico del movimiento.” Según Salazar es esta ‘cultura’ propia la que motoriza a los movimientos sociales, la cual “no es ni puede ser la misma del sistema dominante”, puesto que los movimientos buscan “ajustar por sí mismos, con sus propios diseños y herramientas, los desperfectos sectoriales de ese sistema, o cambiarlo por completo.”²⁹⁷

En este sentido, la “autonomía” con la que cuentan estos movimientos sociales los defiende de “la necesidad y/o posibilidad de que las ‘ideologías’ (que son, en tanto verdades preestablecidas, recursos externos) determinen las acciones del movimiento”. Del mismo modo, “excluye la subordinación a las ‘organizaciones preexistentes’ que tienen por tradición dirigir, comandar u operar como vanguardias”²⁹⁸. Sin decirlo de manera explícita Salazar acá insistió desde una concepción «transliberal»²⁹⁹, en aquella idea de que los movimientos sociales, la Sociedad Civil, “lo social”, no puede guardar relación alguna con lo que para él representa “lo político”. Por ello, este tipo de expresiones:

“Excluye pues todo lo que implique jerarquía, autoritarismo, dogmatismo y organicidad rígida. Incluye, a cambio, todo lo que implique proceso, participación y «construcción social de la realidad». Tales características conducen a que los MS construyan, primero que nada, poder sociocultural dentro de sí mismos, antes de proyectarlo hacia afuera. En este sentido, aun sin impactar en el sistema político, los MS pueden ya contener los cambios (o lo nuevo) que, eventualmente, introduzcan (o no) en la sociedad global.”³⁰⁰

La tendencia interna de estos movimientos sociales es la de configurarse socioculturalmente, lo cual consiste en fenómenos y movimientos internos que “carecen de visibilidad nítida si se observan ingenuamente del exterior”. Se trata de una fuerza comunitaria cuya ‘invisibilidad’ no puede expresarse físicamente, “como lo hacen las ‘masas’ que marchan por calles y plazas”,

²⁹⁷ *Ibid.*, p. 414.

²⁹⁸ *Ibid.*, p. 415

²⁹⁹ Esta denominación ha sido usada por el mismo autor en diversos artículos. Sobre el uso de este concepto, véase, SALAZAR, Gabriel, “De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable (Explorando senderos trans-liberales)”, en *Proposiciones* N°28, septiembre, 1998. También se pueden consultar los números de la Revista de Ciencias sociales e históricas *Alamedas: exploración de los caminos trans-liberales*, 1997-2003, en la que el autor conformó parte del Comité Editorial.

³⁰⁰ *Ídem.*

sino que se manifiesta en su “naturaleza esencialmente «cognitiva», de autoeducación, y vinculada a la marcha emergente de su poder cultural”³⁰¹. La condición esotérica para el analista silvestre de estos movimientos sociales, le impide ‘ver’ la autoproducción social de significados como “proceso de rehumanización” cuya temporalidad no es la prospectiva de la política, sino que es una que se “siente” espontáneamente en el día a día.

Este “proceso revolucionario” de humanización que, en *Labradores* recayó en el “bajo pueblo” y que ahora Salazar hace recaer en la Sociedad Civil, no se define por “la acción destructora que proyecte sobre el sistema que lo oprime, sino por la capacidad expansiva del modelo social alternativo que ya articula por dentro”. La ‘política por soberanía’, ciudadana, en tanto rige desde el interior de los movimientos sociales, no puede entrar en acción sin alterar o revolucionar la política convencional, que funciona en base al futuro a plazo fijo y en el espacio nacional.³⁰² Su objetivo en el ámbito de ‘lo político’ es poder “construir y ejercer el poder constituyente necesario para fundar, desde abajo, otro sistema institucional”, o sea, “un modelo político alternativo (una democracia participativa de base local, por ejemplo), y/o para cambiar por sí mismo el sistema institucional (léase el Estado y el mercado, juntos) vigente”³⁰³.

En esta línea, la lógica de los nuevos movimientos sociales es antagónica a la lógica neoliberal, pese a que tiendan a *usar* el mismo lenguaje. De ahí que desde el campo neoliberal se hayan “apropiado” de conceptos de los nuevos movimientos sociales, como “participación ciudadana, comunidad, capital social, empoderamiento, gobernanza y accountability (responsabilidad política)”. Esta angustiosa situación en que los movimientos sociales y los neoliberales habitan la misma casa categorial ha llevado a que “viejas ideologías” como el marxismo, validen por esto “sus antiguas preesas hegemónicas” y su supuesta actualidad³⁰⁴.

Los nuevos movimientos sociales deben abordar, en definitiva, el problema ‘cultural’ de “cómo reformar el Estado y el mercado para que adapten a la creciente hegemonía de la sociedad civil”, y este es el trabajo histórico que están haciendo estos movimientos a través de la práctica de la “gobernanza sociocrática”, cuyo objetivo, “en su lógica cultural y movimientista”, es

³⁰¹ *Ibid.*, p. 417.

³⁰² *Ibid.*, p. 418.

³⁰³ *Ibid.*, p. 419.

³⁰⁴ *Ibid.*, p. 422-423.

“disolver la gobernabilidad liberal.”³⁰⁵ Así, en paralelo a la debilitación del Estado a través del proceso hegemónico de privatización neoliberal, la sociedad civil y los nuevos movimientos sociales a través de su creciente proceso hegemónico de ‘socialización’ civil, está logrando progresivamente disolver del todo su poder³⁰⁶. La sociedad civil debe lograr mediante sus valores comunitarios subordinar a ella tanto el Estado como el mercado.

A este respecto, es atinente traer a cita lo que Ellen Wood sostuviera en su estudio sobre el concepto de sociedad civil. Afirma que este concepto ha adquirido en la actualidad un nuevo conjunto de significados, algunos muy positivos para el proyecto de emancipación de la izquierda. Sin embargo, estas innovaciones suelen estar atrapadas en una tensión, de la cual, a nuestro juicio, Salazar no logra escapar:

“el nuevo concepto de “sociedad civil” indica que la izquierda ha aprendido las enseñanzas del liberalismo acerca de los peligros de la opresión del estado, pero parece que estamos olvidando las lecciones que alguna vez aprendimos de la tradición socialista respecto a las opresiones de la sociedad civil. Por un lado, los defensores de la sociedad civil están fortaleciendo nuestra defensa de las instituciones y relaciones no estatales contra el poder del estado; por otro, tienden a debilitar nuestra resistencia a las coerciones del capitalismo”³⁰⁷.

Gabriel Salazar, en su revisión de las teorías sobre los movimientos sociales, da cuenta de que los científicos latinoamericanos corrieron con ventaja respecto a las conceptualizaciones, por ejemplo, norteamericanas. Así, el planteamiento de Sydney Tarrow³⁰⁸ sobre la intensidad rupturista que podía alcanzar el movimiento social, había sido anticipado por el científico Daniel Camacho³⁰⁹, quien hizo la distinción entre «movimiento sociales», desde el cual se “defienden intereses específicos e impulsan reformas sectoriales, y, por el otro lado, «movimiento popular», que “representa a las mayorías explotadas o marginadas y plantea un cuestionamiento

³⁰⁵ *Ibid.*, p. 423

³⁰⁶ *Ibid.*, p. 424.

³⁰⁷ WOOD, Ellen, “La sociedad civil y la política de identidad”, en *Democracia contra Capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. Siglo XXI, México, 2000, p. 38.

³⁰⁸ Véase TARRROW, Sydney, *El poder en movimiento*, Alianza ed., Madrid, 1994.

³⁰⁹ Véase CAMACHO, Daniel y MENJIBAR R. (coord.), *Los movimientos populares en América Latina*, UNU-Siglo XXI, México, 1989.

más radical a la estructura de dominación fundamental de la sociedad. La misión de este sería el de cambiar la estructura de dominación fundamental y reconstruir la nación y la democracia. Sin embargo, sostiene Salazar, nunca se determinó 'cómo' este último debía actuar para alcanzar sus objetivos. El debate quedó suspendido entre la opción de la "auto-representación" (sin partidos) y la de las "vanguardias".³¹⁰

A fines del siglo XX, la teoría de los movimientos sociales quedó empantanada y girando sobre sí misma. La responsabilidad ya no recayó en la teoría sino en la cultura social que debía ponerse en práctica a través de cuatro áreas dialécticamente relacionadas: las redes sociales, la Educación Popular, el capital social y el poder popular constituyente³¹¹.

En cuanto a Chile, el peso protagónico del Estado y el mercado sobre la sociedad civil, ha hecho que los únicos movimientos sociales "formales" sean los que se desenvuelven dentro de los márgenes constitucionales y legales. Uno de esos ha sido el 'movimiento obrero'. Así, otros movimientos como el campesino, el de pobladores, el de los empleados públicos y el de los estudiantes, han sido considerados como "movimientos informales", por sobrepasar a veces aquellos márgenes, y por ser asumidos como meros movimientos sectoriales con intereses específicos. De ahí que "en Chile, nunca se ha hablado, formalmente, de «movimiento popular»"³¹²

Por tanto, el avance de la teoría de los movimientos sociales fue entorpecido por la sociología estructuralista, la historiografía marxista clásica y por la 'teoría' de la transición a la democracia. Por el contrario, su avance fue posible gracias al "trabajo en terreno de los educadores populares, los avances de la Historia Social de Chile y el desarrollo paralelo de la autonomía cultural y política de los pobladores, la juventud y, progresivamente, de la masa ciudadana maltratada por el modelo neoliberal". Es decir, su poder constituyente reside en las bases populares y estudiantiles, sobre todo desde la movilización del 2005/2006 y el 2011, los cuales "aseguran que esos avances se expandirán y acelerarán"³¹³.

³¹⁰ SALAZAR, Gabriel, *Los movimientos sociales...*, op. cit., p. 429-430.

³¹¹ *Ibid.*, p. 432.

³¹² *Ibid.*, p. 435.

³¹³ *Ibid.*, pp. 444-446

Creación de poder constituyente

Los movimientos sociales surgidos durante el año 2011 significaron un tremendo impulso al debate y a las ideas. No sólo se trató del movimiento estudiantil, el más masivo y visible, sino también de las protestas contra Hidroaysén que abrieron aquel año, con la más masiva marcha en la historia de carácter ecologista, las protestas en Magallanes, la histórica resistencia mapuche por la recuperación de tierras, su identidad, autonomía y libertad política, los paros en Calama, en fin, un sinnúmero de manifestaciones que se dieron simultáneamente desde el 2011 y que sumaron en los próximos años otras de carácter más localista, como en Aysén, Freirina y Tocopilla. La importancia de estos movimientos sociales radicó en que echó abajo aquella presunción contra la que argumentaba Julio Pinto en 1994, y que cuestionaba la relevancia histórica e historiográfica de los sectores populares. Cientos de miles de personas, motivadas por intereses múltiples llenaron y paralizaron las calles superando a veces los límites contenedores de la institucionalidad de la 'paz neoliberal'. Lo que sugerían estos acontecimientos puso en alerta a los historiadores, quienes comenzaron a repensar la periodificación de la historia reciente del país. Podía ser que el 2011 fuera el comienzo del fin de la transición a la democracia, que se estuviera ante nuevos horizontes de expectativas, lo cual, dicho sea de paso, podía afectar también el lenguaje y ciertos *usos* conceptuales para referirse a los movimientos de los diferentes actores sociales.

Así se constató en la publicación en agosto del 2011 del Manifiesto de Historiadores *Revolución Anti-neoliberal Social-estudiantil en Chile*, que en sus palabras iniciales se afirmó:

“Las calles, plazas y puentes de todas las ciudades a lo largo de Chile se han transformado en las arterias donde fluyen y circulan miles de estudiantes y ciudadanos, entonando y gritando las demandas por cambios estructurales en la educación los que, a su vez, exigen cambios sustanciales en el paradigma económico, en el carácter y rol del Estado y en su conjunto, en el pacto social constitucional del país. Desde hace meses las movilizaciones no han cesado, recuperándose y adaptándose algunas consignas de antaño, cantándose nuevas que apuntan críticamente al corazón del modelo social y económico financiero neoliberal actual: el mercado, el crédito, el endeudamiento, el lucro, la inequidad social y educativa.

Y si bien inicialmente parecía que se hubieran abierto, al fin, las Alamedas, marcando la llegada de la hora histórica anunciada por el discurso final de Allende, el desarrollo de los acontecimientos con el recrudecimiento de la represión policial, las amenazas y amedrentamiento a los/as dirigentes estudiantiles por parte de adherentes oficialistas y la actuación provocativa de policías encapuchados infiltrados de civil, nos recuerdan que estamos en un régimen político dirigido por la derecha chilena, heredera de las prácticas de la dictadura militar y verdadera fundadora del régimen neo-liberal que busca resguardar. Y mientras los jóvenes copan el cuerpo de Chile y la represión enfurece, suenan los cacerolazos del apoyo ciudadano, recordando el tiempo de las protestas.

Si no ha llegado aún el tiempo de las alamedas, ha brotado con fuerza la voluntad de poder de la nueva generación para presionar sobre ellas hasta lograr su verdadera Apertura histórica”³¹⁴.

En virtud de este contexto, Sergio Grez, sostuvo que el año 2011 quedaría inscrito en la historia de Chile como el de un “nuevo despertar de los movimientos sociales”. Se comenzaba a quebrar, después de más de dos décadas, la ‘paz neoliberal’, que había reposado sobre un “aletargamiento” debido principalmente a:

“la combinación de la acción “natural” del modelo económico neoliberal, del recuerdo del régimen de terror de la dictadura, de las trabas y cortapisas legales e institucionales para la expresión de las demandas sociales, de la virtual dictadura mediática impuesta por un puñado de grupos económicos y de poder, además del control y cooptación de estos movimientos ejercidos durante largo tiempo por los gobiernos de la Concertación y sus partidos”³¹⁵

El gran aporte del despertar estudiantil en particular consistió en la reactivación de la “repolitización de la sociedad chilena [...] cuestionando certezas, valores, normas, instituciones

³¹⁴ Manifiesto de Historiadores, *Revolución Anti-neoliberal Social-estudiantil en Chile*, 16 de agosto del 2011. El Comité de la iniciativa estuvo conformado por: Karen Alfaro Monsalve, Fabián Almonacid Zapata, Pablo Artaza Barrios, Mario Garcés Durán, Sergio Grez Toso, M. Angélica Illanez Oliva, Alexis Meza Sánchez, Ricardo Molina Verdejo, Julio Pinto Vallejos, Gabriel Salazar Vergara, Verónica Valdivia Ortiz de Zárate.

³¹⁵ GREZ, Sergio, “Un nuevo amanecer de los movimientos sociales de Chile”, en *The Clinic N°409*, Santiago, 1 de septiembre de 2011, pp. 1-2

y formas de hacer las cosas que parecían haber adquirido características “naturales” para millones de ciudadanos sometidos a la hegemonía ideológica del neoliberalismo”. Se resquebrajaba así la ‘paz neoliberal’ y, por tanto, el “acuerdo de gobernabilidad suscrito entre los partidarios de la dictadura y sus opositores moderados en la segunda mitad de la década 1980”. Con esto se intensificaba la crisis de legitimidad del “modelo económico neoliberal y del sistema de democracia restringida, tutelada y de baja intensidad administrado por dichas fuerzas desde 1990”.³¹⁶

Ante esto, el autor planteó una interrogante: “¿Qué falta para que la democracia de baja intensidad y el extremista modelo neoliberal chileno sean desalojados del escenario histórico?”³¹⁷ A ello quiso responder identificando tres cuestiones relacionadas al movimiento estudiantil y a los movimientos sociales.

La primera fue sobre las tácticas propias del movimiento estudiantil. Grez consideraba que en gran medida para la satisfacción de sus demandas, se hacía “necesario acumular fuerzas, que haya una convergencia de movimientos sociales”³¹⁸. Para lograr tal convergencia, sin embargo, se hacía necesario que el movimiento estudiantil resolviera antes dos problemas fundamentales. El primero consistía en que debía “dotarse de un petitorio unificado que garantice la unidad de todos sus componentes, base para un proyecto educacional alternativo al actual modelo y a las reformas superficiales propuestas por el duopolio hegemónico del poder político (Coalición y Concertación).” Y en segundo lugar, el movimiento estudiantil debía “preservar su independencia frente a los cantos de sirena que la Concertación redoblará en un año de elecciones para intentar ponerlo a su remolque y captar el capital político conquistado durante las movilizaciones.”³¹⁹

La segunda cuestión fue sobre sus formas de organización. Grez identificó en este movimiento un cuestionamiento “a las viejas formas “delegadas” de hacer política a través de

³¹⁶ *Ídem.*

³¹⁷ *Ídem.*

³¹⁸ GREZ, Sergio, “Se requiere una convergencia de movimientos sociales”, *Revista Chilena de Salud Pública*, Vol. N° 16 (3), 2012, p.277.

³¹⁹ GREZ, Sergio, “Chile 2012: el movimiento estudiantil en la encrucijada”, en *Le Monde Diplomatique*, enero-febrero, 2012, p. 6.

representaciones institucionales divorciadas de las bases sociales, altamente centralizadas y jerárquicas". Contra estas, se habrían estado construyendo:

"formas más democráticas y horizontales, como los colectivos sociopolíticos, las asambleas territoriales y locales y las coordinaciones sectoriales, regionales y nacionales de colectivos y organizaciones sociales cuyas políticas y decisiones se toman colectivamente y en las que no es extraño que los dirigentes y voceros sean removidos por sus bases si estas lo estiman conveniente".³²⁰

Tal organización, a juicio del autor, debía ser seguida como ejemplo por otros actores, como los trabajadores. Por ello, en tanto tales debían entrar "decididamente en la lucha por sus propios derechos, con los mismos grados de autonomía, radicalidad y sagacidad política demostrados hasta ahora por el movimiento estudiantil." Su centralidad recaía en que "ellos son y seguirán siendo el elemento decisivo" en las luchas sociales. Se trataba de un asunto indispensable, entonces, que los movimientos sociales "sean capaces de elaborar sus propias propuestas políticas y de tender lazos solidarios entre sí para formar un frente común ante sus adversarios". Sin embargo, consideraba "imprescindible que se doten de sus propias representaciones en la esfera política."³²¹

Efectivamente, el movimiento estudiantil había sido un espacio de "pedagogía política hacia el resto de la sociedad"³²². Aprovechando este impulso politizador, el desafío consiguiente era "evitar aislarse" y "pretender una quimérica construcción de "poder" de espaldas a la política real". Coincidiendo con Garcés, los estudiantes debían ser capaces "de dotarse de sus propias formas de representación política que, en conjunto con otros movimientos sociales, les permitan proyectarse sobre el escenario nacional". Lo cual, sin embargo, no debía "descartar alianzas con referentes políticos contestatarios del actual modelo de economía y sociedad imperante en Chile."³²³

³²⁰ GREZ, Sergio, "Un nuevo amanecer...", *op.cit.*, p. 1

³²¹ *Ídem.*

³²² GREZ, Sergio, "Chile 2012: el movimiento estudiantil...", *op.cit.*, p. 6.

³²³ *Ídem.*

Aquí se marcó, por tanto, una diferencia fundamental con la concepción transliberal de Gabriel Salazar. Este último, en su libro publicado el 2011, *En el nombre del poder popular constituyente*, afirmó que durante los 200 años de historia republicana el ejercicio público del “poder popular constituyente” no ha sido admitido ni por la “clase dirigente (mercantil)” ni por “la clase política civil” en la cual habita también la “Izquierda Parlamentaria”. Esta última, cuando ha llegado a admitirlo, “lo hace solo *si ella lidera y controla* ese ejercicio”. La consecuencia de esto es que “el obstáculo que frena, obstruye y reprime al poder popular constituyente está formado por los intereses específicos (conjuntos) de la “clase política civil”, que en este aspecto crucial ha contado y cuenta con el no despreciable apoyo de la “clase política militar”. La Izquierda Parlamentaria, a fin de cuentas:

“ha *aceptado* los estado contruidos *sin* la participación de ese poder (el de 1925 y el de 1980), no se ha jugado nunca por *abolirlos* para luego *abrir las puertas* –al poder popular constituyente, sino que ha preferido quedarse en ellos (“es lo mejor, por ahora”), con más oportunismo que lealtad, en compañía de golpistas, formando parte de una misma, conflictiva y *gobernante* clase política civil...”³²⁴

En este sentido, Salazar afirmó que no era extraño que “la historia oficial de la Izquierda chilena *no* haya desenterrado ni exaltado nunca los episodios en que la clase popular intentó, en el pasado, ejercer *su* poder constituyente...”. El propósito de su libro fue “desenterrarla”. En este ejercicio el autor consideró dos procesos en que el pueblo efectivamente había ejercido su poder constituyente. El primero, el movimiento social-ciudadano del período 1822 -1828, y el segundo, el movimiento social-ciudadano de 1918-1925. Aquí se advierte que el autor no consideró el proceso del movimiento popular desde fines del cincuenta hasta 1973. La razón descansa en que el *Pueblo* en este período no “actuó por sí mismo”, sino cooptado por la “clase política civil” de la Izquierda Parlamentaria. A su juicio, el ejercicio del poder popular constituyente debe realizarse sobre la base de la *autoeducación popular* en base a las experiencias históricas como aquellas dos en las que él plantea que existió poder popular, pero que finalmente fue traicionado o aplastado. Paradójicamente, su propósito es poder construir un nuevo Estado, que no se guíe por las directrices liberales. Se trata de uno que realice las tareas que “*no hemos realizado* en 200 años”:

³²⁴ SALAZAR, Gabriel, *En el nombre del poder constituyente (Chile, siglo XXI)*, LOM Ediciones, Santiago, 2011, p. 29.

"a) una *industrialización razonable*, que nos permita exportar valores agregados (no puras materias primas), generar empleo estable (no trabajo precario de almacén), bases para el desarrollo de la ingeniería productiva y la innovación tecnológica, objetivos técnicos para la educación, etc.; b) una *ciudadanía* con la cultura, el poder diversificado y la capacidad administrativa necesaria para construir el Estado que necesita, controlar por abajo a sus representantes (gobernanza), que sobreponga el productivismo al mero consumismo, que sea realmente soberana, etc.; c) una *sociedad civil integrada* a un proyecto nacional de desarrollo, sujeta a patrones de equidad y justicia social, más igualitaria y solidaria, capacitada para ajustar permanentemente el Estado y las clases política a sus necesidades y a su voluntad soberana, y d) un *sistema escolar* orientado a preparar nuestros niños a realizar con verdadero éxito las tareas a-b-c indicadas más arriba, *según* la realidad específica de Chile y *con* la comunidad específica de Chile, no copiando la masa y la mercancía cultural producida en otros países, que permita, por tanto, que la *comunidad real se eduque a sí misma*, dejando de lado la copia, la mera emulación y el consumismo educacional."³²⁵

Ante los embates que surgen de parte de los "enemigos" que "acechan y detienen la marcha histórica del poder popular constituyente", lo único posibilidad que le queda al pueblo soberano es "mantenerse unido, *reeducar a la clase política militar y controlar desde abajo*, férreamente (como los "pueblos" en 1823) a sus representantes y delegados, a objeto de frenar e impedir su autotransformación (desintegrándola por "revocación") en 'clase política civil'."³²⁶ El poder constituyente, en definitiva, es:

"el que *puede y debe ejercer el pueblo por sí mismo* –en tanto que ciudadanía soberana– para construir, según *su* voluntad deliberada y libremente expresada, *el Estado* (junto al Mercado y la Sociedad Civil) que le aparezca necesario y conveniente para su desarrollo y bienestar."³²⁷

Es problemático, sin embargo, que siendo el objetivo de este planteamiento disolver el "Estado liberal" opte no por 'superarlo', sino por 'negarlo', por "darle la espalda", asumiendo que es posible construir en paralelo un Estado no-liberal, que prevalecerá cuando el existente se vacíe o se disuelva, no se sabe muy bien cómo, en el tiempo. La paradoja es doble. Pues, por

³²⁵ SALAZAR, Gabriel, *En el nombre...*, op. cit., pp. 85-86

³²⁶ *Ibid.*, p. 88-89.

³²⁷ *Ibid.*, p. 27.

un lado, busca disolver la construcción liberal del Estado, haciendo uso, como hemos visto, de los mismos constructos teóricos y distinciones conceptuales de la tradición liberal, basadas principalmente en la distinción “maniquea” entre el Estado y la Sociedad Civil. Por el otro lado, no tematizar el modo en que el Estado pueda vaciarse o reemplazarse por otro, es una forma de evitar explicar lo que pasó, por ejemplo, el 11 de septiembre de 1973. El fantasma del liberalismo habita nuevamente en su planteamiento en tanto no es capaz de problematizar suficientemente el asunto de la *violencia*.³²⁸ Por lo tanto, deja en un vacío histórico la cuestión de la *excepcionalidad*, es decir, el momento en que los grados de asociatividad de un ‘nosotros’, el *Pueblo*, cuando pretende materializar su proyecto, se encuentra cara a cara con ‘ellos’, la *Elite* o la clase dominante, y radicalizándose el conflicto provoca que el antagonismo devenga en suspensión de la normalidad y de lo social existente.

Finalmente, retomando la línea de Grez, la tercera cuestión discutida producto de la apertura democrática de las movilizaciones del 2011, fue sobre la demanda de Asamblea Constituyente. Las movilizaciones debían leerse como un hecho histórico que “no se limitó al plano de la educación”, pues “también significó una crítica implacable –a veces demoledora– de la institucionalidad y de las prácticas políticas imperantes en el Chile postdictatorial.”³²⁹ Así, la tensión entre partido-movimiento más que inhibidora pudo ser vista aquí como propulsora para otras demandas fundamentales como “la convocatoria a una Asamblea Constituyente para proceder de manera democrática –por primera vez en la historia nacional– a la refundación de las bases de la institucionalidad”³³⁰.

Esto sólo fue pensable porque el cambio había sido radical. La convocatoria a una Asamblea Constituyente “en la cual los representantes de los movimientos sociales sean la fuerza principal”, a juicio del autor, debía ser “el horizonte político para la refundación de una segunda República, que deje atrás la soberanía delegada y esencialmente nominal que ha imperado durante doscientos años, sustituyéndola por la soberanía efectiva de los pueblos que viven en este Estado nación.”³³¹ Sin embargo, para entonces “los movimientos sociales y populares aún no tienen la fuerza suficiente para imponerle al *establishment* político la

³²⁸ Otras críticas a este planteamiento se puede revisar en la reseña realizada a esta obra por Manuel LOYOLA, en *Cuaderno de Historia*, N° 36, junio, 2012.

³²⁹ GREZ, Sergio, “Chile 2012: el movimiento estudiantil...”, *op.cit.*, p. 6.

³³⁰ *Ídem*.

³³¹ GREZ, Sergio, “Un nuevo amanecer...”, *op.cit.*, p. 2.

convocatoria a una Constituyente”³³². El objetivo último, finalmente, fue (es) lograr que este proceso constituyente pueda darse como resultado de un amplio e informado debate democrático ciudadano, pues de ese modo se estaría ante la posibilidad de que “por primera vez en Chile se empezaría a hacer y escribir *otra historia*, una historia de ciudadanía activa y efectiva”³³³.

El 2011 quedó marcado como el año del verdadero “despunte de la primavera”. Consecuentemente, la historiografía volcó su producción hacia la historia de los movimientos “sociales” y sus objetivos de transformación de lo social. El proceso hoy sigue abierto, y todo intento de sutura interpretativa sería desbordado por el paso del tiempo. Por ahora, lo que queda pendiente es dar cuenta, a través del recorrido hecho en esta investigación, sobre el estado actual de lo cultural-ideológico en Chile. Se trata de reflexionar sobre si la concepción liberal de lo político y lo social tiene el suficiente rendimiento práctico en relación a las demandas sociales actuales. Acá se ha sostenido que no lo tiene, enfocando la argumentación en el modo en que comprende conceptos claves, lo cual determina las posibilidades de éxito de la praxis. Insistir en el desenvolvimiento de los “movimientos sociales” en clave liberal, supone abandonar la idea de incidir efectivamente en lo que se demanda. Esto, principalmente, porque su perspectiva neutraliza al aislar lo político y lo social, e impide, así, el movimiento mismo, que sólo es efectivo mediante el avance unificado en torno a ‘lo popular’, lo cual supera cualitativamente el escaso avance diferenciado de diferentes movimientos particulares. A este respecto, consideramos que asumir lo político y lo social desde la concepción «popular» permitiría hacer frente a los desafíos no sólo teóricos en lo historiográfico, sino también prácticos en cuanto a la praxis política popular. Sólo así, uniendo lo que hoy se encuentra fragmentado, se vuelve posible materializar con éxito los objetivos e intereses del *Pueblo*.

³³² Sobre este asunto véase GREZ, Sergio, “Las tareas del Movimiento Popular Hoy. Entrevista a Sergio Grez Toso”, Entrevista N°2, Debate Proyecto La Fragua, 2013.

³³³ GREZ, Sergio, “La ausencia de poder constituyente democrático en la historia de Chile”, en *Tareas* N°139, Ciudad de Panamá, Panamá, septiembre-diciembre de 2011, p. 93.

V. CONSIDERACIONES FINALES.

En este trabajo fue necesario darle otra 'vuelta de tuerca' a las críticas emprendidas contra la historiografía marxista clásica y problematizar el modo como a partir de ellas la historiografía post-golpe creyó superarla. Nuestro propósito estuvo lejos de buscar restaurarla y restablecerla y asumir que sus fundamentos tienen en la actualidad el mejor de los rendimientos, o bien, reivindicar y fijar, como se ha hecho en otras investigaciones, una 'nueva' comprensión marxista de la historia que, aunque teóricamente compacta y orgánica, tiene poco de nueva.

Por el contrario, desde nuestra perspectiva se pretendió rescatar aquellas distinciones categoriales que fueron *usadas* por la historiografía marxista clásica y que fueron un aporte en la larga construcción del *movimiento popular* entre 1957 y 1973 en Chile. Esto motivado por el hecho de que no hay otra forma política y científicamente relevante de hablar de conceptos que no sea en base a nuestra experiencia, es decir, a lo que efectivamente hubo. Si existe hoy el interés genuino de entender cómo podemos trazar un relato histórico que le otorgue sentido a la manifestación en el presente de movilizaciones sociales, este no puede venir 'prefabricado' para su 'instalación' desde una experiencia ajena a las condiciones determinantes del contexto histórico propio. De ahí la necesidad de visitar tanto el periodo histórico del más intenso e importante movimiento popular que ha existido en Chile, como también aquella historiografía que en su momento aportó en su construcción buscando en sus antecedentes históricos elementos no sólo para su comprensión y ampliación del caudal productivo científico, sino para hacer probable su realización y éxito hacia el futuro.

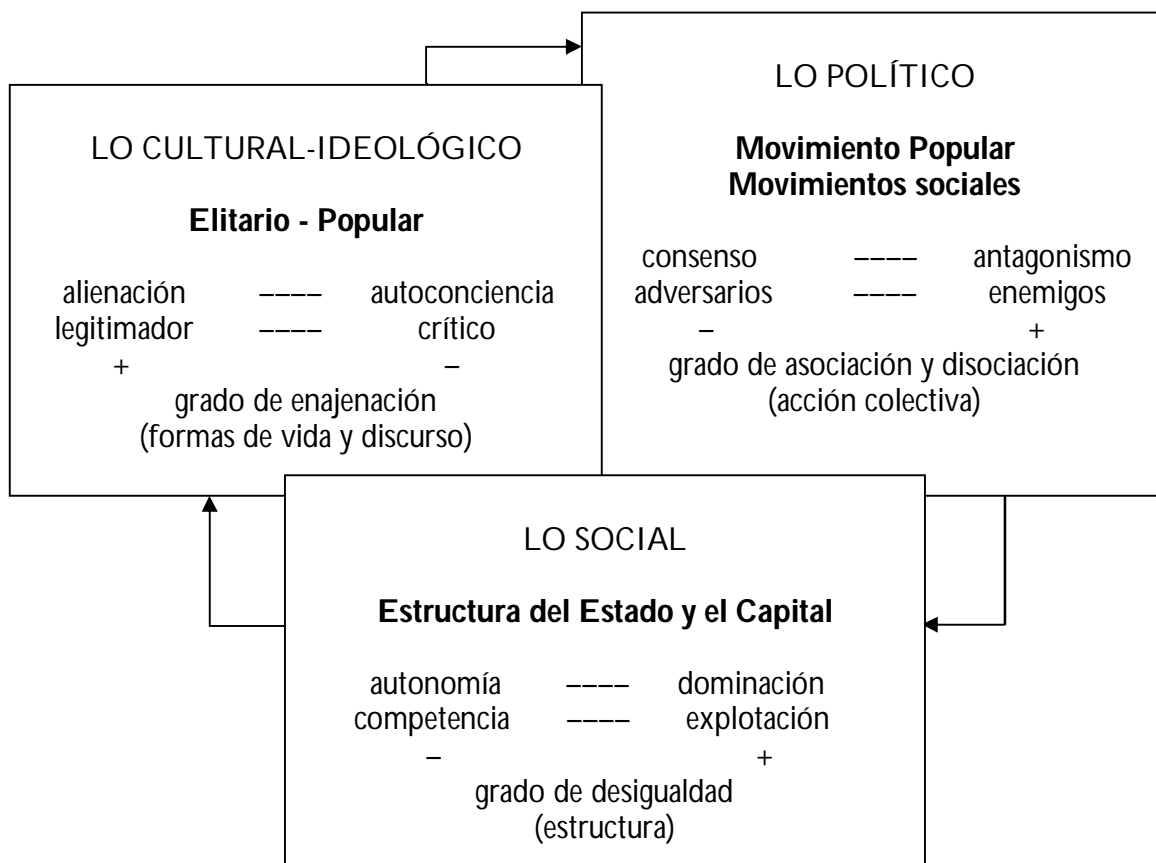
Para este propósito fue necesario introducirnos en las conceptualizaciones de la historiografía sobre *lo político* y *lo social*. En este punto no quisiéramos hacer una recapitulación de estas conceptualizaciones, sino más bien determinar de qué manera pueden ser categorizadas según el grado de lejanía o cercanía tanto a la tradición liberal como a la «popular».

Lo constitutivo en estas tradiciones está marcado por el modo como se relacionan lo político y lo social. Como vimos, hubo al interior de la tradición marxista una tendencia a deformar aquella relación y de manera mecánica subsumir lo político (y lo cultural-ideológico) a lo social.

Esto estuvo presente con notoriedad en la producción de Hernán Ramírez Necochea. Pero también en la historiografía posgolpe hubo una tendencia a neutralizar lo político a partir de su aislamiento respecto a lo social. Esta perspectiva, como vimos, estuvo más cercana a la tradición liberal. La producción de Salazar en este caso es representativa de buscar superar los amarres de la perspectiva liberal, proponiendo una visión que llamó «transliberal». Sin embargo, en su intención de alejarse de la tradición marxista, terminó habitando los mismos edificios conceptuales de la tradición liberal. Mario Garcés y Sergio Grez, por otro lado, parecen hallarse más cercanos a la concepción «popular», mientras que Julio Pinto parece hallarse dividido entre una concepción y otra.

En definitiva, nuestra propuesta conceptual de la concepción «popular» basada en la tradición marxista, y el de la tradición liberal, en la cual entra también la perspectiva «transliberal», puede ser esquematizada de la siguiente forma:

Esquema 1. Concepción «popular» de la relación de *lo social* y *lo político*.



Esquema 2. Concepción «liberal» de la relación de *lo social* y *lo político*.



Creemos que la concepción «popular» aquí propuesta de lo político y lo social, puede servir de aporte para el estudio de lo que aquí comprendimos por *Pueblo*, y además, ofrecer los elementos de su entramado categorial como base para la realización de una *Historia popular*. El concepto de *movimiento popular*, según el esquema de la concepción «popular», debe ser construido partiendo desde la categoría de *lo social* hacia *lo político*. Si el grado de desigualdad en lo social se cree tiende a la dominación, la totalidad social se constituye en base a dos clases: una dominante y otra dominada. Cuando el grado de enajenación en lo cultural-ideológico tiende hacia su mínimo, es decir, los sectores de la clase dominada son capaces de adquirir formas de vida autoconcientes y discursos críticos, entonces estos irán constituyendo la faceta negativa de *Pueblo*. Su faceta positiva se activa en el ámbito de lo político, cuando los sectores populares tienden hacia un grado de asociación entre ellos y a un grado de disociación hacia los sectores elitarios. Cuando el grado de asociación tiende al mínimo, es decir, se despliegan en lógicas consensuales respecto a los sectores elitarios en tanto adversarios (y no enemigos), los sectores populares se constituirán políticamente en base a movimientos sociales diferenciados. Por el contrario, cuando el grado de asociación tiende al máximo, y se despliegan relaciones de antagonismo respecto a los sectores elitarios en tanto enemigos, entonces los sectores

populares constituirán un *movimiento popular*, con lo cual se completa la configuración social, cultural-ideológica y política del *Pueblo*. Finalmente, este movimiento, como en su concepción clásica, se configurará en base a la unidad de clase de diferentes formas organizacionales: partidos, colectivos, sindicatos, mutuales, centros de estudiantes, etc. Su virtud recae en que cada cual asume uno o varios papeles funcionales en los ámbitos de lo social, lo cultural-ideológico y lo político. De modo que el movimiento popular no se reduce a un partido en particular o a otra forma de organización. La diferenciación organizativa relacionada en redes es condición fundamental de su configuración.

Hoy 40 años después del golpe de Estado, el concepto de movimiento popular vuelve a cobrar sentido como magnitud política posible en el futuro. Las movilizaciones sociales durante el 2011, sobre todo la estudiantil, generaron una ruptura en la democracia vigente, y reactivaron la discusión sobre la transformación de la formación social neoliberal y antidemocrática creada por la dictadura y la derecha, y profundizada por la Concertación.

El concepto adquiere nuevamente sentido, en tanto en el contexto actual, es posible constatar la realidad de las *movilizaciones*, que se sigue desarrollando, y que le sirve, de manera *prefigurada* como referencia empírica. Es decir, desde el año 2011 hasta esta parte, se ha dado un 'espacio de experiencia' históricamente constatable, que puede servir como *índice* de un *horizonte de expectativa* posible. Ese *horizonte de expectativa* puede ser considerado *político*, y para ello, para que ese contenido pueda ser configurado como *factor* de un proceso futuro transformador, el concepto de movimiento popular debe volver a la vida.

La importancia de volver hacia este concepto, radica en que tiene un rendimiento o un alcance que no tiene la noción de movimientos sociales y que abarca la de los movimientos sociales populares. El alcance del concepto de movimiento popular es al mismo tiempo *social* y *político*, y por ello es *global* (o *total*).

La formulación de los movimientos sociales populares hecha por la historiografía, permite superar, en primera instancia, la noción de movimientos sociales en sentido liberal. Sin embargo el movimiento popular vendría a representar la instancia en que los diferentes movimientos sociales populares son *articulados* en torno a una 'horizonte de expectativa' de

carácter ya no meramente *reivindicativo*, sino *transformador*. Mientras las demandas de los movimientos sociales son dirigidas *hacia* el Estado, el movimiento popular, englobando los alcances de los movimientos sociales populares, se dirige a la *transformación* de las determinantes estructurales de *lo social, lo cultural-ideológico y lo político*.

Así, mientras que para los movimientos sociales lo que se le opone es un 'adversario', en tanto, no existe un conflicto de alcances 'existenciales', para el movimiento popular, se opone un 'enemigo', donde el antagonismo puede adquirir el máximo grado de intensidad. Esta intensidad reclama, por tanto, una discusión futura sobre el modo en que debemos aproximarnos a la noción de *violencia*, y a su relación con la posibilidad de un proyecto *popular*.

Por consiguiente, para el rescate del olvido del concepto de movimiento popular se vuelve necesaria la reconstrucción historiográfica de las experiencias históricas del pasado en Chile marcadas por la violencia. En ellas se juega la historia.

BIBLIOGRAFÍA (por orden alfabético)

1. Actas de la Comisión Ortúzar, Tomo I, Sesión 1° del 24 de septiembre de 1973.
2. ALTAMIRANO, Carlos, "Carta a los socialistas con ocasión del Congreso de Unidad "Salvador Allende"", París, octubre de 1990. Revisada en Biblioteca online Clodomiro Almeyda.
3. ALLENDE, Salvador, "Imagen de un líder. Entrevistas al senador Salvador Allende en la televisión", En: *Revista Arauco* N°55, agosto de 1964.
4. ANDERSON, Perry, *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Ed. Siglo XXI, México, 1979
_____ *Tras la huella del materialismo histórico*, Ed. Siglo XXI, México, 1986.
_____ *Teoría, política e historia. Un debate con E.P.Thompson*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1985.
_____ *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Ed. Fontamara, Barcelona, 1981.
5. AMPARAN, Aquiles, "Sociedad civil y Estado en Hegel y Marx", en UAM-Iztapalapa, N° 24, 2003.
6. ARAVENA, Pablo, *Recursos del relato. Conversaciones sobre filosofía de la historia y teoría historiográfica*, Colección Teoría, Santiago, 2008.
7. ARTAZA, Pablo, "Del 'marxismo clásico' a la nueva historia social: debates y tensiones en una vertiente del revisionismo historiográfico chileno", sin publicar, material de Seminario de grado: Movimientos sociales populares y construcción de representaciones políticas, Universidad de Chile, 2013.
8. ARTAZA, Pablo *et al*, *A noventa años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique*, Santiago, DIBAM-LOM Ed., 1998.

9. AYLWIN, Patricio, Discurso en Palacio de la Moneda, Santiago, 11 de marzo de 1990.
_____ Discurso en el Estadio Nacional, Santiago, 12 de marzo de 1990.
10. BARRÍA, Jorge, *El movimiento obrero en Chile. Síntesis histórico-social*, Ed. UTE, Santiago, 1971.
11. BASTÍAS, Manuel, "Historiografía social y política. Algunos comentarios críticos", en *Proposiciones* N°36, 2007.
12. BOBBIO, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría de la política*, FCE, España, 1989.
13. CALDERON, Fernando y JELIN, Elizabeth, "Clase sociales y movimientos sociales en América Latina", en *Proposiciones* N° 14, 1987.
14. CAMACHO, Daniel y MENJIBAR R. (coord.), *Los movimientos populares en América Latina*, UNU-Siglo XXI, México, 1989.
15. CASALS, Marcelo, *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la "vía chilena al socialismo", 1956-1970*. LOM, Santiago, 2010.
16. COHEN, Gerald, *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Ed. Siglo XXI, 1986.
17. CORVALÁN, Luis, "Unidad Popular para conquistar el poder" en *Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista*, 23 de noviembre de 1969.
18. DEVÉS, Eduardo, *Escepticos del sentido*, Nuestra América ed., Santiago de Chile, 1984.
_____ "La cultura obrera ilustrada chilena y algunas ideas en torno al sentido de nuestro quehacer historiográfico", *Mapocho* N°30, Santiago, segundo semestre de 1991.

19. ELGUETA, Belarmino, "El hombre y su circunstancia. Presencia de Julio César Jobet en el proceso político chileno", Revista *Chile-América*, 1980.
20. FRANCISCO de, ANDRÉS, "Explotación, clase y transición socialista: una década de marxismo analítico", en *Política y sociedad* N°11, 1992.
21. FUKUYAMA, Francis, *El fin de la historia*, Planeta-Agostini, 1995.
22. GARRETÓN, Manuel Antonio, *La evolución de las ciencias sociales y su internacionalización. Una síntesis*. Documento de Trabajo 432, Programa FLACSO-Chile, 1989.
23. GARCÉS, Mario, "Historia social y saber popular: el movimiento social de pobladores", en Revista *Alamedas* N°1, abril-junio, 1997.
_____ *Crisis social y motines populares en el 1900*, LOM, Santiago, 1991 [2da edición: 2003].
_____ *El despertar de la sociedad. Movimientos sociales en América Latina y Chile*, Lom, Santiago, 2012.
24. GARCÉS, Mario y MAZA de la, Gonzalo, *La explosión de las mayorías. Protesta Nacional 1983-1984*, ECO, Santiago, 1985.
25. GONZALEZ C., Pablo, *Sociología de la explotación*, CLACSO, Buenos Aires, 2006.
26. GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Tomos I-VI. Ed. Instituto Gramsci, México, 1999.
27. GREZ, Sergio, *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, (Compilación y estudio crítico), Santiago, Dirección de Archivos, Bibliotecas y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995.
_____ "Se requiere una convergencia de movimientos sociales", Revista Chilena de Salud Pública, Vol. N° 16 (3), 2012.

_____ "Chile 2012: el movimiento estudiantil en la encrucijada", en *Le Monde diplomatique*, enero-febrero, 2012.

_____ "Un nuevo amanecer de los movimientos sociales de Chile", en *The Clinic* N° 409, Santiago, 1 de septiembre de 2011.

_____ *De la "Regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución del movimiento popular en Chile (1810-1910)*, RIL Editores, Santiago, 2007 [1era edición: 1997],

_____ "El proyecto popular en el siglo XIX", en LOYOLA, Manuel y GREZ, Sergio (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, 2002.

_____ "Escribir la historia de los sectores populares, ¿con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social", en *Política*, Volumen 44, otoño 2005.

_____ "La ausencia de poder constituyente democrático en la historia de Chile", en *Tareas* N°139, Ciudad de Panamá, Panamá, septiembre-diciembre de 2011.

_____ "Las tareas del Movimiento Popular Hoy. Entrevista a Sergio Grez Toso", *Entrevista* N°2, Debate Proyecto La Fragua, 2013.

_____ "Los artesanos chilenos del siglo XIX: un proyecto modernizador-democratizador", en *Proposiciones* N°24, Santiago, agosto de 1994.

_____ "La reivindicación proteccionistas artesanal y la constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1885)", en *Historia Social* N°31, Valencia, España, 1998.

_____ "Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905)", en *Cuadernos de Historia*, N°19, Santiago, diciembre de 1999.

_____ "Transición en las formas de lucha: motines peonales y huelgas obreras en Chile (1891-1907)", en *Historia*, vol. 33, Santiago, 2000.

28. HABERMAS, Jürgen, "Tres modelos de democracia. Sobre el concepto de una política deliberativa", en *Polis* Vol. 4, N°10, 2005.

29. ILLANES, María A., "En torno a la noción de Proyecto popular en Chile", en LOYOLA, Manuel y GREZ, Sergio (compiladores), *Los proyectos nacionales en el*

pensamiento político y social chileno del siglo XIX, Santiago, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, 2002.

30. JOBET, Julio, *Ensayo crítico sobre el desarrollo económico-social de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1951.
_____ *Los fundamentos del marxismo*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971 (5ta edición).
_____ "Notas sobre las concepciones marxistas del Partido Socialista", *Revista Arauco*, N° 68, septiembre de 1965.
_____ *El socialismo chileno a través de sus congresos*, Ed. Prensa Latinoamericana, Santiago, 1965.
31. JOBET, Julio, BARRÍA, Jorge y VITALE, Luis, *Obras selectas de Luis Emilio Recabarren*, Quimantú, Santiago, 1971.
32. KOSELLECK, Reinhart, "Historia de los conceptos, concepto de historia", en *Ayer* 53/2004 (1).
_____ *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Madrid, 1993.
33. KEBIR Sabine, "Gramsci y la sociedad civil, génesis y contenido conceptual" en *Nueva Sociedad*, N° 115, 1991.
34. LAGOS E., Ricardo, "Discurso del Presidente de la República en Firma de la Constitución Política del 2005", Santiago, 17 de noviembre de 2005. Consultado en <http://www.fdd.cl/archivo-historico>, el 5 de diciembre de 2013.
35. LARAÑA, Enrique y GUSFIELD, Joseph, *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*. CIS, Madrid, 1994.
36. LARRAÍN, Jorge. *El concepto de ideología*, Vol. I. LOM, Santiago, 2007.

37. LOPEZ D., Ana, "Entrevista a Julio Pinto Vallejos", Colaboraciones, Grupo de Historia Marxista, Julio de 2009.
38. MARX, Karl y ENGELS, Friedrich, *La ideología alemana* (1846), Ed. Grijalbo, 1974.
_____ *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I (1867), Ed. Grijalbo, 1976.
39. MARX, Karl, *Manuscritos: economía y filosofía* (1844), Ed. Alianza, 1980.
_____ *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), Ed. Siglo XXI, 1980.
_____ *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852), Fundación Federico Engels, Madrid, 2003.
40. MOUFFE, Chantal, *El retorno de lo político*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1999.
41. MOULIAN, Tomás et al, "Debate en torno a Violencia política popular en las 'grandes alamedas', de Gabriel Salazar" en Revista *Proposiciones* N° 20, Ed. SUR, Santiago, 1991.
42. ORTIZ, Fernando, *El movimiento obrero en Chile (1891-1919). Antecedentes*, Madrid, Ed. Michay, 1985.
43. PAVÓN, David y SABUCEDO, José, "El concepto de sociedad civil, breve historia de sus elaboración teórica" en *Revista Iberoamericana de Filosofía*, N°21, primer semestre, 2009.
44. PEREZ S., Carlos, *Proposición de un marxismo hegeliano*, Ed. ARCIS, Santiago, 2010.
45. PINTO, Julio (ed.), *Cuando hicimos historia, la experiencia de la Unidad Popular*, LOM, Santiago, 2003.
_____ *Obras escogidas de Hernán Ramírez Necochea, Volumen I*, LOM, Santiago, 2007.
_____ *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera*, Ed. Universidad de Santiago, Santiago, 1998.
_____ "Movimiento social popular: ¿hacia una barbarie con recuerdos?", en *Proposiciones* N°24, 1994.

- _____ "La transición laboral en el norte salitrero", en *Historia* Vol. 25, 1990.
46. QUIROGA, Pamela, "Nueva historia social y proyecto popular en Chile", en Revista *Analecta* año III N° 3, segundo semestre, 2009.
47. RAMIREZ N., Hernán, *Historia del movimiento obrero en Chile*, Ed. LAR, Concepción, 1986.
_____ *La guerra civil de 1891. Antecedentes económicos*, Ed. Austral, Santiago, 1951.
_____ *Antecedentes económicos de la independencia de Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1967 (segunda edición) [1959 primera edición]
48. RASCHKE, Joachim, "Sobre el concepto de movimiento social", en *Zona Abierta*, N° 69, Madrid, 1994.
49. RIECHMAN, Jorge y FERNANDEZ BUEY, Francisco, *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona, 1995.
50. RAWLS, John y HABERMAS, Jürgen, *Debate sobre el liberalismo político*, Paidós, Madrid, 1998.
51. ROJAS, Jorge, "Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones", *Revista de Economía y Trabajo*, N°10, PET, 2000.
52. ROMERO, Luis Alberto, "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", en Revista *Proposiciones* N° 19, 1990.
53. SALAZAR, Gabriel, *La historia desde abajo y desde adentro*, Santiago, Departamento de Teoría de las Artes Universidad de Chile, Santiago, 2003.
_____ *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*, Ediciones Sur, Santiago, 1985
_____ *Violencia política popular en las 'grandes alamedas', 1947-1987*, Ed. SUR, Santiago, 1990.

- _____ *En el nombre del poder constituyente (Chile, siglo XXI)*, LOM Ediciones, Santiago, 2011.
- _____ *Movimientos sociales en Chile. Trayectoria histórica y proyección política*, Ed. Uqbar, Santiago, 2012.
- _____ "Proyecto histórico social y discurso político nacional. Chile, siglo XIX" en LOYOLA, Manuel y GREZ, Sergio (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago, Universidad Católica Raúl Silva Henríquez y Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, 2002.
- _____ "De la participación ciudadana: capital social constante y capital social variable (Explorando senderos trans-liberales)", en *Proposiciones* N°28, septiembre, 1998.
54. SALAZAR, Gabriel y PINTO, Julio, *Historia contemporánea de Chile*, Tomo I, LOM, Santiago, 1999
55. SANCHEZ V., Adolfo, *Filosofía de la praxis*, Ed. Siglo XXI, México, 2003.
56. SAMUEL, Raphael (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Ed. Crítica, Barcelona, 1984.
57. SEGALL, Marcelo, *Desarrollo del capitalismo en Chile. Cinco ensayos dialécticos*, Ed. del Pacífico, Santiago, 1953.
- _____ "Lucha de clases en las primeras décadas de la República de Chile, 1810 – 1846", *Anales de la Universidad de Chile*, N° 125, Ed. Nacimiento, Santiago, 1962.
58. SCHMITT, Carl, *El concepto de lo político*, Ed. Alianza, Madrid, 1998.
59. TISCHLER, Sergio, "La sociedad civil, ¿fetiche?, ¿sujeto?", en *Bajo el Volcán*, Vol. 2, N°3, 2001.
60. VALDIVIA Verónica et al, *Su revolución contra nuestra revolución. Vol. II. La pugna marxista-gremialista en los ochenta*. LOM, Santiago, 2008.
61. WITTGENSTEIN, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, Ed. Crítica, Madrid, 2008.

62. WOOD, Ellen, *Democracia contra Capitalismo. La renovación del materialismo histórico*. Siglo XXI, México, 2000.

63. WRIGHT, Erik O., *Clases*, Ed. Siglo XXI, Madrid, 1994.

_____ "Comprender la clase. Hacia un planteamiento analítico integrado", en *New Left Review* N° 60, 2010.

_____ "Reflexionando una vez más sobre el concepto de estructura de clases", en *Revista Zona Abierta* N°59/60, 1992.